

# Actas de las I Jornadas de Arqueología en Asturias

(abril-mayo de 2005)

Coordinadores:

Valentín Álvarez Martínez  
David González Álvarez  
Jesús Ignacio Jiménez Chaparro



Universidad  
de Oviedo





# Actas de las I Jornadas de Arqueología en Asturias

(abril-mayo de 2005)

## Coordinadores:

Valentín Álvarez Martínez  
David González Álvarez  
Jesús Ignacio Jiménez Chaparro



Universidad  
de Oviedo



## ÍNDICE

<b>Presentación,</b> por Valentín Álvarez Martínez, David González Álvarez y Jesús Ignacio Jiménez Chaparro.	<b>7</b>
<b>Las ocupaciones paleolíticas de la cueva de La Güelga (Narciandi, Cangas de Onís, Asturias),</b> por Mario Menéndez Fernández, Eduardo García Sánchez y José Manuel Quesada López.	<b>11</b>
<b>Jebel Al-Mutawwaq (Jordania),</b> por Juan Fernández-Tresguerres.	<b>39</b>
<b>Un firme testimonio de la explotación prehistórica del cobre en el Norte de la Península Ibérica: El complejo minero del Aramo (Asturias),</b> por Miguel Ángel de Blas Cortina.	<b>51</b>
<b>La investigación arqueológica de ámbito castreño en el Occidente de Asturias: El Plan Arqueológico del Navia-Eo,</b> por Ángel Villa Valdés.	<b>69</b>
<b>Los escenarios bélicos de La Carisa y de La Mesa,</b> por Jorge Camino Mayor, Yolanda Viniegra Pacheco y Rogelio Estrada García.	<b>93</b>
<b>El castillo de Curiel (Peñaferruz, Gijón). Un castillo altomedieval en Asturias,</b> por José Avelino Gutiérrez González.	<b>111</b>



## PRESENTACIÓN

Las «*Jornadas de Arqueología en Asturias*» tuvieron lugar entre los días 5 de abril y 5 de mayo de 2005 en el salón de actos de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Oviedo. Éstas se desarrollaron a lo largo de 8 sesiones en las que, con tiempo libre, los conferenciantes nos plantearon, mediante sus exposiciones, el estado de sus últimas investigaciones en Arqueología.

La iniciativa de realizar estas Jornadas nació de un reducido grupo de estudiantes de Historia interesados en la Arqueología, que tomamos la determinación de llevar a cabo la organización de este evento. Tras llegar a nuestros últimos años de la Licenciatura, nos percatamos de la falta de actividades (cursos, conferencias, talleres...) relacionadas con la Arqueología en nuestra universidad, situación a la que se unía la percepción de un manifiesto distanciamiento entre el mundo de la investigación arqueológica regional y la propia Universidad de Oviedo.

Por todo lo anterior, decidimos llevar adelante la organización de un ciclo de conferencias relacionadas con el tema que nos aglutinaba: la Arqueología en Asturias. Así, nuestra principal motivación fue acercar las últimas investigaciones arqueológicas desarrolladas en nuestra región, o llevadas a cabo por equipos investigadores asturianos, hasta las aulas de nuestra facultad. Entendimos que los temas a tratar serían un excelente complemento a nuestra formación académica, en la que la Arqueología es sólo una parte bastante reducida del currículo a cursar en la Licenciatura de Historia, estudios que los interesados en desarrollarse formativa o profesionalmente en Arqueología deben cursar en el Estado español, debido a la inexistencia de una Licenciatura de Arqueología, que sí existe en todos los países de nuestro entorno. Sirvan pues estas líneas como llamada de atención a este respecto, para que la Arqueología sea tenida en cuenta como la Ciencia Social autónoma que es, encargada de estudiar al ser humano a través de su cultura material, y que su grado real de individualización efectivo, científica y profesionalmente, se corresponda de una vez por todas con la creación de un itinerario formativo adecuado, que no puede ser otro que a través de una Licenciatura de Arqueología.

Entre nuestras pretensiones iniciales estaban las de dinamizar la vida cultural universitaria, más allá de las actividades docentes, y acercar las líneas de investigación más actuales al colectivo estudiantil, muchas veces ajeno a las últimas novedades de la investigación. Es por ello que, desde el primer momento, nuestra principal ambición era ver publicadas unas actas en las que se plasmasen las conferencias impartidas, para poder así potenciar su difusión, y facilitar su posterior consulta por los estudiantes interesados. A la vez, pensamos que las Jornadas servirían como un propicio foro en el que poder estrechar los lazos relacionales entre los diferentes grupos de investigación arqueológica y los diferentes colectivos universitarios y de la sociedad en general interesados en la disciplina.

Tras plantear la necesidad de un evento como éste, esbozamos un primer programa, una memoria del proyecto, y conseguimos recabar la ayuda y el apoyo de casi todas las personas e instituciones a las que nos dirigimos. Así, recibimos ayudas económicas del Vicerrectorado de Estudiantes y Movilidad de la Universidad de Oviedo, a través del programa de Ayudas a Estudiantes; de la Facultad de Geografía e Historia y del Departamento de Historia.

Con estos medios como soporte de partida, se logró dibujar un programa compuesto por 8 conferencias con las que conformaríamos las «*Jornadas de Arqueología en Asturias*», que no podrían haberse celebrado sin contar con la

generosidad y el altruismo de todos los conferenciantes, que aceptaron dirigirse a las personas que allí se congregaron sin buscar recibir nada a cambio. Gracias a todos ellos por aceptar nuestra invitación, por compartir con todos nosotros el estado reciente de sus investigaciones, por discutir con los asistentes, y por ofrecernos finalmente los artículos que aquí presentamos por escrito como memoria perenne de lo que fueron aquellas Jornadas. Somos conscientes de que en aquellas jornadas no estuvieron incluidas todas las investigaciones arqueológicas asturianas existentes en ese momento. Además, desde la organización de estas jornadas a esta parte se han realizado nuevas investigaciones arqueológicas en Asturias, además de que algunas de las ya existentes avanzaran de manera notable.

Desde nuestra ocupación actual, ligada ya profesionalmente a la Arqueología, nos sentimos especialmente orgullosos de que nuestro trabajo de entonces pueda aportar ahora un pequeño grano de arena en la difusión de las investigaciones arqueológicas asturianas, por medio de la presentación de estas actas.

Desde aquí queremos aprovechar la ocasión de agradecer públicamente a todas las personas responsables de los órganos universitarios que se involucraron en la realización de las Jornadas, así como sus trabajadores, por ayudarnos, aconsejarnos y brindarnos su apoyo en la desconocida tarea, para nosotros, de organizar aquel evento. Queremos destacar nuestro particular agradecimiento a Carlos Pérez López, que nos ayudó decididamente en las cuestiones logísticas, consiguiendo que nada fallase en el momento mismo de las conferencias. Nuestra especial gratitud también a Francisco Javier González López, quien, de forma desinteresada, se encargó del diseño de los carteles y trípticos elaborados para publicitar las Jornadas, y de la cubierta de este libro.

Agradecer especialmente la asistencia del público, tanto de nuestros compañeros de facultad, profesores, profesionales de la Arqueología, y otras muchas personas interesadas en la temática arqueológica. Gracias sobre todo a aquellos que animaron el debate posterior a cada conferencia, iniciando en ocasiones interesantes diálogos entre los asistentes y los conferenciantes. Gracias a los profesores que acudieron con sus alumnos y alumnas a las conferencias, escenificando nuestra idea de acercar la Arqueología asturiana a las aulas. Gracias también a los diversos medios de comunicación que acudieron a cubrir la celebración del evento, anunciando su celebración y difundiendo el público general los conocimientos que allí se expusieron.

Antes de terminar, no podemos evitar tener que excusarnos por la tardía aparición de estas actas. Han tenido que pasar más de dos años desde la finalización de la última conferencia, antes de que este libro vea definitivamente la luz. Diferentes causas han propiciado esta larga espera: el tardío llamamiento a los autores para que nos remitiesen sus textos, la espera por los originales, los arreglos con la editora, la maquetación de la obra, la corrección de los errores, la inexperiencia de quienes en aquel momento éramos estudiantes universitarios, compromisos de unos y de otros... En fin, sobre todo lamentar la espera de los asistentes, pedir sinceras disculpas a los autores más rápidos en la entrega de sus escritos, y confiar en que todo quede oculto tras la satisfacción de contar, finalmente, con el presente volumen a vuestra disposición, con el que se ofrece al lector 6 artículos que resumen 6 de las 8 intervenciones que tuvieron lugar en las Jornadas.

Ya por último, no podemos dejar de recalcar nuestra especial gratitud hacia el Vicerrectorado de Estudiantes y Cooperación de la Universidad de Oviedo, que con su contribución económica hizo posible la compilación y publicación de estas actas, con las que esperamos acercar la Arqueología asturiana hasta todos aquellos interesados en conocer algunas de sus últimas aportaciones, ya sean investigadores, estudiantes de la licenciatura, profesionales o curiosos en general. Esperamos que disfruten con su lectura.

Para cerrar esta presentación, si tuviéramos que precisar en una sola idea el balance final de las «*Jornadas de Arqueología en Asturias*» con el que nos quedamos,

hablaríamos de éxito, sin duda alguna: la numerosa asistencia de público, los debates y discusiones abiertos al término de las conferencias, y el interés despertado por la celebración de tal evento, así lo indican. No nos queda ya más que manifestar la alegría que nos produce ver estas líneas ya impresas, teloneando los textos verdaderamente importantes en este volumen. Sólo resta ya conjurarnos para que la Arqueología asturiana siga dándonos a todos las alegrías y satisfacciones que, compensando de largo las penurias que la acompañan, hacen de acicate a la labor colectiva de avance de nuestro conocimiento arqueológico; y para que podamos encontrarnos de nuevo en unas «*II Jornadas de Arqueología en Asturias*».

Valentín Álvarez Martínez  
David González Álvarez  
Jesús Ignacio Jiménez Chaparro

Coordinadores de las actas.

Oviedo, 27 de diciembre de 2007



# LAS OCUPACIONES PALEOLÍTICAS DE LA CUEVA DE LA GÜELGA (NARCIANDI, CANGAS DE ONÍS, ASTURIAS)<sup>1</sup>

Mario Menéndez Fernández, Eduardo García Sánchez y José Manuel Quesada  
López<sup>2</sup>

## 1. Introducción.

El topónimo Güelga, empleado en asturiano para referirse a lugares húmedos o cenagosos, da nombre a la cavidad que se abre en la base del Alto de la Corona, un complejo kárstico que cierra un valle de montaña, frente a la conocida cueva de El Buxu. El karst ha sido modelado por el curso que actualmente configura el Arroyo de la Brava, que rinde sus aguas al Río Güeña pocos kilómetros antes de que éste último desemboque en el Sella (fig. 1). El afloramiento calizo ofrece, a diferentes cotas, varias bocas de cueva, fosilización de las variaciones experimentadas por el perfil del valle durante el Pleistoceno. Con las mismas se relaciona un sistema de plataformas o aterrazamientos, sustentadas por los bloques resultantes del colapso de lo que en tiempos anteriores al Pleistoceno inferior fue un complejo de galerías interiores y sobre los que se ha producido una acumulación de sedimentos (fig. 2). Éstos cuentan con restos de ocupación bien estratificados que abarcan desde indicios musterienses, en la más alta, hasta un interesante yacimiento Magdaleniense, a nivel del caudal actual.

Conforme han avanzado los trabajos de campo, se han establecido varias zonas arqueológicas. Las denominadas zonas A y B se sitúan a ambos lados de la boca de cueva por la que actualmente se sume el arroyo, bajo el extraplomo de la visera rocosa. La Zona C se localiza en la misma terraza baja, alejada unos metros de las anteriores, fuera del abrigo actual y bajo los restos de un desplome gravitacional de roca (fig. 2). En estas áreas se han documentado vestigios solutrenses y magdalenienses (Menéndez *et al.* 2001; 2004; García-Sánchez *et al.* 2004). La Zona D se ubica en la plataforma media (fig. 2), a unos 9 m sobre el nivel del cauce actual, ocupando lo que queda de la misma, así como la boca de cueva que sirvió de antiguo sumidero y de posterior hábitat a grupos con tecnologías musteriense, auriniense y chatelperroniense. Esto ocurrió una vez se activó la boca inferior y descendió el nivel de desagüe fluvial al encajarse el cauce. En los niveles más altos (Zona F) existen algunas bocas colmatadas de sedimentos. Únicamente han sido prospectadas, localizándose elementos líticos de aspecto musteriense.

Este conjunto de abrigos, usados alternativamente como hábitat, se localiza en un valle de montaña, próximos al cauce medio del río Sella (fig. 1). En este mismo entorno se ubican las cuevas de El Buxu, Los Azules y, en un tramo algo más alto de la cuenca, Colluvil, así como el yacimiento al aire libre de La Cavada. El conjunto de yacimientos ubicados en el entorno de Cangas de Onís dista unos 15 Km de la desembocadura del Sella, en cuya bahía se localiza un excepcional conjunto de asentamientos paleolíticos, tales como Tito Bustillo, La Lloseta, Cova Rosa o La Cueva (fig. 1). Por ello creemos

---

<sup>1</sup> Este trabajo resume y avanza algunos de los resultados de las investigaciones desarrolladas dentro de los proyectos: *Excavaciones Arqueológicas en la Cuenca del Río Güeña*, financiado por el Programa de Subvenciones para Proyectos de Investigación Arqueológica del Principado de Asturias y por el Plan de Promoción de la Investigación de la UNED; *El Poblamiento, los recursos y el territorio durante la Prehistoria en la cuenca media del Sella* (PC-SPV01-03) y *Poblamiento, recursos y territorialidad en la cuenca media del Sella durante el Paleolítico Superior* (PC-04-32), ambos financiados por la FICYT de Asturias y el Excelentísimo Ayuntamiento de Oviedo.

<sup>2</sup>Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad Nacional de Educación a Distancia. mmenendez@geo.uned.es; homoergaster@bec.uned.es; jmquesada@geo.uned.es

que existieron relaciones territoriales entre ambos núcleos, que integrarían parte de un sistema logístico y residencial durante el Paleolítico superior (Menéndez 1999; 2003; Menéndez y García 1999; Menéndez *et al.* 2004; 2006; García-Sánchez *et al.* 2004).

La Güelga ha sido conocida tradicionalmente, pues funcionó como refugio para ganado y, más recientemente, ha sido escenario de actividades espeleológicas y ha sufrido prácticas de furtivismo arqueológico. Sin embargo no fue reconocida desde un punto de vista científico hasta que Alberto Martínez -Villa (1986) abordara la realización de la carta arqueológica del concejo de Cangas de Onís. A raíz de su prospección, Martínez-Villa inició los trabajos de campo en codirección con Mario Menéndez. Éstas primeras campañas se desarrollaron entre 1989 y 1993, centradas fundamentalmente en la excavación de las Zonas A y C, con ocupaciones magdalenenses (Menéndez y Martínez-Villa 1992; Menéndez *et al.* 2004; García-Sánchez *et al.* 2004). En 1999 se reanudaron los trabajos sistemáticos bajo la dirección de quienes firman este trabajo, continuando hasta la actualidad. Esta nueva fase ha continuado la intervención en las áreas anteriores, al tiempo que han iniciado el sondeo de las zonas D y E (Menéndez *et al.* 2001; 2004; 2005; e. p. a; e. p. b).

La rica colección de arte mueble magdalenense de La Güelga ha sido objeto de diferentes publicaciones y comunicaciones a congresos (Menéndez y Martínez-Villa 1991-1992; Martínez-Villa y Menéndez 1995; Menéndez y García-Sánchez 1998; 1999). La relación territorial de los asentamientos identificados en La Güelga y los yacimientos vecinos, especialmente el solutrense de El Buxu, con los del área de Ribadesella ha sido igualmente objeto de varias publicaciones (Menéndez 1999; 2003; Menéndez y García-Sánchez 1999; García-Sánchez *et al.* 2004; Menéndez *et al.* 2006). En cuanto a los datos preliminares del registro correspondiente a la Zona D, ha sido objeto de varias comunicaciones a congresos y reuniones (Menéndez *et al.* 2005; e. p. a; e. p. b).

## **2. La Transición Paleolítico medio/Paleolítico superior en la Cueva de La Güelga: La Zona D.**

El aterramiento medio de la ladera oriental del valle se relaciona con una boca de cueva colmatada, antiguo desagüe del arroyo. La prospección y sondeo de este entorno han identificado restos de ocupaciones correspondientes a un Musteriense tardío, Auriñaciense y, posiblemente Chatelperroniense. El potencial arqueológico de esta zona del yacimiento fue puesto al descubierto por intervenciones furtivas realizadas en un cono de deyección, accesible remontando el antiguo cauce desde el interior de la cueva (fig. 3). Dispersas por la superficie del cono se recogieron restos de faunas y elementos líticos realizados sobre grandes lascas de cuarcita, estando ausentes piezas más diagnósticas o vestigios de industria ósea. Una datación de  $32.000 \pm 1.600/1.350$  BP, obtenida por  $^{14}C$  convencional aplicado a una muestra de hueso extraída de la secuencia visible en el punto donde arranca el cono, correspondiente a la colmatación de la boca, indujo a proponer que tal vez procedieran de la erosión niveles correspondientes a una ocupación auriñaciense arcaica. Esta hipótesis de partida también tenía en cuenta las aparentes similitudes de estos vestigios líticos con los correspondientes al Auriñaciense arcaico de la Cueva del Conde (Menéndez y Martínez 1992; Menéndez *et al.* 2001).

El desarrollo de las investigaciones y la existencia de raederas, cuchillos de dorso y algunos soportes Levallois en el revuelto de las excavaciones furtivas (fig. 4) ha llevado a replantear aquella propuesta, pues tal vez estos niveles de base representen una ocupación musteriense, aunque su datación pudiera resultar excesivamente moderna para las cronologías entonces manejadas para la transición Paleolítico medio/Paleolítico superior en el contexto cantábrico. No obstante, se hace necesario explicitar que sólo cuando el sondeo sistemático de la Zona D alcance estos niveles más profundos podremos concretar esta atribución. En cualquier caso, el hallazgo de estas industrias en

el cono de deyección indujo a sondear la correspondiente boca colmatada desde el exterior.

Allí se ubica la Zona D, al interior del actual abrigo, y el desarrollo de estos niveles hacia el aterramiento exterior hasta alcanzar el talud de encajamiento del arroyo, donde aparecen erosionados. Si bien denominamos inicialmente esta prolongación exterior como Zona E, la constatación de que ambas forman parte del mismo paquete sedimentario nos han inducido a agrupar los dos sondeos bajo el epígrafe de Zona D, segregando los materiales a efectos de registro como D interior y exterior, pues ambas catas mantienen diferentes estratigrafías y ritmos de excavación. Por el momento no se ha establecido la correspondencia entre la secuencia interior y exterior, tarea dificultada por la aparición de una gran madriguera en el área que comunica una y otra, delimitada por una zona de goteo de la visera, denotada por el mayor grado de carbonatación de los sedimentos. El estudio geológico de ambas secuencias, iniciado por Montserrat Jiménez y continuado por Jesús Jordá, aún está en curso. No obstante, las apreciaciones preliminares coinciden en señalar tanto la relación de la secuencia interior con la exterior como la integridad de los sedimentos una vez delimitadas algunas alteraciones hídricas y bióticas detectadas en los contactos con las paredes del covacho.

A falta de completarse los citados estudios geológicos y sedimentológicos, así como los análisis paleontológicos y polínicos, a continuación se resumen sucintamente los resultados de estos trabajos, pudiendo encontrarse una descripción más detallada en Menéndez *et al.* 2005 y e. p. b. Aunque contamos con información suficiente para plantear una serie de hipótesis, los datos que se expongan a continuación deben tomarse con la prudencia que aconseja abordar los avances preliminares de cualquier trabajo en curso.

## **2.1. Secuencia D interior.**

El proceso de excavación desarrollado desde la campaña de 2000 en la boca de cueva colmatada ha identificado hasta la fecha 10 niveles (fig. 5). La secuencia es rematada por dos niveles superficiales (Superficie 1 y 2), con algunos fragmentos cerámicos de aspecto medieval y elementos líticos sin filiación precisa, procedentes del exterior a juzgar por el buzamiento que mantienen y la erosión aérea que manifiestan los bloques de caliza englobados por la matriz sedimentaria, muy abundante en materia orgánica y microfauna fresca. Entre los 9 niveles infrayacentes merece la pena destacarse los denominados 1, 2, 5, 6 y 9, pues los vestigios arqueológicos estudiados hasta la fecha son más significativos que en los niveles 3, 4, 7 y 8.

El Nivel 1 ha proporcionado un conjunto lítico diverso, en el que predominan raederas y denticulados en cuarcita asociados a algún buril y lámina retocada en sílex. Destacan algunos soportes levallois, así como dos puntas de chatelperrón y una punta atípica en sílex con retoque semiabrupto (Fig. 6; 1-3). Un análisis  $^{14}\text{C}$  AMS ha datado el nivel en  $32.460 \pm 440$  BP.

El Nivel 2, que no aparece representado en toda la superficie excavada, se diferencia del anterior por una mayor presencia de gelifractos calizos. Entre su industria lítica destacan una raedera convergente convexa y dos denticulados, uno de ellos realizado en soporte Levallois. Una datación  $^{14}\text{C}$  AMS ha resultado en  $30.210 \pm 340$  BP. No se observa una discontinuidad clara respecto al nivel superior, al que pudiera asimilarse. En este sentido, ha podido reconstruirse una hemimandíbula de unglado con fractura antigua a partir de dos fragmentos, localizados cada uno en un nivel.

Tras una secuencia de limos y derrumbes representada en los niveles 3 y 4, donde aparecen escasos restos arqueológicos, el Nivel 5 manifiesta un cambio respecto a los niveles 1 y 2. En él se aprecia en la mayor abundancia de tipos laminares como en la presencia más consistente de soportes fabricados en sílex, frente al predominio de la cuarcita y los soportes levallois de los primeros (fig. 6; 6-7). A su vez, el Nivel 6, que

parece continuar hacia el exterior por debajo de los sedimentos de la entrada a la covacha, aporta algunos indicios de industria ósea. Entre ellos cabe destacar un fragmento de azagaya de sección aplanada y una falange de ciervo con perforación circular (fig. 6; 4-5). Este tipo de elementos son frecuentes en el Auriñaciense del área pirenaica y tradicionalmente han venido interpretándose como silbatos.

El nivel 7, prácticamente estéril y muy alterado por actividad biótica, se superpone una secuencia de limos, el Nivel 8, que engloba una industria escasa, en la que destaca una punta levallois típica. Bajo el mismo se extiende el nivel 9, cuya industria lítica (fig. 6; 8-15) ha ofrecido una lámina auriñaciense, que parece extenderse hacia el exterior de la covacha.

## **2.2. Secuencia Zona D exterior.**

La dificultad de encontrar en el interior de la covacha superficies amplias de ocupación que proporcionasen un volumen de industria suficientemente diagnóstico, movió a inaugurar un sondeo hacia el sur de la Zona D interior. Esta zona, inicialmente denominada E, se localiza al exterior del abrigo, en la plataforma, bajo el derrumbe de la antigua visera rocosa. La ampliación de la superficie de excavación acabó uniendo esta zona con la anterior, pasando a denominarse Zona D exterior. La hipótesis de trabajo en esta zona es verificar la validez de la estratigrafía interior y su adscripción cultural. Hasta la fecha se han identificado 4 niveles arqueológicos (fig. 7), siendo destacable el inferior.

Bajo la capa superficial de humus se suceden los niveles 1 a 3. Se trata de una secuencia de arcillas con gelifractos calizos y algunos restos arqueológicos que, conforme se profundiza, pasan a ser más densos. Las observaciones geológicas preliminares indican la posibilidad de que estos materiales correspondan tanto al Nivel 4 de esta secuencia, migrados hacia cotas superiores por fenómenos de inyección, como a una estratigrafía erosionada, originalmente localizada en una plataforma superior hoy prácticamente desmantelada y que se relacionara con una de las bocas colmatadas y brechificadas que se aprecian a cotas superiores a la Zona D. Entre estos materiales destacan algunos soportes laminares y Levallois.

El Nivel 4, integrado por dos subniveles, constituye un derrumbe caído sobre un verdadero suelo de ocupación. De este modo, la subunidad 4a está integrada por las rocas colapsadas, englobadas por la matriz arcillosa y los materiales arqueológicos inyectados por la presión de las primeras. La subunidad 4b está conformada por una matriz arcillosa idéntica a la que engloba la 4a y por una alta densidad de restos líticos y faunísticos. Desde el punto de vista cultural, el registro arqueológico de ambas subunidades forman parte de un mismo conjunto, algo que parecen confirmar las dataciones  $^{14}\text{C}$ , además de la homogeneidad sedimentológica y tecnotipológica. La industria lítica está realizada fundamentalmente en cuarcita, es escasamente laminar, abundan los soportes levallois y se ha encontrado algún hueso trabajado, destacando la presencia de un fragmento de azagaya aplanada en asta (fig. 8). Las dataciones  $^{14}\text{C}$  AMS hasta ahora obtenidas para estos niveles han arrojado resultados de  $29.550 \pm 310$  BP para la subunidad 4a y  $29.020 \pm 260$  BP para la 4b.

## **2.3. Comparación y valoración de ambas secuencias.**

La Zona D interior presenta una escasa superficie útil de excavación, en parte revuelta por madrigueras, raíces y cauces de agua (fig. 5). En los niveles superiores parece que existe una constante que se repite en toda la superficie, al margen de posibles interpolaciones. Ésta es que hay una industria realizada sobre cuarcita, con algunas láminas, pero de aspecto musteroide. Esto, unido a la presencia de dos puntas de Chatelperron y una pieza con retoque semiabrupto (fig. 6; 1-3), así como sendas dataciones ligeramente superiores a 30 Ka BP, nos induce a proponer que corresponden a una ocupación chatelperroniense (Niveles 1 y 2). Bajo ésta aparece un tipo de industria

de aspecto más laminar y con mayor uso del sílex como materia prima. Además, cuenta con algunos elementos de hueso trabajado y un fragmento de azagaya de sección aplanada (fig. 6; 4-7). A tenor de estos vestigios, podría corresponder con una ocupación auriñaciense (Niveles 5 y 6), situada bajo la anterior. El conjunto arqueológico del Nivel 4 podría ser el resultado de la mezcla de ambas ocupaciones, pero no es en absoluto, diagnóstico.

Por debajo del Nivel 6, el conjunto vuelve a cambiar, adoptando un aspecto similar a los niveles 1 y 2, aunque sin piezas tan definitorias. Existe una mayoría de industria y restos de talla en cuarcita y piezas del sustrato Paleolítico medio, con alguna posible interpolación superior, como la lámina auriñaciense del Nivel 9 (fig. 6; 15). No es posible definir culturalmente estas capas.

El avance de los trabajos en la Zona D exterior, donde se previsible que se encuentre la correspondencia estratigráfica con el interior de la covacha, bajo el derrumbe del abrigo, debería aclarar las dudas planteadas. El desarrollo actual de los trabajos, ante la dificultad de retirar grandes bloques, sólo ha permitido llegar hasta una ocupación ligeramente anterior a los niveles definidos como chatelperronienses del interior. Se trata del Nivel 4 exterior. Sus industrias tienen un aspecto netamente musteroide, con un alto contenido de piezas y soportes Levallois (fig. 8 1-15); algún hueso trabajado, destacando un fragmento distal de azagaya aplanada en asta (fig. 8; 16); y una cronología que se sitúa en torno a 29 Ka BP. Parece razonable pensar, también en este caso, en una atribución chatelperroniense, por su posición estratigráfica y su datación, pero aún no hemos hallado elementos diagnósticos suficientes en esta zona. La superficie excavada es reducida y, aunque el Nivel 4B es muy fértil, sólo ha comenzado a ser excavado. Nuestra hipótesis de partida es considerarlo un chatelperroniense contemporáneo o ligeramente posterior al de los Niveles 1 y 2 de la Zona D interior, pero tampoco parece que pueda descartarse la posibilidad de que se trate de un Musteriense tardío. El desarrollo de las excavaciones permitirá ser más preciso. En cualquier caso, esta zona del yacimiento no presenta problemas de remociones postdeposicionales.

El cono de deyección interior de la cueva proporcionó una fecha más antigua, situada en los 32 Ka BP, con un tipo de industria de apariencia musteriense, como se ha descrito (fig. 4). Posiblemente, esta datación debe envejecerse algo respecto a las superiores, ya que se ha obtenido mediante un análisis C convencional. En cualquier caso, la secuencia ocupacional que parece plantearse es Musteriense-Auriñaciense-Chatelperronense, siempre pendiente de una confirmación en la secuencia intacta de la Zona D exterior. Esta posición del Chatelperroniense no es la más frecuente, pero tampoco es nueva o insólita. Recuerda la estratigrafía del Pendo y de algunos yacimientos franceses (Roc de Combre y Le Piage), cuya validez ha sido negada en los últimos años para el primero de los yacimientos (Montes y Sanguino 2001) y puesta en duda para los segundos (Demars 1986; D'Errico *et al.* 1998; Zhilão y D'Errico 1999; 2000; Rigaud 2001). Igualmente, la cronología parece rejuvenecida, en general. Pero, aunque infrecuente, tampoco es novedad para el contexto cantábrico, a tenor de las dataciones obtenidas por Javier Baena y su equipo en el yacimiento musteriense cántabro de Esquilleu. En cualquier caso, de confirmarse la hipótesis de partida en los nuevos trabajos en curso, contaríamos con una excelente secuencia de la transición PM/PS, de extraordinario interés en el momento actual de la investigación prehistórica.

### **3. Las ocupaciones magdalenenses de la Cueva de La Güelga: Las Zonas A y C.**

En la terraza baja situada en la orilla opuesta del cauce, las sucesivas campañas de excavación desarrolladas durante los años noventa, han dejado al descubierto un depósito magdalenense. En esta orilla se distribuyen las zonas A y C (esta última también denominada C-Exterior), ambas situadas al resguardo del actual extraplomo

formado por la pared rocosa (fig. 2), muy próximas al cauce del arroyo de La Brava. Las condiciones del área A han favorecido su uso como una zona de estabulación de ganado hasta fechas relativamente recientes.

La secuencia estratigráfica de ambas zonas pertenecen al Magdaleniense, aunque se reconocen rastros de lo que fueron ocupaciones Solutrenses en el área A y bajo los niveles magdalenienses de la Zona C (fig. 9) aparecen otros de filiación solutrense, aún por excavar. En lo que respecta a la Zona A, en algunos retazos de brecha que permanecían adheridos a las paredes del abrigo se han hallado piezas típicamente solutrenses, prueba de la existencia previa al asentamiento magdaleniense de niveles de ocupación, que posiblemente deban datarse en torno al máximo glacial del Inter Laugerie-Lascaux. La actual ausencia de niveles solutrenses en la secuencia se explica por el desmantelamiento de los depósitos en una reactivación del cercano cauce fluvial, probablemente durante el Interestadial de Anglés, que alcanzó la magnitud necesaria para arrastrar la práctica totalidad del paquete solutrense hacia el interior de la cueva. La zona despejada permitió la instalación de grupos humanos correspondientes al Magdaleniense, si bien quedaron retazos de las antiguas ocupaciones en brechificaciones adheridas a las paredes del abrigo. Durante la ocupación magdaleniense parte de estos restos, incluyendo puntas de muesca y puntas de base cóncava, se desprendieron del amasijo brechificado para depositarse sobre la misma.

### **3.1. Secuencia arqueológica de la Zona A.**

Debido a estas circunstancias la totalidad de la secuencia registrada en la zona A pertenece al Magdaleniense. Todo el paquete sedimentario mostraba un desplazamiento horizontal por solifluxión, que provocó cierta acumulación en lo que parece una cubeta inferior hacia el este. El corte estratigráfico (fig. 10) comprende tres niveles arqueológicos por debajo de un débil nivel superficial. Los Niveles 1 y 2 presentan escasa entidad, pero no sucede así con el Nivel 3. Se trata de una capa muy fértil desde el punto de vista arqueológico, con una dispersión generalizada por toda la superficie de excavación y un carácter intacto indudable, si exceptuamos pequeñas zonas puntuales y bien delimitadas, debidas a la actuación de furtivos. Las diferencias de textura sedimentológica y coloración apreciadas en el seno del Nivel 3 han permitido individualizar tres lechos o subniveles, reconocidas de techo a base: niveles 3a, 3b y 3c.

El Nivel 3c se dispersa por buena parte de la superficie excavada (que comprende unos 25 m<sup>2</sup>). Integrado por una matriz arcillosa con abundantes cantos rodados, presenta una potencia variable entre 5 y 15 cm y un buzamiento en sentido este-oeste, característico de todo el paquete sedimentario. La coloración del mismo presentaba un intenso color negruzco, debido a la abundancia de materia orgánica, síntoma de la intensa ocupación del abrigo. En cuanto a la cronología absoluta, contamos con fechas <sup>14</sup>C convencional, obtenidas a partir de muestras óseas exhumadas en la base del Nivel 3c, que, con gran coherencia, se sitúan en torno a 14.000 B. P. y son contemporáneas de los análisis realizados en la Zona C (Tabla 1).

Los tres subniveles comentados no representan ocupaciones prolongadas, pero revelan un interesante momento de cambio climático a juzgar por los primeros datos sedimentológicos. De base a techo hemos podido comprobar un progresivo enfriamiento y un descenso de la pluviosidad, agudizado en los niveles superiores, que por su cronología y características podría situarse a finales de Prebölling y comienzos de la última pulsación de Dryas I. Una potente capa de gelifractos permite diferenciar los subniveles 3a y 3b, mientras que algunas capas de arenas y limos muestran las crecidas del arroyo en 3c, especialmente en el contacto con las arcillas de base que cierran la secuencia. Igualmente, la matriz sedimentaria arcillosa contiene numerosos cantos rodados en 3c, cuya presencia disminuye en los tramos superiores. En cualquier caso, todo parece desarrollarse en un ambiente frío, común a otros yacimientos cantábricos

contemporáneos del Greenland Stadial 2 (Corchón 2004: 105), al final de lo que tradicionalmente se ha definido como Dryas I o Cantábrico V (Hoyos 1995: 50-55).

### 3.2. Las industrias del Nivel 3C.

Prueba del carácter intacto del depósito magdaleniense es la gran homogeneidad industrial registrada entre todas las capas del Nivel 3. Los rasgos comunes de la industria lítica se pueden resumir en los siguientes puntos (figs. 11-12; Menéndez *et al.* 2004): el predominio del utillaje microlaminar (que representa el 50% de la industria); la presencia consistente de útiles de sustrato; la representación nutrida de láminas con retoque continuo en uno o dos bordes; y el equilibrio relativo de buriles y raspadores (muchos de los últimos, piezas espesas en cuarcita). No hemos contabilizado dentro del conjunto lítico retocado el grueso de aquellas piezas que, siguiendo las definiciones clásicas, podrían haberse clasificado como “raspadores nucleiformes”: no sin la debida prudencia, pues parece más probable si interpretación como núcleos piramidales de hojitas, salvo tres ejemplares con evidencias macroscópicas que parecen indicar en principio su uso como raspadores.

La industria ósea recuperada de las tres capas del Nivel 3 es también muy homogénea (Menéndez *et al.* 2004; 2006). Las piezas más numerosas son las azagayas de sección cuadrangular y triangular, así como las azagayas monobiseladas de sección circular y largo bisel que recuerdan los ejemplares del tipo *Lussac-Angles* (fig. 13). Muchas de las azagayas presentan las típicas acanaladuras longitudinales profundas y algunas otras marcas o grabados. Entre estas podemos destacar un ejemplar, muy deteriorado, con los trazos propios de un escaleriforme (fig. 13; 8), similar a otros ejemplos del Cierro, Cova Rosa, Balmori, Cueto de la Mina D y Juyo, que podemos interpretar como los “tectiformes clásicos”, característicos del arte mueble del Magdaleniense inferior (Utrilla 1987: 92). El repertorio óseo contiene además varillas planoconvexas sin decoración, así como agujas y un numeroso conjunto de huesos utilizados, de difícil clasificación por lo poco estandarizado de sus formas, tales como cuñas, compresores, punzones, leznas, etc.

Los rasgos tipológicos de la industria del Nivel 3 encajan perfectamente en la denominación Magdaleniense inferior cantábrico *Facies Juyo* (Utrilla 1981). Las características de la industria lítica de La Güelga nos recuerdan a los reconocidos para los niveles 7 y 6 de El Juyo (González Echegaray 1985). Pero los paralelos de La Güelga son más numerosos (Menéndez *et al.* 2004; 2006; García-Sánchez *et al.* 2004). Entre los yacimientos atribuidos al mismo periodo y facies disponemos de una buena representación en las comarcas del oriente asturiano y occidente cántabro (entre los ríos Sella y Miera/Asón): Cierro IV, Cova Rosa D, Balmori, Cueto de la Mina D, La Riera 19-20, Lloseta med., Rascaño 4 y 3, El Juyo 4 y 8, El Mirón y parte del conjunto de Collubil. Dentro de la facies se han incluido además otros yacimientos, como Altamira y base de Castillo 8, si bien en estos casos no hay un componente microlítico tan numeroso como en La Güelga. Finalmente, algunas ocupaciones presentan similares características fuera del ámbito geográfico descrito, tales como Erralla V o Paloma 8, a oriente y occidente respectivamente del grupo central.

No menos relevante es la ausencia en La Güelga de elementos definitorios del Magdaleniense medio cantábrico, tales como los protoarpones, azagayas de base ahorquillada, rodetes o contornos. Esto es especialmente importante si tenemos en cuenta que el nivel 3c cuenta con tres fechas  $^{14}\text{C}$  muy homogéneas de, que apuntan justamente hacia el 14.000 BP (más en concreto  $14.020\pm 130$  BP;  $14.090\pm 190$  BP y  $14.170\pm 1.300/910$  BP), así pues en el techo cronológico del Magdaleniense inferior, momento en que ya está desarrollándose en otras zonas el Magdaleniense en su fase media. Esta circunstancia encaja perfectamente con el cuestionamiento reciente de la imagen unilineal del Magdaleniense trazada por Henry Breuil en 1927. Lo que hasta hace

algunos años se consideraba como una sucesión cronológica avalada por la presencia de determinados útiles, fundamentalmente óseos, entendidos como *fósiles directores* que definían las fases desde el Magdaleniense I hasta el Magdaleniense VI, hoy aparece más como un rígido esquema teórico de complicada solución para un momento de solapamientos entre *facies* sincrónicas.

### 3.3. El arte mueble.

No menos relevante es el capítulo de arte mobilar (fig. 13; 4-5; fig. 14; fig. 15; 1-4). Entre los restos recuperados del Nivel 3 merecen atención muy especial un fragmento de hueso largo de ave, que posee una decoración a base de trazos paralelos incisivos (fig. 13; 5). Este testimonio guarda relación con un fragmento de tubo o estuche de características muy similares, pues también aparece decorado con trazos grabados paralelos, recuperado en la Zona C e interpretado como fragmento de flauta o silbato (fig. 14; Menéndez y García-Sánchez 1998). La presencia de diversos colgantes con profundos entalles en los bordes resulta habitual en los contextos magdalenienses: disponemos de no tan solo de los colgantes típicos sobre caninos atróficos; hay dos colgantes excepcionales realizados sobre hueso hioides de ciervo con entalles en los bordes (fig. 15; 3-4). Estos últimos guardan un enorme parecido con otros ejemplares de la unidad inferior de Tito Bustillo (fig. 15; 5-7). A pesar de la diferente caracterización cultural de los niveles comparados (Magdaleniense inferior en uno y medio-superior en otro), las cronologías de ambos son sorprendentemente próximas. No obstante, tal como hemos señalado, la confusa visión actual de las fases magdalenienses y la importancia de los aspectos regionales y territoriales, esto sería un problema menor (Menéndez 2003; Menéndez *et al.* 2004; 2006; García-Sánchez *et al.*, 2004).

El capítulo del arte mobiliario cuenta con la hasta ahora pieza más emblemática del yacimiento: un fragmento de tibia de ciervo con el grabado naturalista de tres cabezas de ciervas (fig. 15; 1; Menéndez y Martínez-Villa 1991-1992; Martínez-Villa y Menéndez 1995). Hay unas diferencias sensibles en el plano técnico e iconográfico cuyas consecuencias resultan especialmente interesantes. La primera de ellas se ha denominado *cierva A* y responde a las siguientes características: un diseño de líneas rectas quebradas, concebido para ser visto en un sólo golpe de vista, que carece del sentido de profundidad. Estos rasgos se aproximan a lo que Apellániz (1982) ha llamado "dibujo rígido" y a los modelos técnicos e iconográficos identificados en niveles del Magdaleniense inferior cantábrico tipo El Castillo, Altamira, Rascaño, El Cierro o El Mirón. Particularmente pertinente es el paralelo con la cierva de Juyo 4, que sin ser un contorno recortado ya anticipa este concepto con la adecuación del dibujo al soporte.

Las otras dos cabezas, reconocidas como *ciervas B* y *C* responden a un planteamiento distinto: un tipo de "dibujo blando", con mayor preocupación artística y minuciosidad en la representación de las partes anatómicas, con mayor interés por el desarrollo en profundidad mediante el recurso a la disposición de las orejas en perspectiva a partir del ocultamiento. Ese modelo técnico/iconográfico se aproxima al modelo del Magdaleniense superior o con arpones (Barandiarán 1971; 1973; Utrilla 1987; Corchón 1986), perfectamente representado entre otros por los bastones perforados de las cuevas de El Pendo y de El Valle, por el tubo de Torre o por el pseudocontorno recortado del nivel 4 de la Cueva del Juyo, este Magdaleniense inferior en su asignación cronocultural (13.920±240 B.P.) y, sin embargo, más avanzado en su diseño.

El estudio técnico de la tibia de La Güelga nos permite concluir que las tres ciervas son contemporáneas: la factura de todas ellas se realizó en un corto espacio de tiempo, permaneciendo el hueso aún fresco, pues no presentan las descamaciones propias del grabado realizado en un hueso seco. Esta contemporaneidad corrobora la convivencia de caracteres propios del Magdaleniense con y sin arpones (inferior y superior) y nos revela la necesidad de revisar cualquier concepción rígida de la evolución

de los estilos en el arte paleolítico. Revisión que cabe incluso extrapolar al arte rupestre, pues las ciervas grabadas en algunas cuevas fueron datadas atendiendo a sus paralelos mobiliarios de cronología “segura”. En los niveles magdalenienses de La Güelga existen además otras pruebas de la disolución de estas facies artísticas como elementos de periodización, como por ejemplo, la presencia de un fragmento de azagaya que se reutilizó como adorno, que posee el dibujo de una cabra en visión frontal (fig. 15: 2), tema también muy característico del Magdaleniense superior (Corchón 1986; Utrilla 1987; González Sáinz 1989).

### **3.4. La Güelga en el contexto de la cuenca del Sella.**

Hace ya tiempo que L. G. Straus (1983; 1986) planteó para el Solutrense y Magdaleniense cantábrico un modelo de territorialidad basado en la alternancia estacional entre costa e interior. La zona oriental asturiana articulada en torno a la cuenca del río Sella respondería perfectamente a este modelo habida cuenta de que su disposición norte-sur presentaría las condiciones ideales para un patrón de movilidad estacional costa-interior. Desde este punto de vista, el yacimiento de La Güelga, situado en la cuenca media del Sella, debe entenderse en un modelo articulado territorial conectado con otras dos zonas: de una parte, el importante área de poblamiento de la costa representado por el Macizo de Ardines (con Tito Bustillo a la cabeza); de otra, la presencia de ocupaciones en la cuenca alta (Collubil). De acuerdo con el modelo tradicional, La Güelga habría de integrarse en un sistema de movilidad estacional costa/interior, donde los yacimientos costeros representan asentamientos residenciales durante buena parte del año (de manera especial durante el invierno) y los yacimientos interiores campamentos alternativos con ocupaciones logísticas especializadas durante la época más benigna del año. A esta dimensión podemos añadir la propuesta de Utrilla (1994), que ha interpretado los yacimientos de la facies Juyo como campamentos estacionales, ocupados sobre todo durante primavera-verano, posiblemente escenario de actividades especializadas, ubicándose en emplazamientos más próximos a la costa.

La relación de los yacimientos solutrenses y magdalenienses situados en la cuenca media del Sella, como La Güelga y El Buxu, con aquellos otros yacimientos situados en el entorno de Ardines parece una hipótesis más que razonable por la corta distancia que media entre ambas zonas (apenas 15 km en línea recta). Pero además, esta relación está avalada por diversas coincidencias estilísticas, en concreto por la presencia de signos tectiformes grabados similares en El Buxu y en el panel principal de Tito Bustillo (Menéndez, 1999: 257-259) y por la presencia de colgantes sobre hioides de ciervos perforados con entalladuras en los bordes en el Nivel 3 de La Güelga y en la unidad inferior de Tito Bustillo (Menéndez y García-Sánchez 1999; Menéndez 2004; García-Sánchez *et al.* 2004; Menéndez *et al.* 2006). Hemos de pensar probablemente en una misma unidad socio-tribal que recurre a una movilidad estacional como uno de los mecanismos de supervivencia. En otro trabajo (García-Sánchez *et al.* 2004) ya presentamos la hipótesis de que La Güelga pudiera representar un espectro de caza alternativos o complementario al modelo especializado costero, a la extremada concentración de las capturas sobre las manadas de ciervos identificada en el yacimiento de Tito Bustillo.

Hasta este momento, los análisis paleontológicos disponibles para el Nivel 3 de La Güelga son todavía provisionales y deben contemplarse con mucha prudencia, pues parecen estar muy condicionados por factores tafonómicos como el alto índice de fragmentación ósea. Pero los primeros resultados parecen apuntar hacia una pauta diversificada, con una participación más o menos equitativa entre los restos de ciervo, cabra y rebeco (García-Sánchez *et al.* 2004; Menéndez *et al.* 2006). Es decir, un escenario opuesto a la manida especialización magdaleniense, pero que resulta perfectamente justificado por la peculiar combinación de entornos que rodea la cueva:

valles pequeños, colinas de mediana altura y primeras estribaciones serranas. En realidad este modelo diversificado tripartito ya lo hemos reconocido en los niveles solutrenses tardíos del yacimiento cercano de El Buxu (informe inédito de Arturo Morales). Nada sorprendente a tenor de la semejanza de los entornos que rodean estas dos cuevas (cuyos radios de acción incluso se solapan parcialmente). Los dos asentamientos están situadas al fondo de sendos valles ciegos, ideales para arrear las manadas de ciervas que con sus crías pastan en los valles bajos durante la primavera y los comienzos del verano. Pero además poseen a su alrededor entornos montañosos idóneos para los rebaños de cabras y rebecos, las primeras habituadas a ambientes rocosos y los segundos más acostumbrados a ambientes boscosos. Las similitudes de localización y de los espectros de fauna entre ambos yacimientos apuntan hacia un modelo consolidado y continuado de explotación del medio desde, al menos, el Solutrense Superior hasta el Magdaleniense.

No tenemos todavía los datos necesarios sobre la estacionalidad de las ocupaciones en La Güelga pero sí contamos con elementos de juicio para El Buxu, que revela una concentración estacional de las capturas de los animales en los meses más templados del año. Este espectro indica una restricción de las ocupaciones durante el período que transcurre de primavera a otoño y, probablemente, el abandono de la cueva en el riguroso período de las nevadas invernales, particularmente crudo por la proximidad de Los Picos de Europa. Estamos a la espera de validar en qué medida este modelo podría haberse mantenido en las ocupaciones magdalenienses de La Güelga, aunque su situación justamente bajo el murallón montañoso de Los Picos parece apuntar hacia un sistema no muy diferente.

No queremos terminar este estudio sin insistir en la vinculación de La Güelga con otros yacimientos implicados en las tradiciones magdalenienses del tipo Juyo. La concentración mayoritaria de yacimientos de tal signo en el territorio limitado entre las cuencas de los ríos Sella y Miera/Asón, así como la distribución de algunos elementos iconográficos del arte rupestre cantábrico, resulta particularmente significativa (fig. 16) por cuanto participan de unos patrones comunes reproducidos sobre todo a partir de los criterios estilísticos ya mencionados. La delimitación territorial parece más clara tras comprobar que los pocos niveles adscritos a la facies Juyo en yacimientos situados a oriente y occidente de esta zona proporcionan ciertas dudas o no presentan unas características *puras* (por ejemplo Erralla V, Urriaga F).

Esta particularidad territorial podría remontarse incluso a períodos anteriores. En este sentido debemos de recordar como Francisco Jordá reconoció la peculiar personalidad de este territorio -al menos en su “frontera” oriental- en tiempos del Solutrense superior (Jordá 1963), a partir de criterios comunes apreciados tanto en la industria lítica (por ejemplo, los índices perigordenses y laminares) como en la industria ósea (tipos de azagayas). El estudio del Solutrense cantábrico realizado por Straus corrobora un ámbito similar, con frontera en el Pas, que interpreta como una posible entidad “lingüístico- tribal”, en esta ocasión a partir de la distribución de puntas de base cóncava (Straus 1983: 135). Junto a estos criterios no hemos de olvidar que el territorio delimitado entre estas cuencas fluviales se caracteriza de manera particular por la presencia de los signos plenos o cerrados, definidos como tectiformes, en el arte rupestre, que si bien permiten agrupaciones a partir de diferencias técnicas (pintados/ grabados) o morfológicas por cuencas fluviales, participan de un diseño general bien establecido (fig. 16).

La presencia de similitudes significativas en este territorio tan amplio y durante un período de tiempo tan dilatado nos sitúa ante una realidad compleja, cuyos orígenes podrían remontarse al menos hasta el Solutrense superior para consolidarse durante el Magdaleniense inferior. Nos hallaríamos ante un proceso de creación y consolidación de una memoria colectiva, con su plasmación territorial concreta mediante límites

establecidos. Territorialidad que podemos reconocer a partir de una serie de elementos identificativos, a modo de “emblemas”, de “referentes etnológicos” o de “marcadores étnicos” frente a los grupos de territorios vecinos (Leroi-Gourhan 1980). Este mecanismo social permite tomar conciencia no solo de la propia personalidad de los clanes o grupos locales; también asumir la probable defensa de su territorio como medio para asegurar su supervivencia.

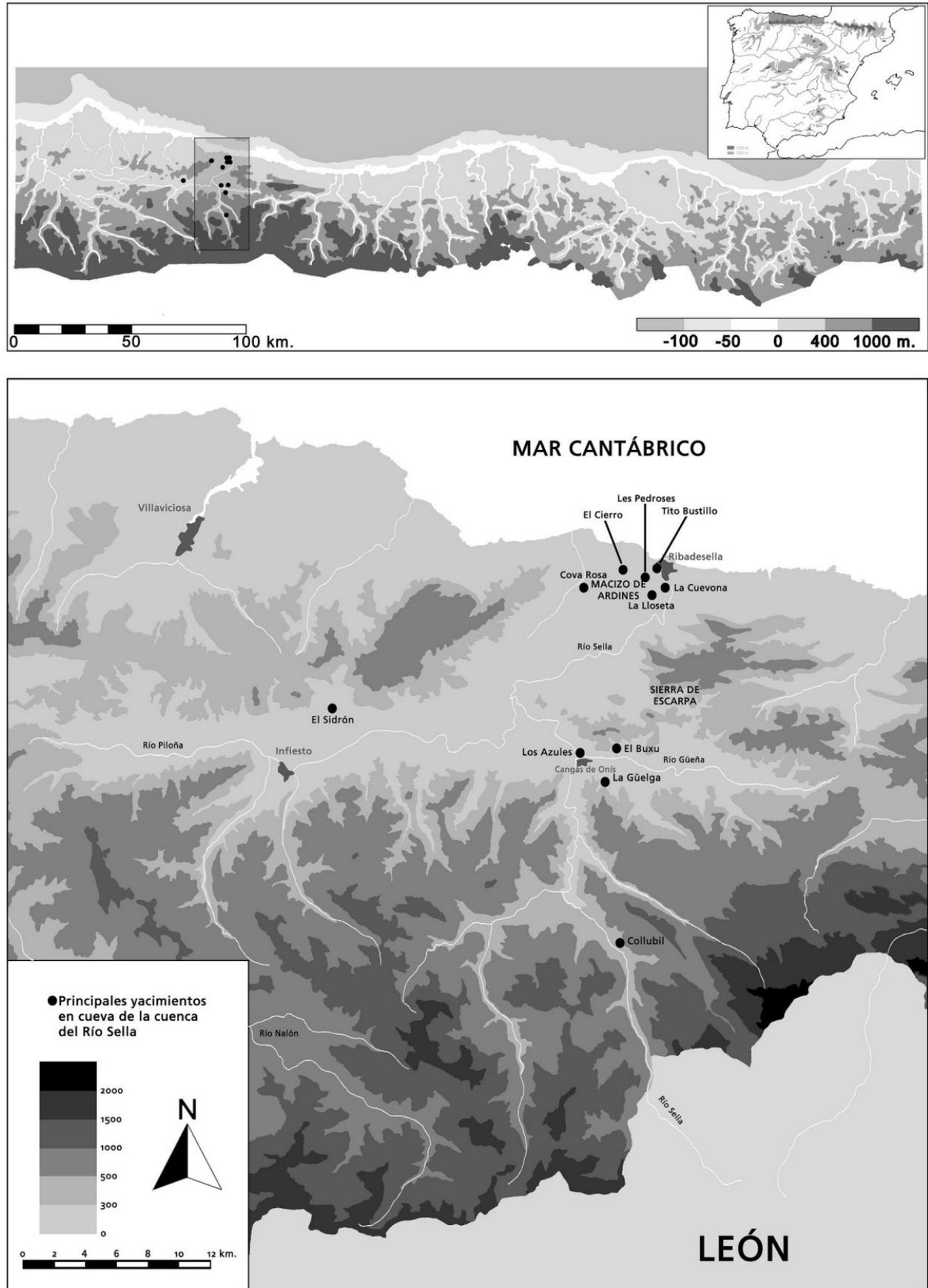
#### 4. Bibliografía.

- APELLÁNIZ, J. M<sup>a</sup>. (1982): *El arte prehistórico del País Vasco y sus vecinos*. Desclée de Brouwer, París/Bilbao.
- BARANDIARÁN, I. (1971): “Hueso con grabados paleolíticos en Torre (Oyarzun, Guipúzcoa)”. *Munibe*, XXIII: 37-67.
- BARANDIARÁN, I. (1973): *Arte mueble del Paleolítico cantábrico*. Zaragoza.
- CORCHÓN, M. S. (1986): *El arte mueble paleolítico cantábrico: Contexto y análisis interno*. (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira, 16). Ministerio de Cultura, Madrid.
- CORCHÓN, M. S. (2004): Europa 16500-14000 a. C.: Un lenguaje común. En P. Arias Cabal y R. Ontañón Peredo (eds.). *La materia del lenguaje prehistórico. El arte mueble paleolítico de Cantabria en su contexto*: 105-126. Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de Cantabria, Santander.
- DEMARS, P.-Y. (1996): “La place du Piage et de Roc-de-Combe (Lot) dans la transition du Paléolithique moyen au Paléolithique supérieur”. *Bulletin Préhistorique du sud-ouest. Nouvelles Études*, 3: 11-35.
- D'ERRICO, F.; ZHILÃO, J.; JULIEN, M.; BAFFIER, D. y PELEGRIN, J. 1998: “Neandertal Acculturation in Western Europe? A Critical Review of the Evidence and Its Interpretation”. *Current Anthropology*, 39 (Supplement): S1-S44.
- GARCÍA-SÁNCHEZ, E.; MENÉNDEZ, M. y QUESADA, J. M. (2004): Güelga Cave (Narciandi, Cangas de Onís; Asturias, Spain) and the Cantabrian Lower Magdalenian. En *Le Paléolithique Supérieur. Sessions générales et posters. Actes du XIVème Congrès UISPP, Université de Liège, Belgique, 2-8 septembre 2001*: 33-41. (British Archaeological Reports International Series, 1.240). Archaeopress, Oxford.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1985): La industria lítica. En I. Barandiarán, L. G. Freeman, J. González Echeagaray, R. G. Klein (eds.). *Excavaciones en la Cueva del Juyo*: 121-153. (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira, 14). Ministerio de Cultura, Madrid.
- GONZÁLEZ SAINZ, C. (1989): *El Magdaleniense Superior Final de la región cantábrica*. Tantin, Santander.
- HOYOS, M. (1995): Paleoclimatología del Tardiglacial en la Cornisa Cantábrica basada en los resultados sedimentológicos de yacimientos arqueológicos kársticos. En A. Moure y C. González Sainz (eds.). *El final del Paleolítico cantábrico. Transformaciones ambientales y culturales durante el Tardiglacial y comienzos del Holoceno en la Región Cantábrica*: 15-75. Universidad de Cantabria, Santander.
- JORDÁ (1963): “El Paleolítico superior cantábrico y sus industrias”. *Saitabi*, XIII: 3-22.
- LEROI-GOURHAN, A. (1980): *Les signes parietaux comme marqueurs ethniques*. En *Altamira Symposium*: 289-297. Ministerio de Cultura, Madrid.
- MARTÍNEZ-VILLA, A. (1986): *Carta arqueológica de los concejos de Cangas de Onís y Onís*. Memoria de Licenciatura, inédita. Universidad de Oviedo.
- MARTÍNEZ-VILLA, A. y MENÉNDEZ, M. (1995): Arte mueble magdaleniense de la Cueva de La Güelga, Cangas de Onís, Asturias. En *I Congresso de Arqueologia Peninsular. Porto, 1995*: 17-25. (Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXXV [2]). Oporto.

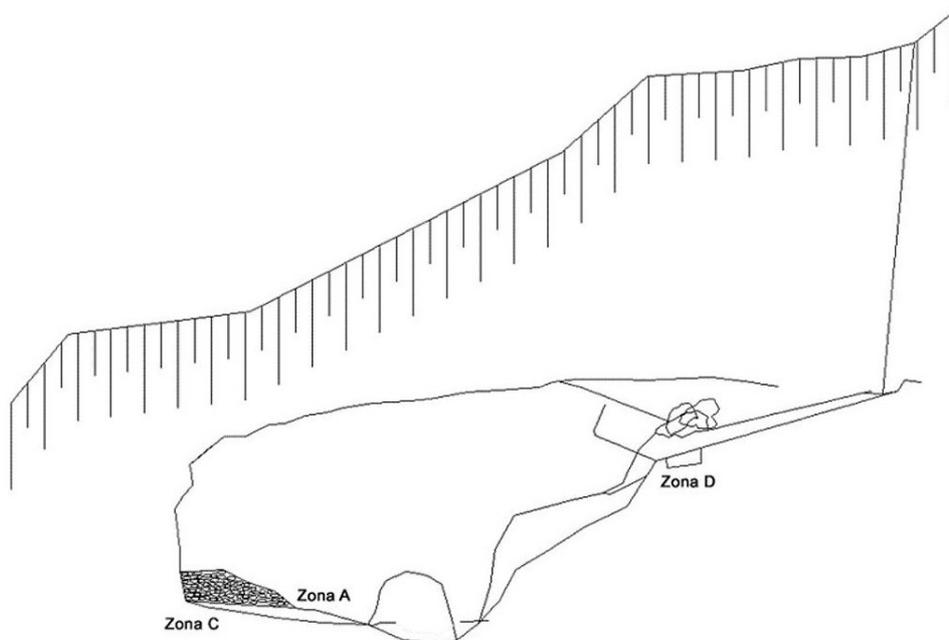
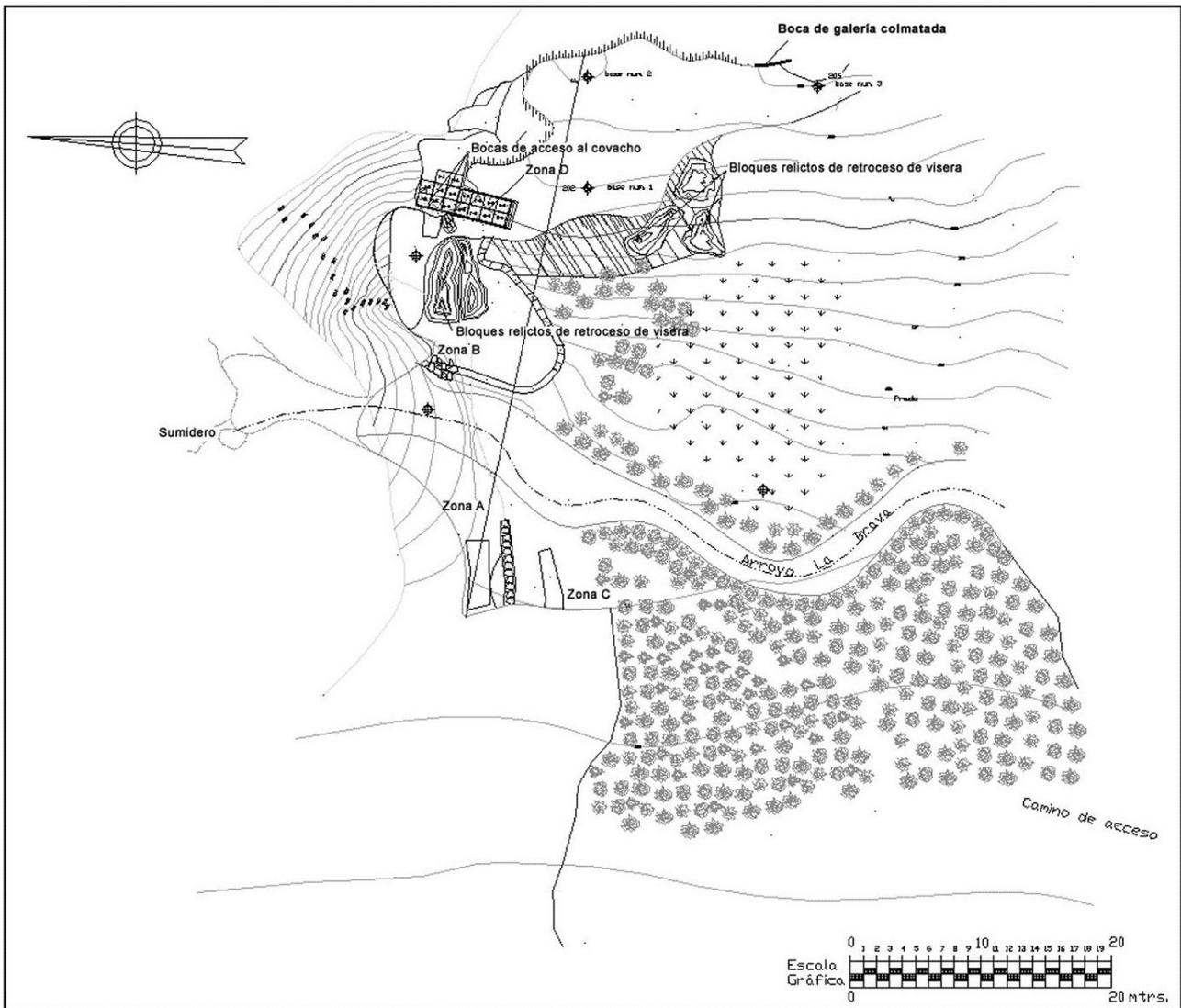
- MENÉNDEZ, M. (1999): Tectiformes y otros signos parietales de la Cueva de El Buxu. En J. González Echegaray y M. Menéndez (eds.). *De Oriente a Occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olávarri*: 247-265. (Biblioteca Salamanticensis, 205). Universidad Pontificia de Salamanca.
- MENÉNDEZ, M. (2003): Arte prehistórico y territorialidad en la cuenca media del Sella. En R. de Balbín y P. Bueno (eds.). *El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI. Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella (Septiembre de 2002)*: 185-199. Asociación Cultural Amigos de Ribadesella.
- MENÉNDEZ, M. y GARCÍA-SÁNCHEZ, E. (1998): "Instrumentos musicales paleolíticos: La flauta magdaleniense de la Cueva de La Güelga (Asturias)". *Espacio, Tiempo y Forma (Serie I: Prehistoria y Arqueología)*, 11: 167-177.
- MENÉNDEZ, M. y GARCÍA-SÁNCHEZ, E. (1999): La Cueva de La Güelga (Asturias): Arte mueble y territorialidad en el Magdaleniense cantábrico. En *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología. Cartagena, 1997. Vol. 1: Los problemas del Paleolítico superior en el ámbito mediterráneo peninsular*: 87-93. Cartagena.
- MENÉNDEZ, M., GARCÍA-SÁNCHEZ, E. y QUESADA, J. M., (2001): "El Paleolítico Superior en la Cueva de La Güelga". *Revista de Arqueología*, 230: 14-25.
- MENÉNDEZ, M.; GARCÍA-SÁNCHEZ, E. y QUESADA, J. M. (2004): El magdaleniense de la Cueva de La Güelga (Narciandi, Cangas de Onís). Avance al conocimiento de su industria lítica. En G. Flor (ed.). *Actas de la XI Reunión Nacional de Cuaternario. Oviedo (Asturias), 2-4 de julio de 2003*: 237-252. Asociación Española para el Estudio del Cuaternario, Oviedo.
- MENÉNDEZ, M.; GARCÍA-SÁNCHEZ, E. y QUESADA, J. M. (2005): La transición Paleolítico Medio-Paleolítico Superior en la Cueva de La Güelga (Cangas de Onís, Asturias). Un avance a su registro. En Ramón Montes Barquín (ed.). *Neandertales cantábricos: Un Estado de la cuestión*: 10-38. (Monografías del Museo de Altamira, 20). Museo de Altamira, Santander.
- MENÉNDEZ, M.; GARCÍA-SÁNCHEZ, E. y QUESADA, J. M. (2006): Magdaleniense inferior y territorialidad en la Cueva de La Güelga (Asturias). En M<sup>a</sup> S. Corchón Rodríguez (ed.). *El Magdaleniense Cantábrico: Nuevas perspectivas. IV Congreso de Arqueología Peninsular. Faro, 14-19 de septiembre de 2004. Sesión 23*. (O Arqueólogo Português).
- MENÉNDEZ, M.; GARCÍA-SÁNCHEZ, E. y QUESADA, J. M. (e. p. a): Excavaciones en la Cueva de La Güelga (Narciandi, Cangas de Onís). Campañas de 1999 a 2002. En *Excavaciones arqueológicas en Asturias (1999-2002)*. Oviedo.
- MENÉNDEZ, M.; GARCÍA-SÁNCHEZ, E. y QUESADA, J. M. (e. p. b): Excavaciones en la Cueva de La Güelga (Cangas de Onís, Asturias). En *Ante el Centenario de la Cueva de El Castillo: El ocaso de los neandertales. Actas del Coloquio Internacional. Santoña. 18-20 de septiembre de 2003*. UNED.
- MENÉNDEZ, M. y MARTÍNEZ-VILLA, A. (1991-92): "Una tibia con ciervas grabadas de la Cueva de La Güelga, Cangas de Onís, Asturias". *Zephyrus*, XLIV-XLV: 65-76.
- MENÉNDEZ, M. y MARTÍNEZ-VILLA, A. (1992): Excavaciones arqueológicas en la Cueva de La Güelga. Campañas de 1989-1990. En *Excavaciones arqueológicas en Asturias (1987-1990)*: 75-80. Consejería de Cultura, Deportes y Juventud del Principado de Asturias, Oviedo.
- MONTES BARQUÍN, R. y SANGUINO GONZÁLEZ, J. (2001): *La cueva de El Pendo. Actuaciones arqueológicas 1994-2000*. Gobierno de Cantabria/Ayuntamiento de Camargo, Santander.
- RIGAUD, J.-P. (2001): À propos de la contemporanéité du Castelperronien et de l'Aurignacien ancien dans le nord-est de l'Aquitaine: Une révision des données et ses implications. En J. Zilhão, T. Aubry y A. Faustino Carvalho (eds.). *Les premiers hommes modernes de la Péninsule Ibérique. Actes du Colloque de la*

- Commission VIII de l'UISPP. Vila Nova de Foz Côa, 22-24 Octobre 1998*: 61-68. (Trabalhos de Arqueologia 17). Instituto Português de Arqueologia, Lisboa.
- STRAUS, L. G. (1983): *El Solutrense Vasco-Cantábrico: Una nueva perspectiva*. (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira, 10). Ministerio de Cultura, Madrid.
- STRAUS, L. G. (1986): "Cantabrian Spain Late Würm adaptative systems". *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 330-368.
- UTRILLA MIRANDA, P. (1981): *El Magdaleniense inferior y medio en la Costa Cantábrica*. Centro de Investigación y Museo de Altamira/Ministerio de Cultura, Madrid.
- UTRILLA MIRANDA, P. (1987): Bases objectives de la chronologie de l'art mobilier paléo-lithique sur la côte cantabrique. En *L'Art des objets au Paléolithique. Colloque International, Foix-le Mas d'Azil I*:87-99.
- UTRILLA, P. (1994): Campamentos-base, cazaderos y santuarios. Algunos ejemplos del paleolítico peninsular. En J. A. Lasheras (ed.). *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray*: 97-113. (Monografías del Museo y Centro de Investigación de Altamira, 17). Ministerio de Cultura, Santander.
- ZHILÃO, J. y D'ERRICO, F. (1999): "The Chronology and Taphonomy of the Earliest Aurignacian and its Implications for the Understanding of Neandertal Extinction". *Journal of World Prehistory*, 13 (1): 1-68.
- ZHILÃO, J. y D'ERRICO, F. (2000): "La nouvelle "bataille aurignacienne". Une révision critique de la chronologie du Châtelperronien et de l'Aurignacien ancien". *L'Anthropologie*, 104 (1): 17-50.

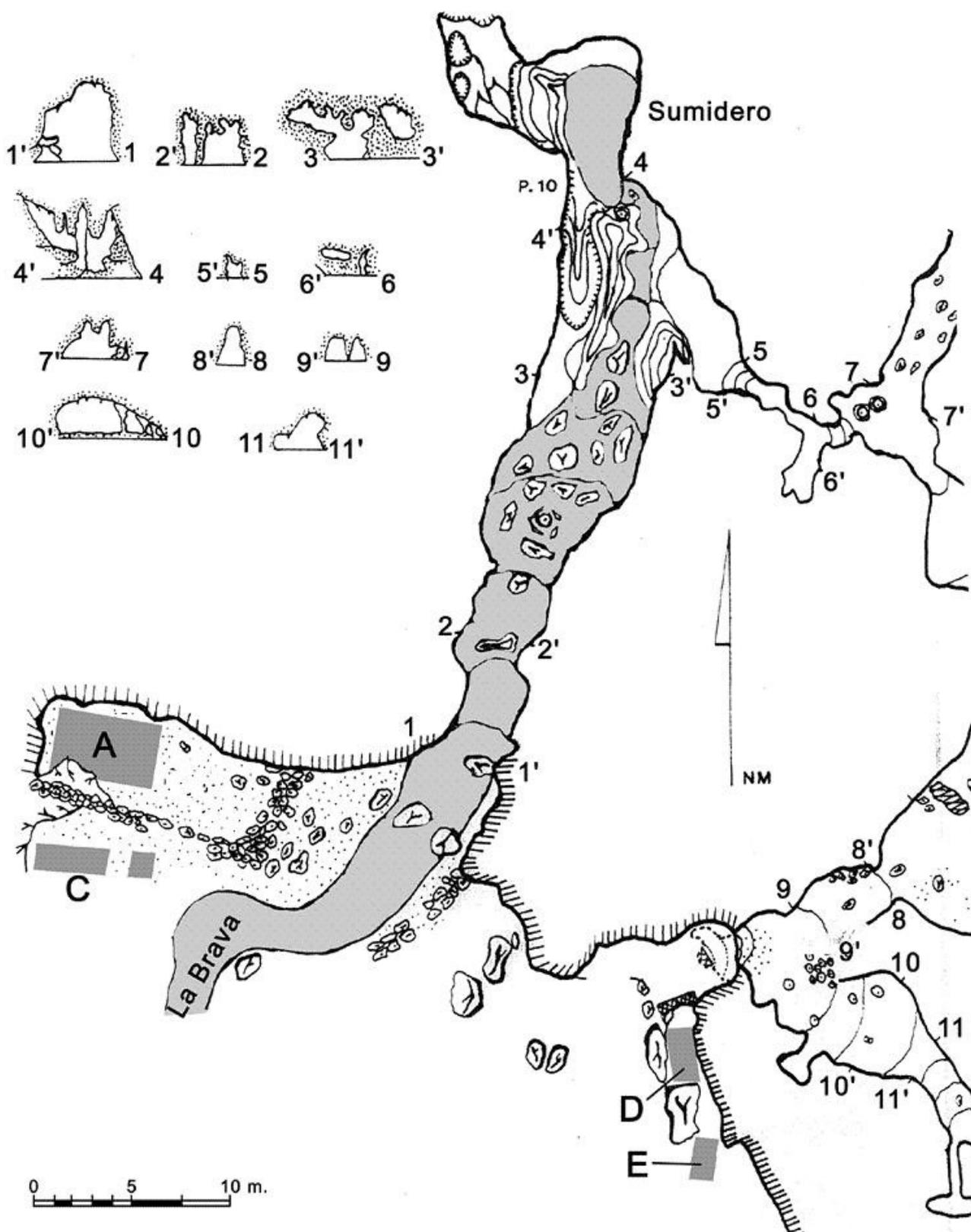
## 5. Ilustraciones.



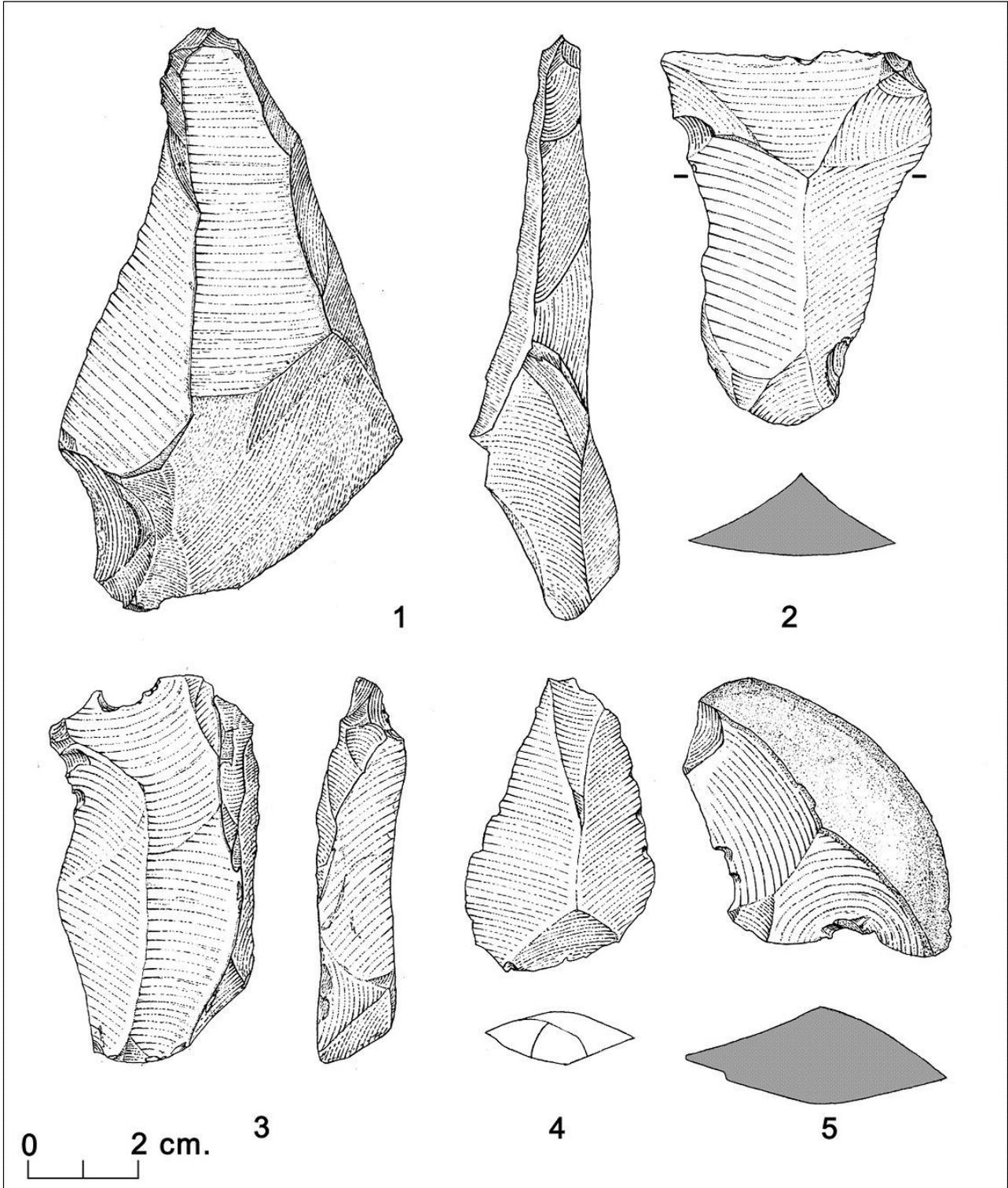
**Fig. 1:** Cuenca del río Sella (Asturias) con la ubicación los principales yacimientos paleolíticos próximos a la desembocadura (Ribadesella) y el conjunto del curso medio (Cangas de Onís) y alto (Amieva).



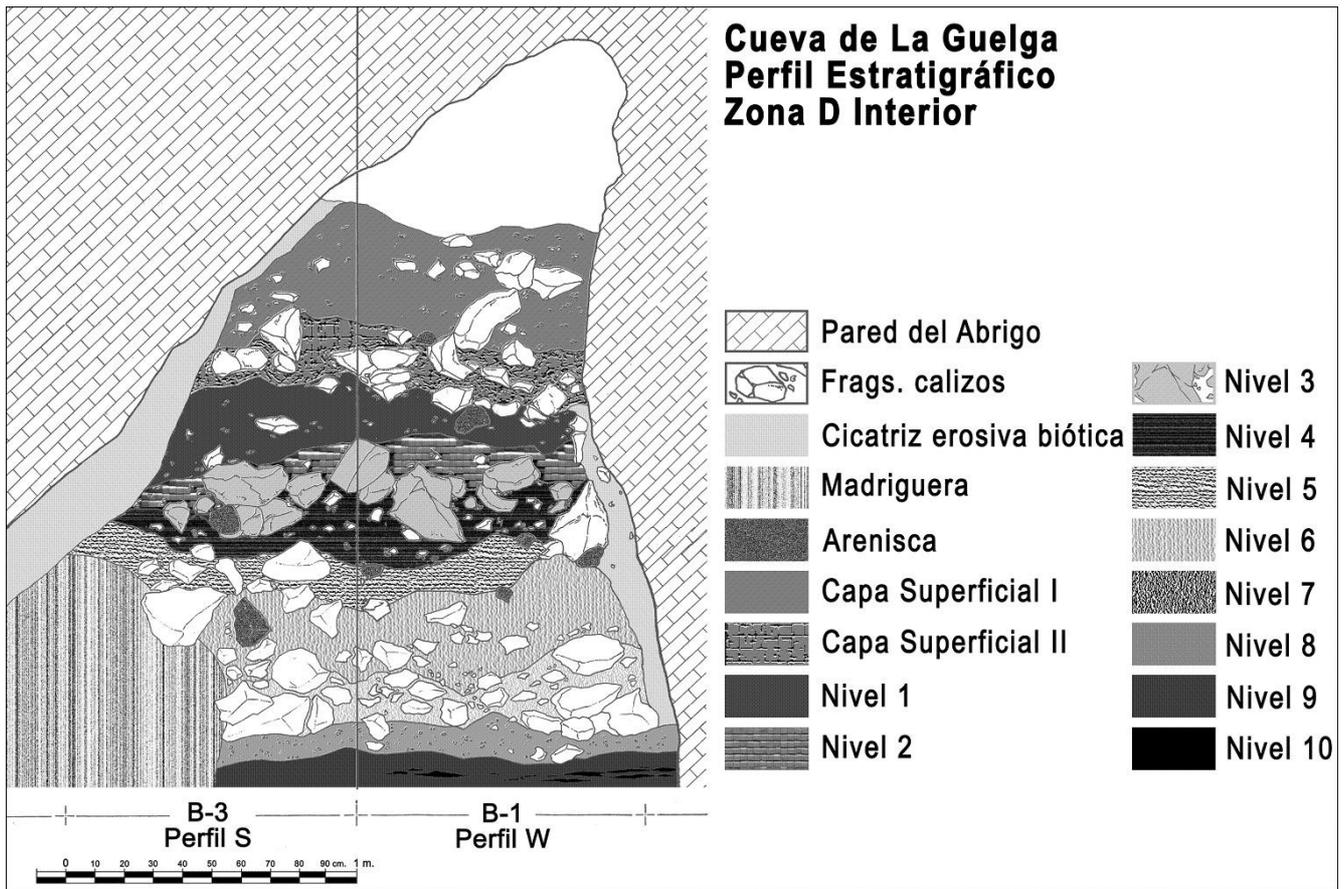
**Fig. 2:** Detalle de la topografía del yacimiento de la Cueva de la Güelga, con la ubicación de las zonas arqueológicas y esquema de la sección del valle y sus terrazas (autor: Sergio Hurtado Moreno).



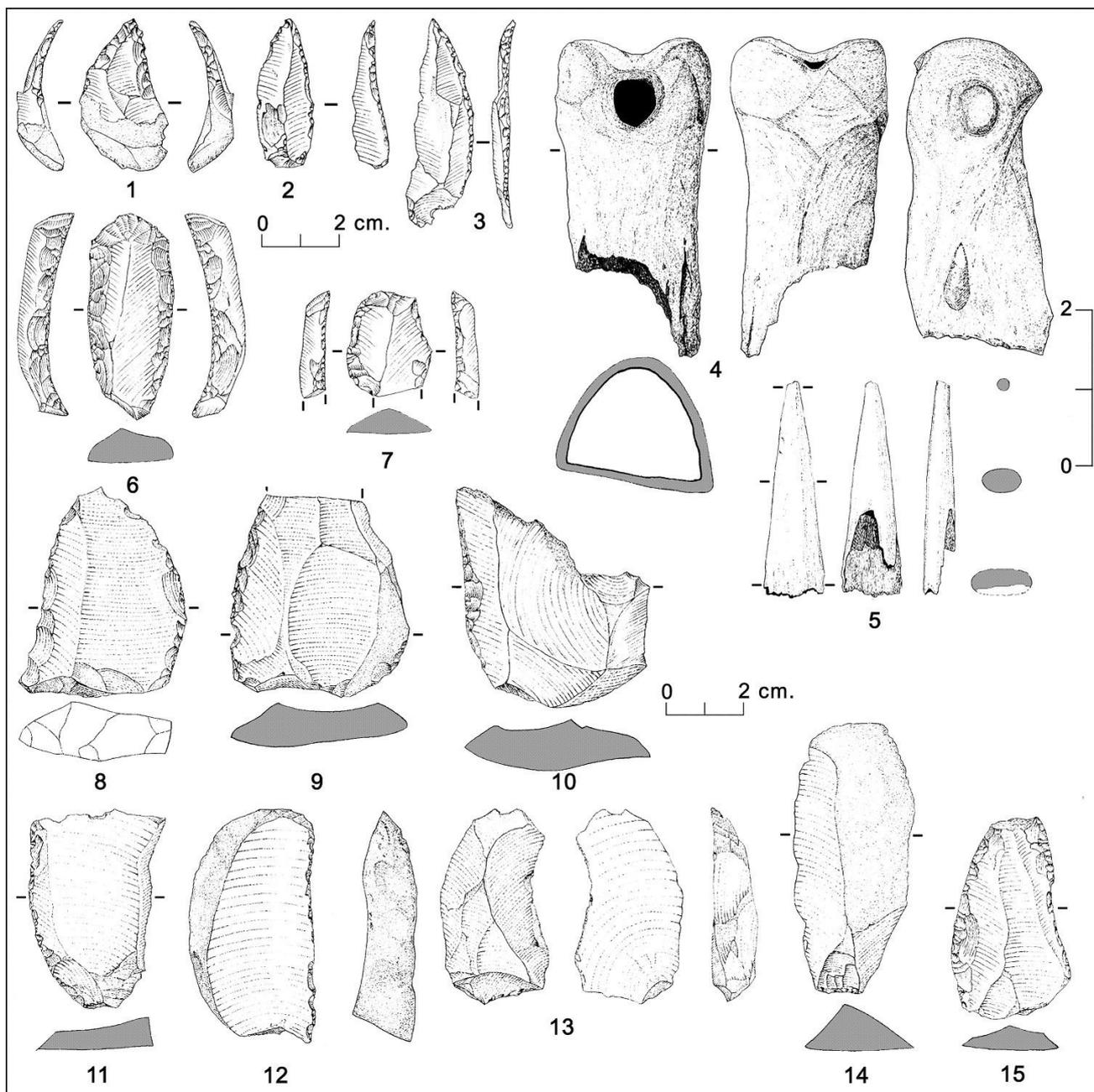
**Fig. 3:** Detalle de la topografía de los primeros tramos de galerías de la Cueva de la Güelga.



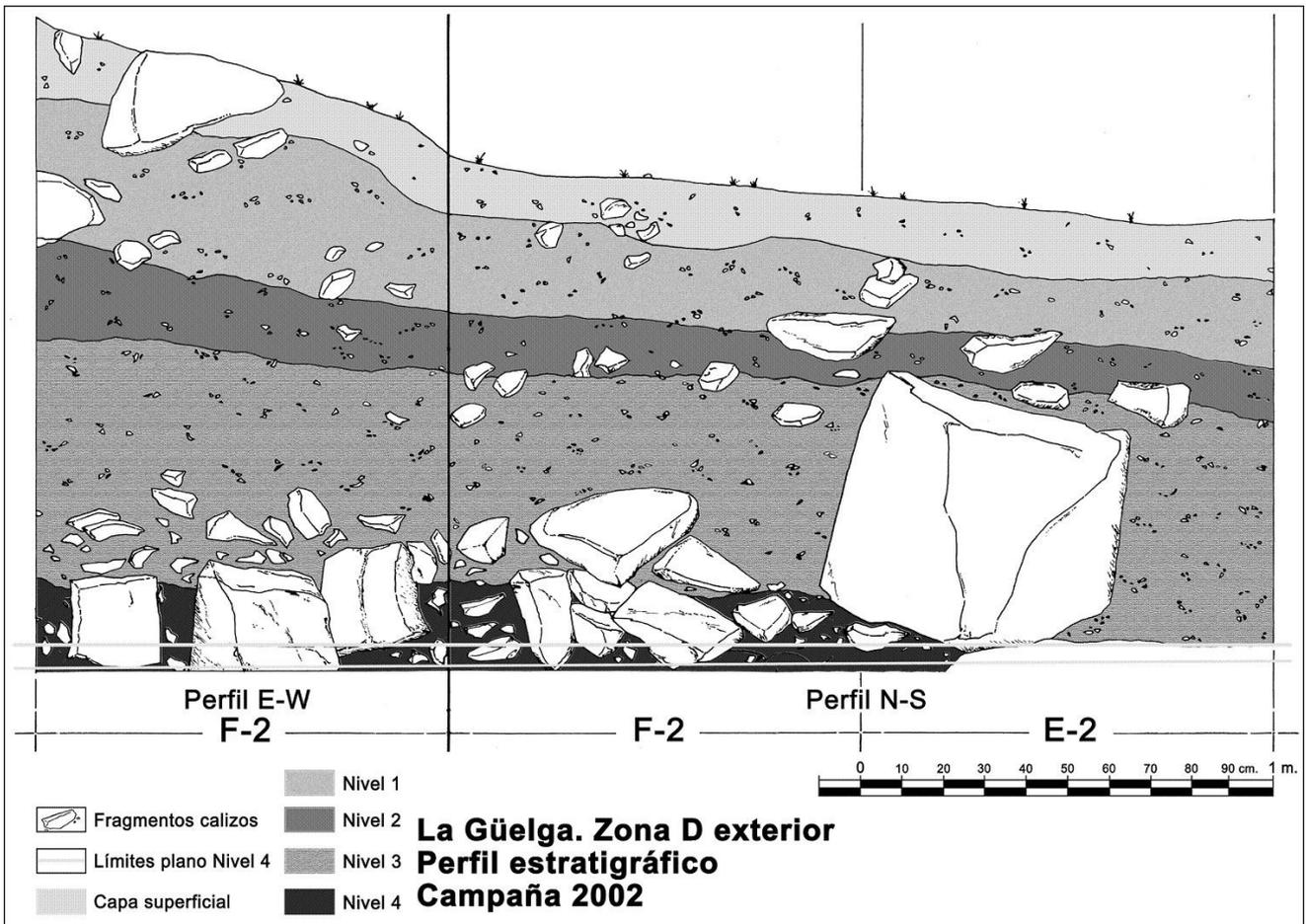
**Fig. 4:** Cuchillos de dorso y lascas levallois en cuarcita, recuperados en el cono de deyección de la sala interior de la Cueva de la Güelga.



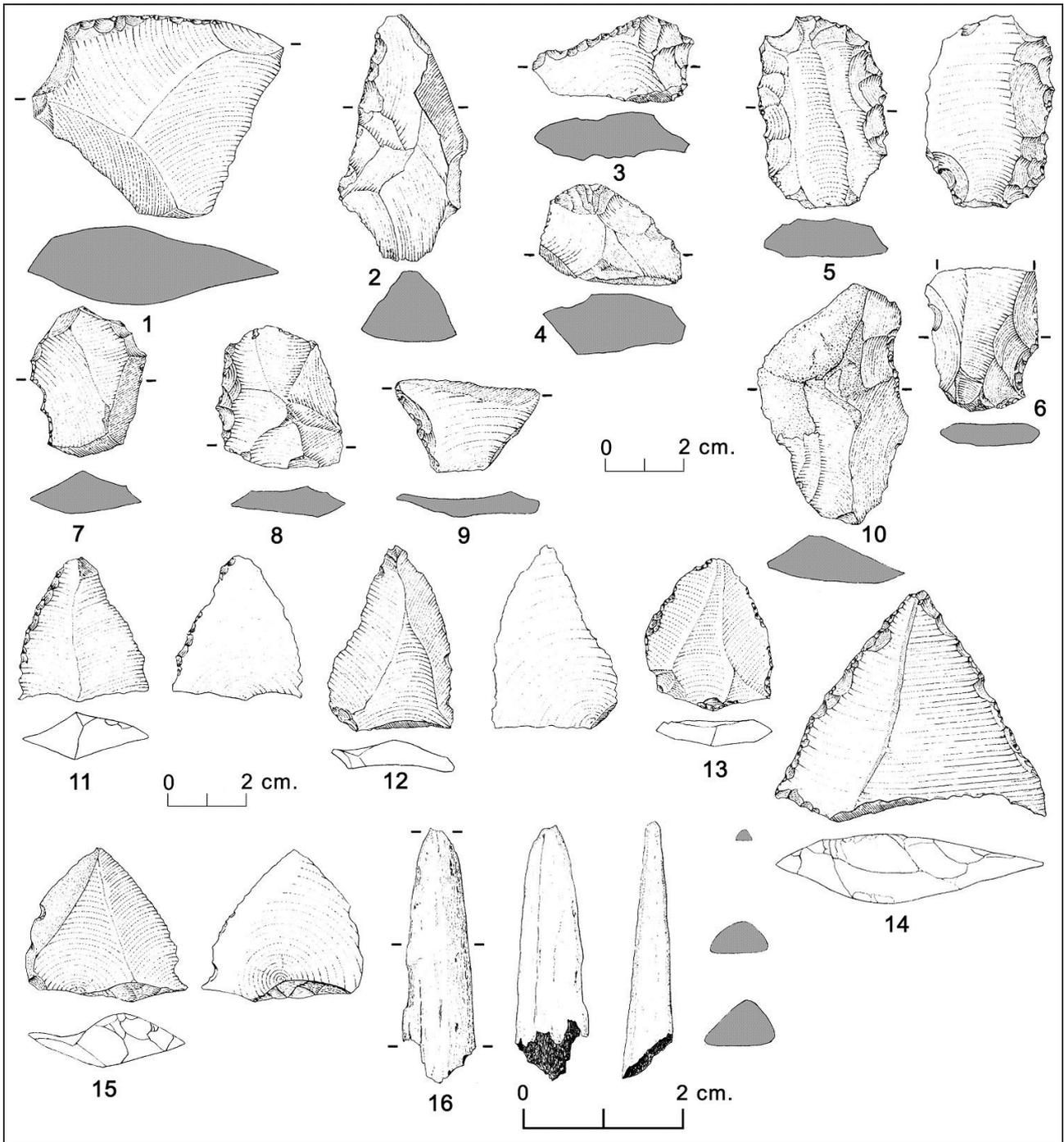
**Fig 5:** Perfil estratigráfico de la Zona D interior de la Cueva de la Güelga.



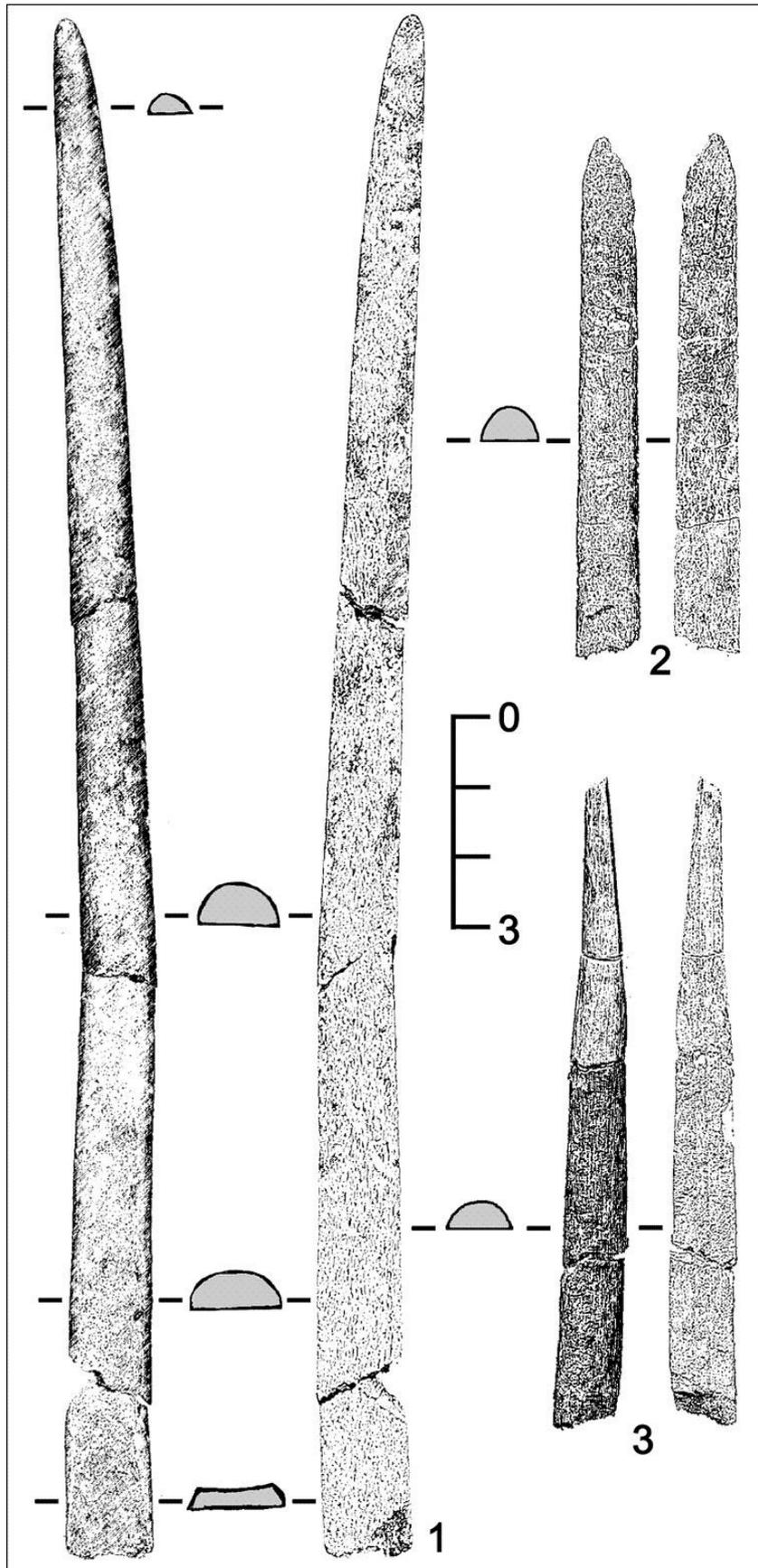
**Fig. 6:** Selección de materiales significativos de la Zona D-interior de la Cueva de la Güelga. Los materiales óseos se reproducen a escala mayor que los líticos. 1. Atípico apuntado con retoque abrupto, Nivel 1; 2-3. Puntas del Chatelperron, Nivel 1; 4. Falange de ciervo perforada (posible silbato), Nivel 6; 5. Fragmento mesodistal de azagaya aplanada en asta, Nivel 6; 6. Raspador en lámina aurifiaciense de sílex, Nivel 5; 7. Distal de raspador en lámina retocada de sílex, Nivel 5; 8-10. Lascas de cuarcita retocadas, Nivel 9; 11. Lámina de cuarcita con retoque continuo en un borde, Nivel 9; 12. Cuchillo de dorso natural en cuarcita, Nivel 9; 13. Escotadura en lámina de cuarcita, Nivel 9; 14. Cuchillo de dorso natural en lámina de cuarcita, Nivel 9; 15. Lámina aurifiaciense en sílex, Nivel 9.



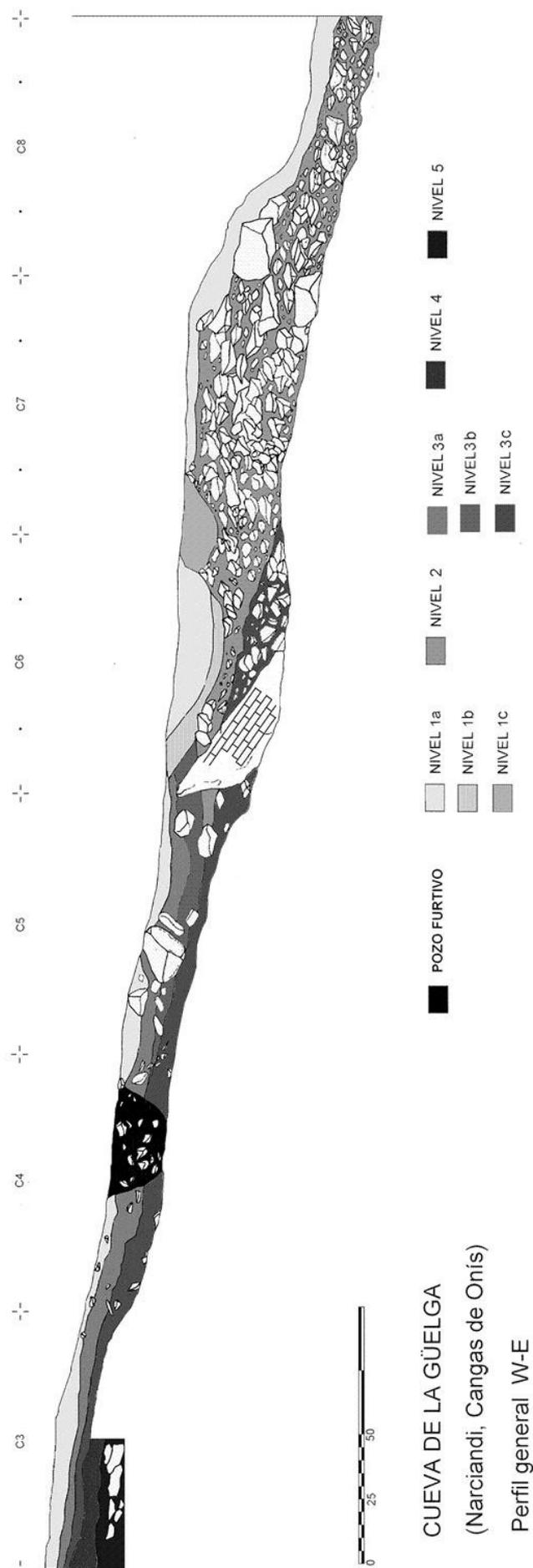
**Fig. 7:** Perfil estratigráfico de la Zona D exterior de la Cueva de la Güelga.



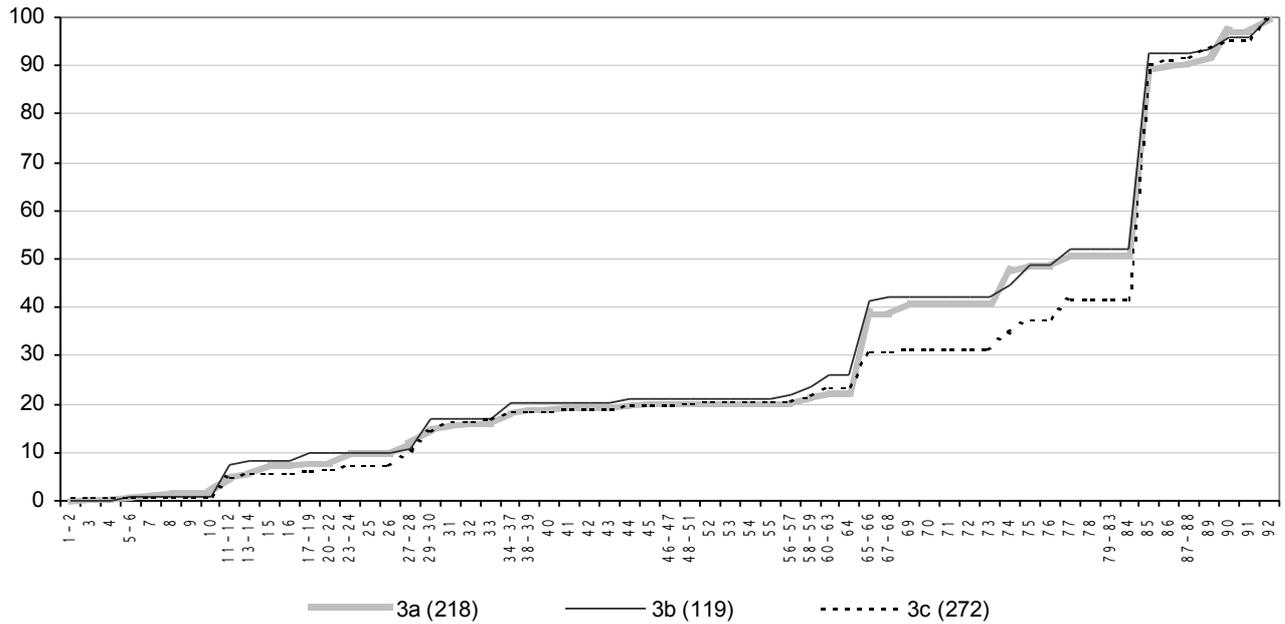
**Fig. 8:** Selección de materiales del Nivel 4 (D-externo). Los materiales óseos se reproducen a escala mayor que los líticos. 1-10: Raederas, denticulados, muescas, escotaduras y raspador (4) en cuarcita; 11-15. Puntas en soportes Levallois de cuarcita; 16. Fragmento mesodistal de azagaya.



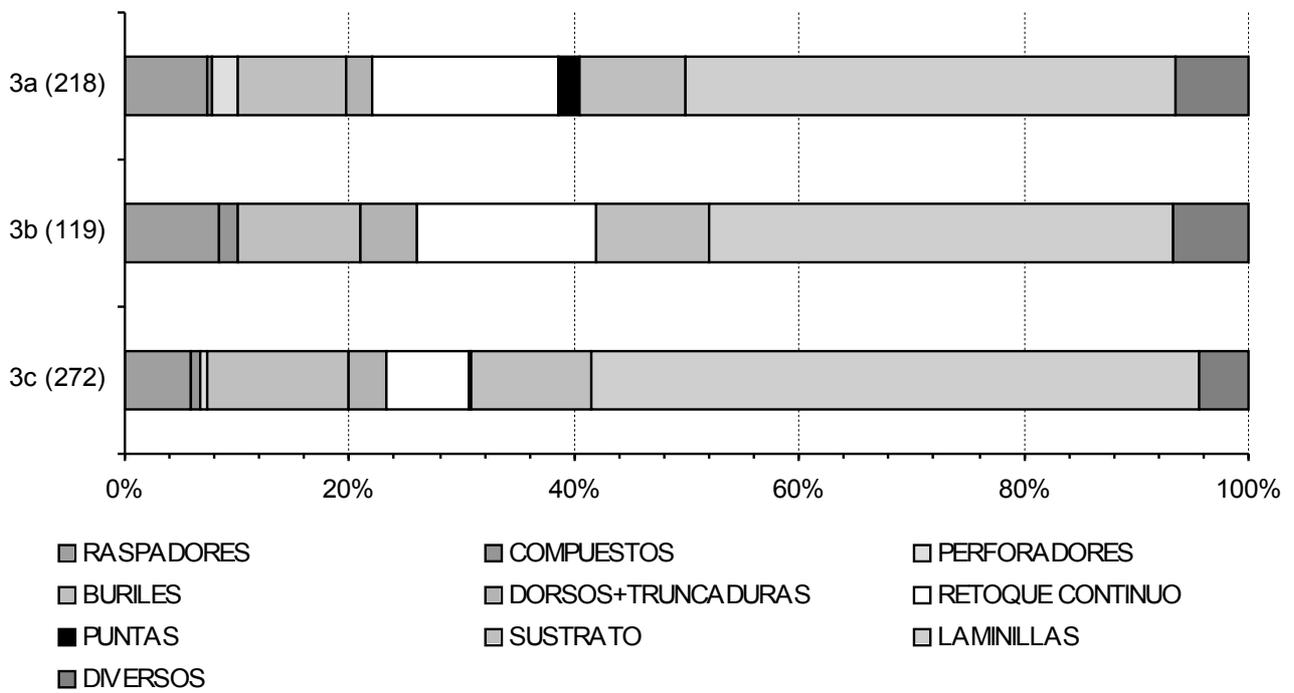
**Fig. 9:** La Güelga. Industria ósea magdaleniense: varillas de sección planoconvexa. 1. Zona C, Nivel 3; 2.3. Zona A, Nivel 3c.



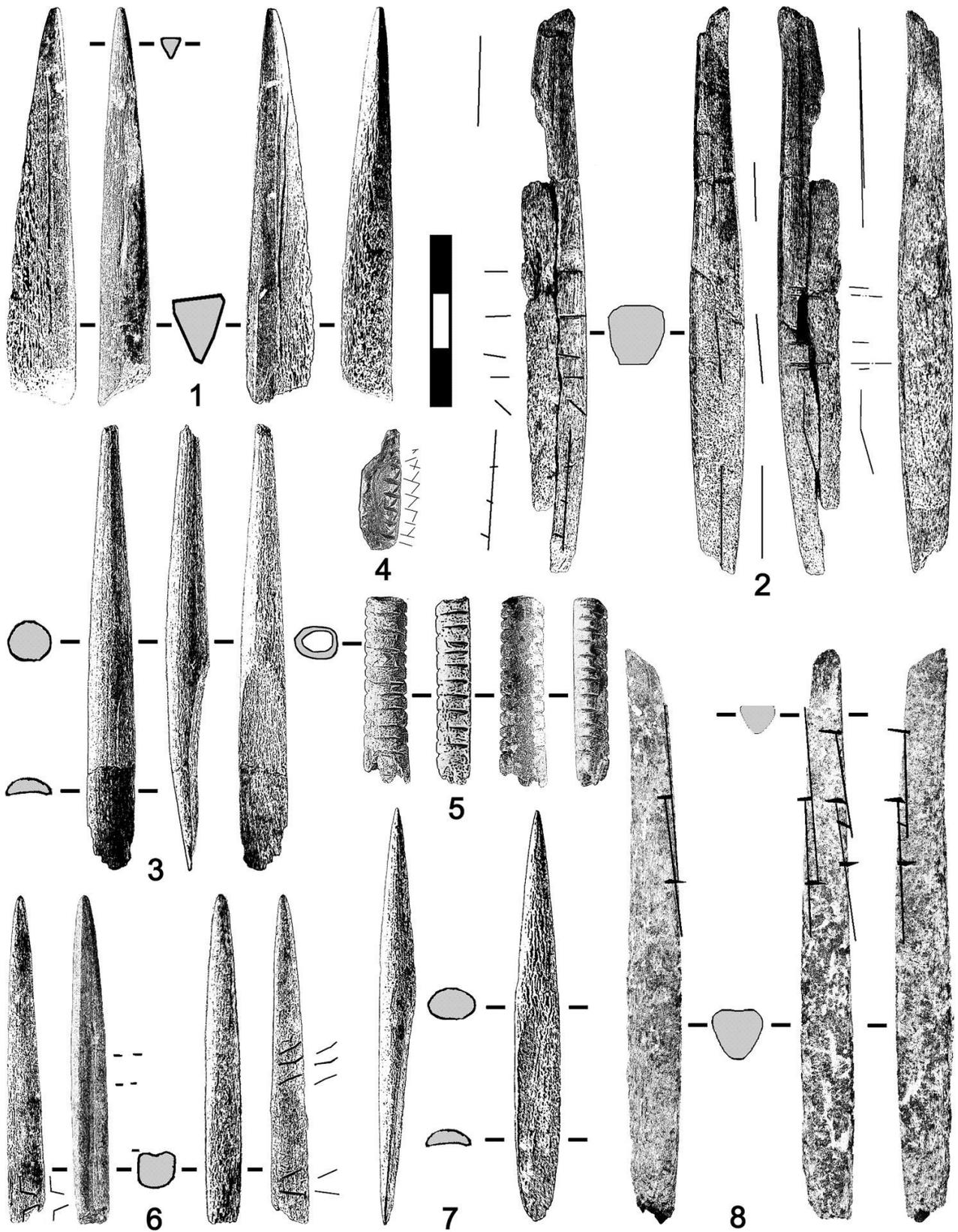
**Fig. 10:** Perfil estratigráfico de la Zona A de la Cueva de la Güelga.



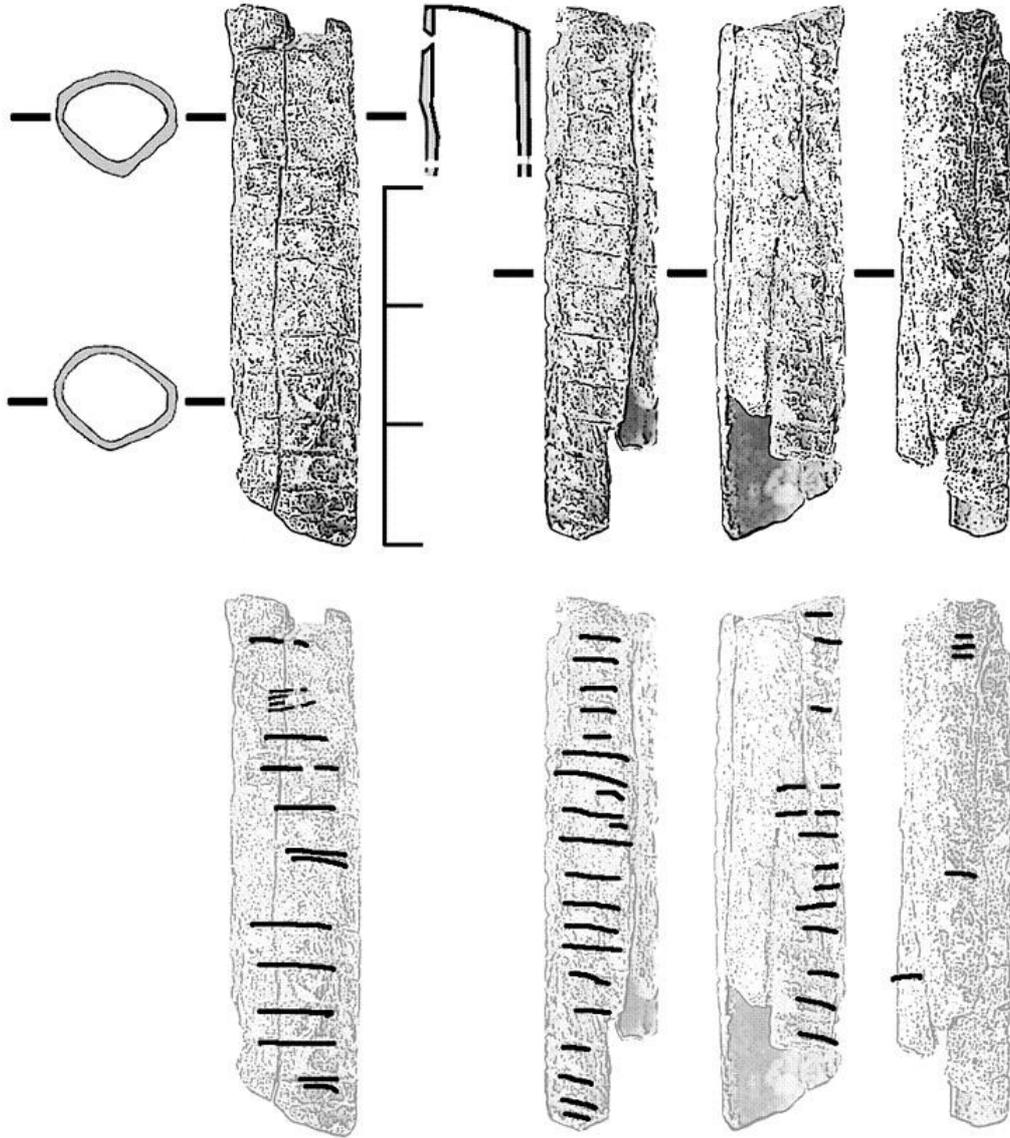
**Fig. 11:** La Güelga A. Nivel 3. Industria lítica. Distribución por grupos tipológicos.



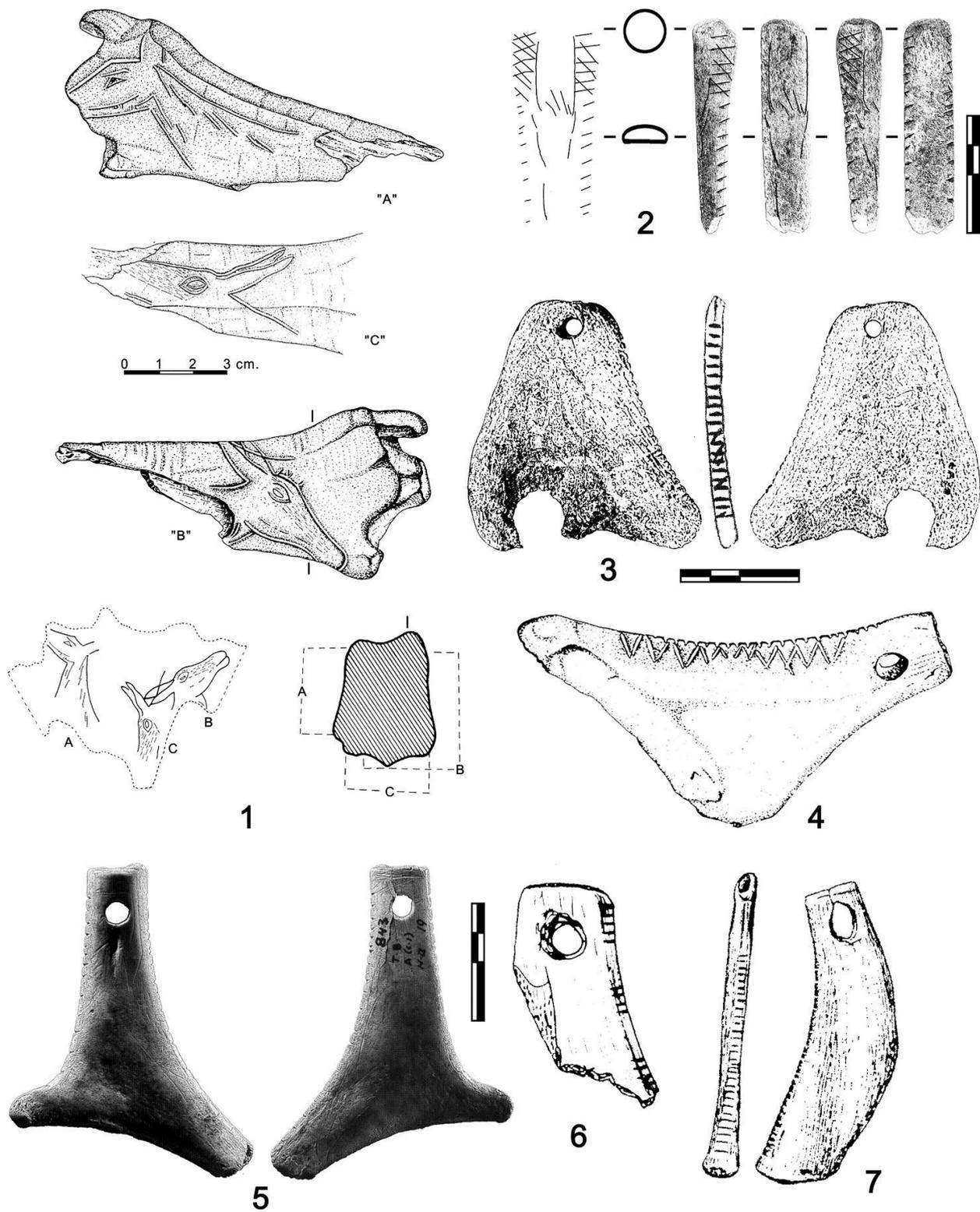
**Fig. 12:** La Güelga A. Nivel 3. Industria lítica. Gráfica acumulativa.



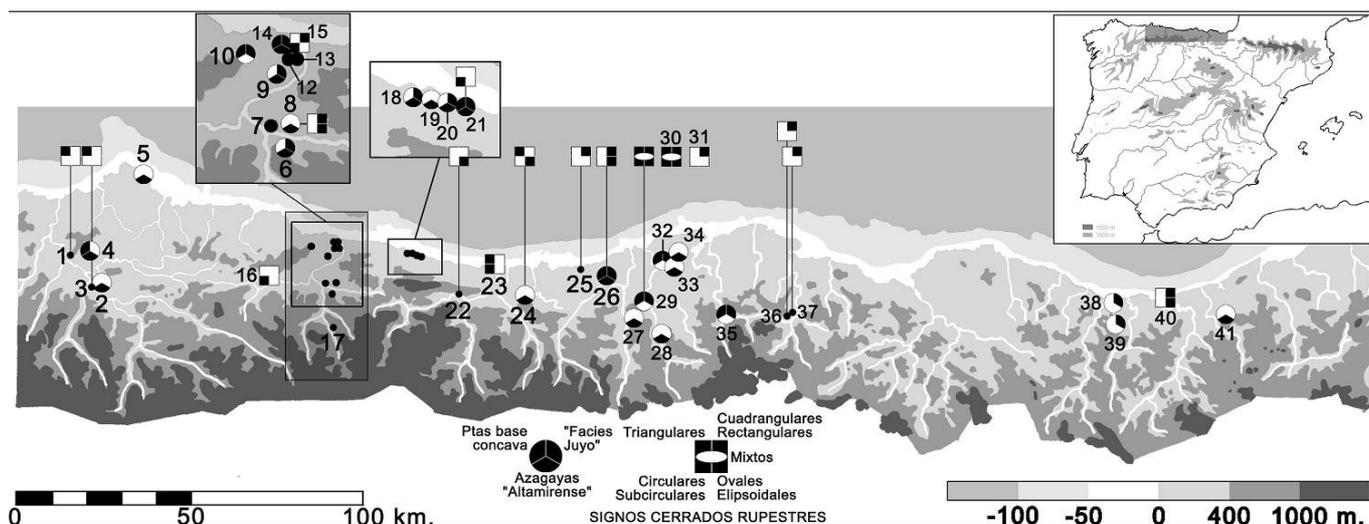
**Fig. 13:** La Güelga. Industria ósea magdaleniense. Zona A, Nivel 3c. 1-2, 8: Azagayas de sección triangular y subtriangular; 3, 7: Azagayas de sección circular y largo bisel; 4-5: Objetos decorados; 6: Azagaya de sección cuadrangular.



**Fig. 14:** Flauta o silbato en hueso de ave decorado. Zona C, Nivel 3.



**Fig. 15:** Objetos de arte mueble magdaleniense de la Cuenca del Sella. 1. Tibia decorada con ciervos de La Güelga, Nivel 3c; 2. Fragmento de azagaya reutilizado como colgante con incisiones laterales y capriforme de La Güelga, Nivel 3c; 3-4. Colgantes en hioides de ciervo decorados de La Güelga, Nivel 3c; 5-7. Colgantes en hioides de ciervo decorados de Tito Bustillo, Nivel 1c.



**Fig. 16:** Mapa de la cornisa cantábrica con la distribución de rasgos estilísticos y arqueológicos que permiten identificar la delimitación de áreas culturales desde el Solutrense superior. 1. Peña de Candamo; 2. Caldas; 3. Lluera II; 4. Paloma; 5. Oscura de Perán; 6. Güelga; 7. Azules; 8. Buxu; 9. Lloseta; 10. Cova Rosa; 12. Cueva; 13. Pedroses; 14. Cierro; 15. Tito Bustillo; 16. Sidrón; 17. Collubil; 18. Cueto de la Mina; 19. Coberizas; 20. Riera; 21. Balmori; 22. Llonín; 23. Pindal; 24. Chufín; 25. Aguas de Novales; 26. Altamira; 27. Hornos de la Peña; 28. Cobalejos; 29. Castillo; 30. Pasiega; 31. Chimeneas; 32. Juyo; 33. Pendo; 34. Mazo de Camargo; 35. Rascaño; 36. Haza; 37. Covalanas; 38. Urtiaga; 39. Ekain; 40. Altxerri; 41. Aitzbitarte.

Procedencia	Datación	Referencia	Material/Método
Zona A, Nivel 3c (base)	14020±130	GrN-17255	Hueso/Convencional
Zona A, Nivel 3c (base)	14090±190	GrN-19610	Hueso/Convencional
Zona A, Nivel 3c (base)	14170±1030/910	GrN-19387	Hueso/Convencional
Zona C, Nivel 2/3	13890±130		Hueso/convencional
Zona D-Cono de deyección	32000±1600/1350	GrN-18256	Hueso/AMS
Zona D-Interior, Nivel 1	32460±440	Beta-172343	Hueso/AMS
Zona D-Interior, Nivel 2	30210±340	Beta-172344	Hueso/AMS
Zona D-Exterior, Nivel 4a	29550±310	Beta-172345	Hueso/AMS
Zona D exterior, Nivel 4b	29020±260	Beta-186766	Hueso/AMS

**Tabla 1:** Dataciones radiocarbónicas de la Cueva de la Güelga.

# JEBEL AL-MUTAWWAQ (JORDANIA)

Juan Fernández-Tresguerres<sup>1</sup>

## Introducción.

Este yacimiento, conocido parcialmente en los últimos años del siglo XIX, fue descubierto de nuevo por Hanbury-Tenison en los años 80 del siglo XX (Hanbury-Tenison, 1986; 1989). En 1989 la Misión Arqueológica Española inició las excavaciones en la necrópolis y el poblado, financiadas por el Instituto Español Bíblico y Arqueológico de Jerusalén -con colaboración del IFAPO y de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa de Jerusalén- y, a partir de 1992, por el Ministerio de Educación y Cultura. Los trabajos de excavación se realizaron tanto en la montaña de Mutawwaq, como en sitios próximos que podían esclarecer el proceso de ocupación de esa zona al este del río Zarqa.

El sitio fue ocupado de forma más o menos permanente hacia la mitad del IV milenio a. de C. después del abandono de los sitios calcolíticos del Valle del Jordán y del Neguev (Tuleilat Ghassul, Abu Hamid, Shiqmin, los poblados próximos a Beersheba, etc.). Situado en una zona semiárida próxima al límite de la vegetación mediterránea, y con la estepa extendiéndose hacia el Este como antesala del desierto oriental Jordania. La escasa pluviosidad se ve compensada por la presencia del río Zarqa y por dos fuentes, permitiendo el cultivo de cereales en la montaña y la horticultura en el valle; la estepa favorece la explotación estacional de pastos para los rebaños de ovejas y cabras (el cerdo parece haber desaparecido). La frontera climática también coincide con la de los tipos de suelos: la fértil *terra rossa* se encuentra al oeste y las tierras amarillas al este.

## Una zona largamente ocupada sin continuidad.

Los primeros testimonios de la ocupación humana son los escasos útiles paleolíticos encontrados dispersos por toda la montaña. Más consistente es la ocupación del Neolítico Precerámico B, localizada en una terraza a escasa altitud sobre el río y dominando la zona fértil del valle del Zarqa. Pero la presencia más arraigada es la de grupos de la Edad del Bronce antiguo: un extenso poblado, una necrópolis dolménica con más de mil monumentos (ya muchos desaparecidos) y amplias estructuras religiosas. Los romanos no desaprovecharon la buena ubicación del valle del Zarqa y se asentaron en la parte baja de la montaña, próximos a 'Ayn Qneyah. La aldea actual, cercana a la fuente, fue construida sobre restos de una villa romano-bizantina. Dispersas por la zona abundan las huellas de posibles pastores seminómadas de los periodos islámico y otomano.

## La necrópolis dolménica.

Aunque ligada a la vida del poblado, su cronología desborda el tiempo de ocupación del mismo. No es la única que se encuentra en la región de Mutawwaq (en ella fueron localizados más de dos mil dólmenes), agrupados en conjuntos de mayor o menor complejidad. Son estructuras sencillas, con una simple cámara de planta rectangular y, en ocasiones, cerrada por uno de los lados o, más raramente, por los dos con una losa vertical. Sus dimensiones son variables: se encuentran dólmenes de apenas 2 m de longitud, mientras que otros superan los 6; la altura de la cámara puede ser superior a los 2 m.

---

1 Departamento de Historia, Área de Prehistoria. Universidad de Oviedo.

Los restos humanos son escasos y aparecen muy fragmentados y los ajuares pobres: algunas cuentas de collar, fragmentos de cerámica tosca. Un puñal, posiblemente de finales del Bronce antiguo o del Bronce medio inicial es la pieza más destacada.

### **El poblado del Bronce antiguo I.**

Aunque es posible que no fuera la primera ocupación en los comienzos de la Edad del Bronce, el primer poblado permanente se construyó algo más tarde en una zona en pendiente limitada por un acantilado sobre una superficie irregular de 900 por unos 300 metros. La zona ocupada fue rodeada por un rudimentario muro construido con grandes bloques de piedra que carece de intención defensiva. Se conservan algunas de sus puertas, una de las cuales se encuentra al final de un camino acondicionado ya en ese periodo que asciende desde la fuente de Kharaysin.



**Figura 1:** Muralla de Mutawwaq.

El número de casas encontradas en el poblado, teniendo en cuenta las numerosas destrucciones, es de 186. Si suponemos que la trama del poblado seguía pautas similares a la que conocemos, es posible la existencia de otras cien casas más, lo que, pese a los riesgos del cálculo, permite sospechar la presencia razonable de unos 1.500 ó 1.700 habitantes.

### **Viviendas familiares.**

La regularidad del tipo de planta es casi absoluta: todas las casas son del tipo de planta oval alargada característico de este periodo (Fernández-Tresguerres, 2000; 2005). Cuando la inclinación del terreno era fuerte se levantaron sobre pequeñas terrazas que

anulaban ese desnivel. Adosadas a ellas se encuentran patios rodeados por bloques de piedra. Los muros se construían con grandes bloques prismáticos de caliza sin labrar que pueden tener hasta dos metros de largo sobre los que se colocaban otros de menor tamaño. No es raro que el suelo de las casas sea la misma roca que, si presentaba irregularidades, se cubría con una capa de tierra arcillosa y pequeñas piedras.



**Figura 2:** Casa alargada de planta oval.

La puerta se encontraba en uno de sus lados largos y, en la mayoría de los casos, estaba formada por dos bloques de piedra bastante regulares de aproximadamente un metro de altura. En algún caso se encontró *in situ*, al lado de una de las jambas, un pequeño bloque con una pequeña cúpula que servía de quicio. Un bloque plano servía de umbral y otro similar de dintel. Un caso notable es el de la puerta doble de la casa 117, adosada a la muralla y al borde de un escalón del acantilado, formada por tres pilares que enmarcaban dos puertas en ángulo obtuso: una da acceso a la casa y la otra a la rampa de piedras y tierra que salva el desnivel con el escalón inferior del acantilado.

Dentro de las casas los hogares se situaban en uno de los extremos del edificio (o en los dos). Son pequeñas agrupaciones de piedras colocadas sobre el suelo; en una de las casas unas losas hincadas formaban un paravientos.

Ningún resto permite conocer el modo de cubrir las casas, aunque es de suponer que se aprovecharon materiales encontrados en el valle del Zarqa: maderas para postes y vigas y cañas.

La casa media de Mutawwaq tendría 10,62 m. de largo por 4,21 de ancho, con una superficie habitable de 44,19 m<sup>2</sup>. Los patios superan los 100 m<sup>2</sup> e, incluso, algunos alcanzan los 200 m<sup>2</sup>.

Un caso peculiar es la casa 81 ya que es más compleja en su estructura al añadir un pasillo por uno de sus lados y una sala por la que se accede desde el exterior. En ese pasillo se encontraron cuatro jarras, colocadas junto al muro en zonas protegidas por

salientes de los bloques de piedra y apenas cubiertas por una leve capa de tierra y guijarros, en una de las cuales se hallaron los restos de dos fetos ya muy desarrollados o de dos recién nacidos (Cabellos, Garralda, Fernández-Tresguerres, 2002). Es el primer documento de este tipo que se encuentra en el poblado de Mutawwaq y en los otros poblados de este periodo. Otra de las jarras encerraba también algunos huesos de niño, tan destruidos que hicieron difícil su identificación.

### **La cerámica.**

Su tipología es comparable a la obtenida en Jawa (Desierto Negro) y en Um Hammad (Valle del Jordán) (Betts, 1991; 1992). Se trata de una cerámica bastante simple y de mala calidad: hecha a mano, las pastas son toscas, el desgrasante calizo grueso y la cocción mala. En algunos casos se usó un torno manual o una estera, de la que son frecuentes las impresiones en la base.

Las formas más frecuentes están relacionadas con el almacenamiento y la preparación y el consumo de alimentos. En primer lugar tenemos las grandes jarras que servían para guardar, posiblemente, cereales, aceitunas, leche y agua (las fuentes están en el valle). Una paleta de cerámica hallada junto a ellas debía servir para sacar los elementos almacenados. Las formas son globulares, con fuertes asas horizontales, inclinadas hacia la base, y clavadas en el vientre de la vasija, próxima a los hombros. El cuello suele ser corto y la boca ancha, salvo en algunos casos, y con el labio redondeado o plano oblicuo. La base es simple y pegada directamente al cuerpo.

La decoración de estas jarras es muy reiterativa. Cordones aplicados al cuerpo de la vasija, con digitaciones impresas (a veces aplicadas directamente al cuerpo de la cerámica), en ocasiones limitadas a la zona superior de las asas -próxima a la zona de unión entre el cuerpo y el cuello, aunque en otros casos se extienden por todo el perímetro de la vasija. La altura de estas jarras puede superar los 50 cm.

Un ejemplar destaca por la presencia de sellos impresos en diversas partes de la vasija: sobre las asas (dos sobre cada una de ellas), dos grupos de dos impresiones sobre el cuerpo, un grupo de tres sobre uno de los pezones y un último conjunto de dos bajo ellos uno de ellos. Estos sellos reproducen esquemas muy simples, geométricos: un cartucho alargado cubierto con líneas horizontales u oblicuas y otras horizontales. Ejemplos de sellos similares fueron encontrados sobre vasijas de Jawa, Kataret es-Samra, Tell es-Sawwan, etc. y llegan hasta Tarso. No es posible saber si se trata de marcas de propiedad, de contenido, o de medidas (Betts, 1991).

Otra forma muy abundante en todas las casas es la olla. Todos los ejemplares pertenecen al mismo tipo general: cuerpo globular, más ancho en la parte superior y adelgazándose hacia la base. Boca cerrada y sin cuello. Algunas de ellas presentan pezones aplastados (cuatro o más) próximos a la boca. La decoración se limita a pequeñas comas incisas, o círculos impresos. La altura suele ser de 30 cm. y el diámetro máximo puede superar los 40 cm. Los labios suelen ser redondeados y engrosados con respecto al espesor de las paredes de la vasija. La pasta es siempre muy tosca, con desgrasante grueso calizo y la cocción muy mala, lo que da como resultado una cerámica porosa que se deshace entre los dedos. Un tipo similar éste tiene un cuello poco desarrollado, con dos asas opuestas arrancando del mismo labio, o de un punto ligeramente inferior al mismo, y apoyándose sobre los hombros de la vasija. La calidad es similar a la de las ollas.

Los cuencos, de diferentes tipos, son muy numerosos. Varían en la forma y el tamaño: el diámetro de la boca oscila entre los 8 y los 12 cm. y su altura entre los 4 y los 8 cm. Los más abundantes son los hemiesféricos, de superficie tosca, de escaso diámetro y de labio apuntado, mellado en muchas ocasiones. Estas melladuras suelen aparecer ennegrecidas, lo que indica su función como lámparas. La base de estos cuencos es convexa o, muy raramente, plana. Algunos ejemplares de cuencos presentan

paredes más finas, más elaboradas y, generalmente, corresponden al mismo tipo: bajos, con los bordes exvasados y labios apuntados finos; el cuerpo presenta una ligera carena. Aunque no es frecuente que este tipo lleve decoración, unos pocos ejemplares o presentan puntuaciones incisas, o gruesos puntos de color siena en el interior. Frecuente en muchas casas, es un gran cuenco con amplia boca, sin cuello, de cuerpo recto oblicuo o ligeramente globular, con paredes gruesas, labios con una protuberancia proyectada hacia el exterior y base plana y gruesa.

No son frecuentes las jarras de pequeño tamaño, de cuerpo globular y cuello alto - en ocasiones bajo - y con asas verticales. Los labios suelen ser redondeados. Sólo están atestiguados en unas pocas casas, pero es frecuente el hallazgo de asas de sección circular u oval, a veces geminadas, a veces con decoración pintada con gruesas líneas rojas.

La limitación tipológica es grande, aunque un estudio más detenido presentaría variantes dentro de los tipos. Es destacable, por su rareza, el hallazgo en una de las casas de un fragmento de crisol (en estudio en el Departamento de Metalografía de la Universidad de Oviedo). Junto con dos pequeñas alfileres, es el único resto de metal encontrado en el poblado.

### **Los objetos trabajados en basalto y en otros tipos de piedra. Útiles de hueso.**

Son habituales en todas las casas los fragmentos de útiles de basalto o algunas otras piezas trabajadas en piedra. El tipo más abundante es el molino de tipo barquiforme, que aparece junto con algunas molederas también de basalto. En caliza son especialmente frecuentes las llamadas “cabezas de maza”, piriformes, de 30 a 40 mm. de alto por unos 40 ó 45 mm. de ancho, con una perforación central. Menos habitual es la presencia de morteros de basalto con mamelones, cuya forma y decoración se corresponden con los tipos encontrados en Jawa en los niveles del Bronce Antiguo I.

Algunos de los útiles de sílex proceden de tipos líticos ghassulienses. Los más abundantes son los raspadores en abanico sobre lasca de sílex tabular (con retoque en todo el contorno y talón preparado), los circulares y los raspadores sobre lasca. Si la abundancia de hojas de sílex es un rasgo que caracteriza los conjuntos líticos de Mutawwaq recogidos en superficie, son muy raros los hallados en las casas. Se pueden distinguir dos grupos: hojas sin retoques o con retoque simple muy marginal y otro de hojas con retoque abrupto. Las hoces con el típico barniz son escasas, pero se encuentran algunas en las casas y, más abundantes, en las terrazas de cultivo. Los denticulados y las muescas están ampliamente representados, así como los perforadores y los taladros (piezas robustas creadas sobre una ancha y gruesa hoja de sílex con retoques abruptos muy profundos en ambos laterales y con una extremidad apuntada).

Un hecho chocante es la rareza de núcleos y de restos de talla entre los restos, lo que parece indicar que la talla debía hacerse fuera del poblado y que se aportaban los productos ya preparados.

La industria ósea en Mutawwaq se reduce a pequeñas astillas de hueso aguzadas por pulimento y algún punzón.

### **El “Santuario de las serpientes”.**

Este conjunto contrasta con la uniformidad de la arquitectura del poblado, lo que hace sospechar un uso distinto de este conjunto situado en una zona en la que se encuentran otras construcciones peculiares, distantes de las actividades de la vida cotidiana: un gran túmulo, un cercado de piedras y una alineación de bloques hincados (de la que forman algunos elementos del santuario). Éste está formado por tres casas, un gran patio y una serie de dependencias levantadas en el interior de éste. El nombre

dado al conjunto se debe a la frecuente presencia de serpientes en la decoración cerámica.

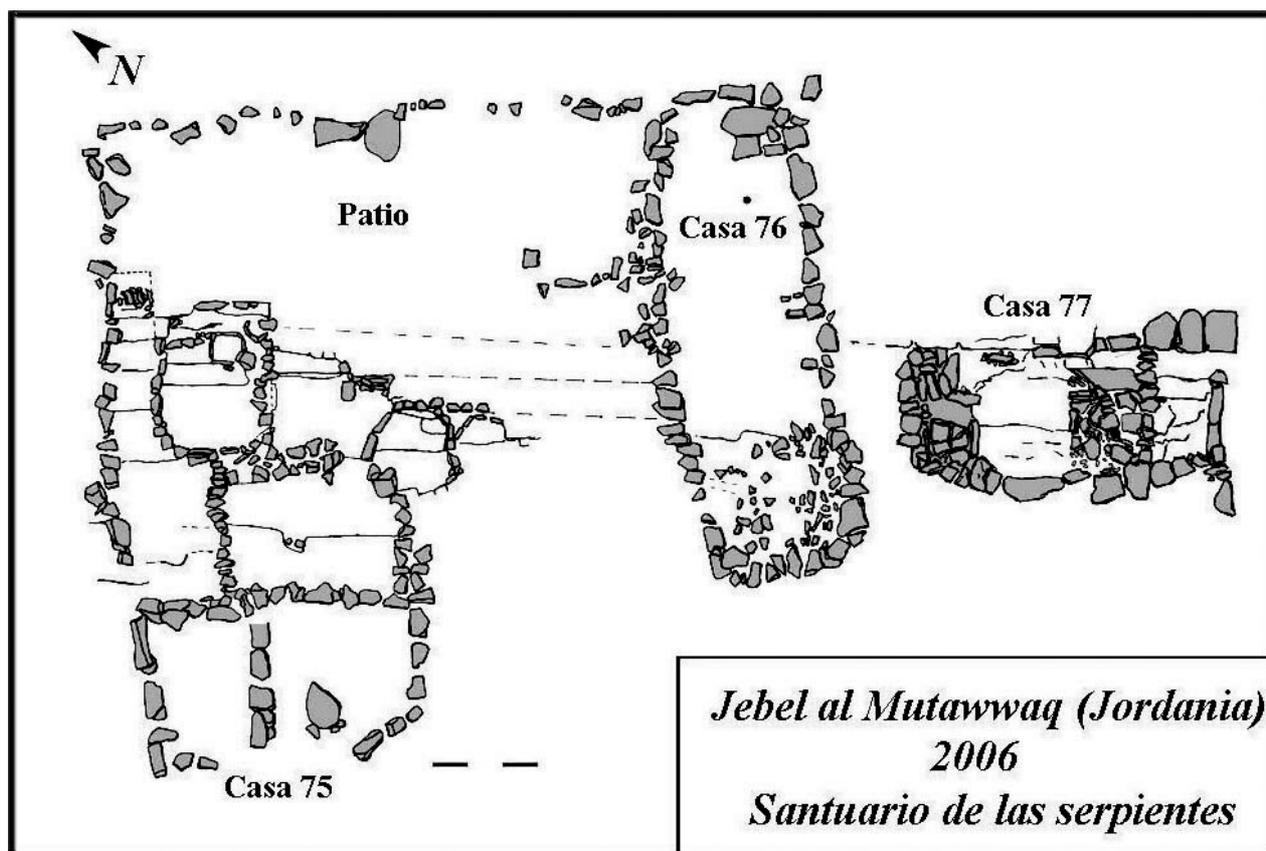


Figura 3: Santuario de las serpientes.

#### Casa 76.

Se trata de una estructura oval de 12,67 m de largo por 3,85 m de ancho, levantada directamente sobre la misma roca caliza de la montaña, en una zona en de fuerte pendiente (el desnivel entre los dos extremos de la casa es superior a los dos metros). Salvo en la cabecera de la estructura, los bloques de piedra estaban colocados hiladas irregulares. Una buena parte de estos bloques de piedra se encontraban caídos hacia el exterior, rodeando la casa.

La cabecera del edificio fue cortada en la misma roca caliza, creando una pared toscamente vertical muy inclinada en la base. Sobre ese corte se colocaron grandes bloques de piedra para elevar el muro. La finalidad de esa trabajosa excavación era crear en la parte más elevada de la casa una pequeña plataforma que, como veremos, se complementa con otra excavada en la misma. Salvo en esta cabecera los constructores en ningún momento intentaron anular la fuerte pendiente de la roca escalonada. Este plano irregular no dificultaba el tránsito desde la plataforma inferior hasta la superior.

Otro rasgo chocante es que este edificio presente dos puertas, una en cada uno de los lados largos de la habitación. Una da al patio y la otra hacia un espacio relacionado con otra edificación cercana. Ninguna de ellas se construyó según los esquemas bien definidos y documentados en las casas del poblado de Mutawwaq; se limitan a una interrupción del muro, colocando como umbral una serie de lajas más o menos planas en su cara superior. El ancho de las puertas es discordante con los datos obtenidos para otras construcciones de Mutawwaq – normalmente, de unos 0,75 m. -, ya que una ellas tiene 1,90 m de largo por 0,45 de ancho y la otra 1,25 m de largo. La puerta sudoriental está definida en interior del edificio por tres bloques de piedra

colocados en posición perpendicular al muro: dos al noreste de la misma y otro al sudoeste.

En la plataforma creada artificialmente, en la que se excavó una pequeña cubeta, se levantó una pequeña estructura formada por tres grandes piedras planas soportadas por otras de menor tamaño. Su posición y forma señalan hacia un pequeño "altar" colocado sobre el borde de un pozo excavado también en la misma caliza (1,75 m de largo por 0,55 de ancho y 0,50 de profundidad). En el relleno de este pozo se encontraron martillos de sílex con fuertes huellas de golpeo en uno de los extremos, posiblemente los mismos utensilios que se usaron para cortar la roca y excavar el pozo.

Las situación de las dos puertas obligan al visitante a girar en ángulo recto para dirigirse hacia el posible altar. Según Kempinski (1996) no es esa la norma en los templos de este periodo, en los que desde el momento en que se entra por la única puerta del edificio, nos encontramos frente a la estatua sagrada (de cuya existencia no hay indicio en Mutawwaq). Si nos atenemos a la afirmación de Kempinski, en esta casa la disposición correspondería más al final del periodo del Bronce Antiguo y se debería a una influencia mesopotámica. No parece ser el caso del "Santuario de las serpientes", ni en lo que se refiere a la cronología, ni a la influencia.

En toda la extensión de esta estructura no se encontraron huellas de fuego, ni acumulaciones de cenizas.

### **El patio.**

Su planta, toscamente rectangular, está limitado por bloques de piedra de tamaño medio, con una superficie de 16,80 m. de sur a norte y 16,15 m. con una fuerte inclinación hacia el oeste; unos escalones, en parte naturales, facilitan el tránsito y sirven de muro a una serie de habitaciones y a la Casa 75.

La entrada principal al patio se hace por una puerta monumental, a escala de Mutawwaq. Dos grandes piedras hincadas, hacen el papel de jambas; ambas están alineadas con otra piedra levantada en el exterior de la cabecera de la casa y con otras piedras también hincadas orientadas hacia un gran túmulo.

El umbral está formado por un escalón construido con piedras de menor tamaño. Bajo este umbral se encontró otro pozo excavado en la misma roca, en el que también se encontraron martillos de sílex. Este pozo mide 1,63 m de largo por 0,93 m en su parte más ancha y 0,60 m de profundidad.

### **Casa 75.**

Su planta es vagamente rectangular, ya que uno de sus muros es uno de los escalones, sobre el que se colocaron bloques de piedra. El muro opuesto o bien ha desaparecido en casi su totalidad o bien nunca existió. Su interior está dividido en dos habitaciones separadas por una alineación de bloques prismáticos de un tamaño regular. La habitación norte se hallaba cubierta por cenizas, procedentes de un hogar situado en el ángulo noreste de la misma. Esta capa cenicienta presenta en algunos puntos un espesor de 0,75 m. La habitación sureste tiene como rasgo más destacado una gran losa de piedra de 1,1 m. por 0,68 m. y un grosor de 0,12, utilizada, a juzgar por los útiles encontrados en unos de sus lados, como mesa para algún tipo de trabajo; estaba calzada con pequeños bloques de piedra.

### **Habitaciones construidas en el patio.**

El espacio situado entre el escalón de mayor altura, que corta el patio en dirección sudeste-noroeste, y el que sirve de muro a la Casa 75, fue aprovechado para construir cuatro habitaciones de pequeño tamaño que forman otro pequeño santuario. Estas salas, comunicadas entre sí, son de dimensiones muy pequeñas, alineadas en dirección noroeste-sudeste. Construidas con bloques de un tamaño menor y aprovechando

también los muros de otras estructuras, tienen una planta oval, circular, o aproximadamente rectangular. Las más destacadas son las que numeramos como 2, 3 y 5.



**Figura 4:** Sala del Santuario de las serpientes.

A la primera de ellas, de planta vagamente rectangular, se accede desde el rellano de la escalera por una puerta formada por un gran bloque prismático colocado directamente sobre la roca madre. Su rasgo más destacado es un banco, cuyos asientos y respaldo están formados por los escalones, posiblemente tallados en esa roca. En el lado norte se abre una puerta que da acceso a la habitación nº 3, construida según el modelo característico del poblado: dos jambas y un umbral (tres bloques irregulares de piedra colocados directamente sobre el suelo de roca). Un bloque prismático caído entre los dos pilares podría haber servido de dintel.

Esta sala 3 es de planta oval con el suelo elevado con una tierra endurecida de unos 0,25 m de espesor, que llegaba hasta la parte superior de los bloques de piedra del umbral. Está dividida en dos partes bien diferenciadas, una de las cuales está ocupada por el escalón natural de la roca que servía de banco en la habitación 2; sobre éste se construyó una cista de forma trapezoidal delimitada por 10 lajas prismáticas perfectamente encajadas y calzadas con pequeñas piedras; su suelo está formado por una tierra fuertemente apisonada. En el fondo de la cista, sobre la roca estaba depositada una piedra plana de forma triangular. Este espacio estaba dominado por una piedra hincada de tamaño vagamente triangular.

La habitación nº 5 es la más amplia y se accede a ella por una puerta abierta a un vestíbulo situado entre las habitaciones 4 y 2, y sellada por un muro de piedras, entre las que se encontraba un fragmento de basalto de basalto con una cúpula que, posiblemente, sería el quicio de la puerta.



**Figura 5:** Cista en la sala 3 del Santuario de las serpientes.

Al norte de todo este conjunto se encontraba otro vestíbulo al que se accedía desde el exterior y en el que se elevaba una escalera tallada en la roca que subía hacia la parte alta del patio.

### **Casa 77.**

Próxima a estos conjuntos pero situada en el exterior. Sus dimensiones son 8,50 m de largo por 3,50 m de ancho. Lo primero que sorprende de esta casa es su planta. Todas las casas de Mutawwaq pertenecen a la característica “casa alargada” de planta oval típica del Bronce antiguo I. La casa 77 fue construida según el esquema de la planta absidal: la cabecera forma un arco, mientras que el lado opuesto es recto. Otro rasgo notable es la clara división en dos habitaciones.

La primera de éstas, situada a los pies del edificio, es estrecha y alargada (1,50 m. de ancho por 3 m. de largo) y de planta rectangular. El muro que la separa del espacio exterior por el sureste conserva una única hilada de piedras colocadas directamente sobre la roca. En el extremo oriental se interrumpe y deja una abertura de 50 cm., señalada por una piedra de aspecto cónico de 45 cm. de altura. Frente a este muro se levantó otro que separa esta sala del espacio principal del edificio; va de una pared a otra sin interrupción. El único acceso a esta sala es, pues, desde el exterior. Su suelo, formado por la misma roca madre, presenta dos niveles bien diferenciados. Una plataforma inferior (de 1,78 de largo por 1,40 de ancho) a la que se desciende por dos escalones, que fueron cortados en la roca, en la que se encontraron acumulados

abundantes fragmentos cerámicos, lo que podría ser indicio de su uso como almacén. En el rellano superior se encuentra la puerta.

Otra habitación en la parte central del edificio representa el espacio más destacado y amplio. Su suelo enlosado está colocado sobre una ligera capa de tierra que se extiende sobre la roca. El muro que la cierra por el noroeste es curvo, diseñando el tipo de casa absidal. La forma de la cabecera fue determinada por un resalte rocoso de 60 cm. de altura, situado en el noreste de esta sala central. Este saliente, presenta una grieta profunda que lo divide en dos bloques, posiblemente resultado de un terremoto; luego fue tallada la cara sur. El hueco entre los bloques fue cubierto con tres losas de piedra alargadas y aplanadas, formando una plataforma elevada que domina la sala; su altura queda en parte disimulada por una segunda plataforma construida en el lado oeste sobre un muro; su interior se rellenó con tierra y con bloques de mediano tamaño que sirven para sostener las siete losas bien acuñadas que formaban el suelo de esta segunda plataforma. Ambas plataformas forman un extraño conjunto dentro de la habitación, por lo que, una vez más, permite la sospecha de una finalidad distinta a las de acoger a una unidad familiar.

No se encontró ninguna puerta que permitiese el acceso a esta sala central, cerrada por dos escalones de la roca de más de 60 cm. de altura, muy próximos a la puerta sureste de la casa 76. Es posible que la entrada se hiciese por ese lugar próximo a las plataformas. La incomodidad de saltar 60 cm. para acceder a la sala, se salvó colocando sobre el escalón natural inferior otro de algo más de 20 cm. de altura, formado por una laja de piedra plana y alargada apoyada sobre otra y acuñada con piedras, en forma de rudimentaria escalera.

### **La cerámica del santuario.**

En todas las estructuras son abundantes los fragmentos cerámicos. Su composición tipológica y su original decoración, los separan de los conjuntos habituales en las casas del poblado. Esto permite sospechar que se trata de un conjunto con significación distinta. Los restos están dispersos por toda la extensión de las habitaciones, aunque su número es menor ante las puertas de la casa 76 y en la zona próxima al "altar". Toda esta cerámica, como es habitual en Mutawwaq, tiene una calidad mediocre o, simplemente, mala.

Abundan las jarras de gran tamaño para almacenamiento, con asas horizontales curvadas hacia abajo e impresiones de esteras en las bases. En la casa 76, la mayor parte de los fragmentos se encontraban distribuidos de forma que las jarras parecían haber sido colocadas próximas a las paredes. Son escasos los tipos de vasijas destinadas al tratamiento y consumo de alimentos, aunque en los escasos restos de éstas, la decoración es más elaborada y la calidad de la pasta y la cocción mejores de lo habitual en este tipo de vasijas. Están presentes los cuencos hemiesféricos que, por sus bordes quemados, deben ser considerados como lámparas.

Donde se aprecia mayor originalidad, calidad y complejidad es en la decoración de estas vasijas. Si bien no están ausentes los motivos habituales (impresiones digitales o alineaciones de puntos incisos), destaca el desarrollo de modelos decorativos pintados, plásticos o incisos, que nunca o casi nunca se encuentran en otras casas del poblado. Dos motivos se repiten en diversas vasijas: el árbol y la serpiente.

El primero aparece al menos bajo cuatro modelos distintos: pintado en rojo con ramas ondulantes, grandes líneas incisas en zigzag, motivos ondulantes verticales incisos y líneas verticales en torno a las que se agrupan puntos incisos. En todos los casos el motivo se ordena en torno a una línea vertical que surge de una pequeña asa, de un pezón o de un motivo decorativo.

En el caso de las serpientes la técnica es más regular: bandas ondulantes modeladas y pegadas a las paredes de la jarra. En un caso las manchas características

de la piel están señaladas con líneas incisas, en otros, con más frecuencia, con puntuaciones también incisas y, en un caso, un cuerpo liso, sin manchas. Sobre una misma jarra dos serpientes reptan con la boca abierta en actitud de morder, desde el asa hacia el interior de la vasija; esta misma cerámica es, sin duda, el ejemplo más complejo y significativo, ya que en sus paredes se mezclan ambos motivos: dos árboles y dos serpientes alternándose sobre el cuerpo de la jarra. Las serpientes aparecen en las casas 76 y 77 y en la habitación nº 2 del patio.

El interés de otra cerámica está en que presenta por todo su contorno 73 impresiones de sellos ovales muy simples: una línea vertical central cortada por otras horizontales; son similares a los descritos anteriormente encontrados entre la cerámica del poblado.

Una jarra completa, encontrada en el vestíbulo que da acceso a la escalera norte, fue decorada con un motivo pintado en rojo; una secuencia de líneas finas verticales aparecen entremezcladas con otras horizontales y en zigzag, desarrolladas en torno a un conjunto simple de líneas verticales. Recuerdan las representaciones de árboles vistas en la jarra de las serpientes.

### **Industria de sílex y hueso.**

En algunos puntos de estas estructuras aparecieron conjuntos de útiles agrupados. Suelen limitarse a grandes raspadores en abanico sobre sílex tabular, por lo general más elaborados que los encontrados en las casas. Otros tipos, como el chopper, las hojas de hoz o los martillos utilizados para romper la roca, están más escasamente representados. Los objetos trabajados en basalto se limitan a algún fragmento de molino y alguna mano de mortero.

Un único utensilio de hueso encontrado en todo este conjunto, es un punzón fabricado sobre un hueso largo de cabra o de oveja, agrupado con los utensilios de sílex de la Casa 76.

### **Restos de animales y de olivo.**

Son escasos y, por lo general, se limitan a unos pocos huesos largos de ovejas o cabras, fragmentos de mandíbulas y algunos molares. Se encontraron tanto en la casa 76 como en algunas de las estructuras del patio. Es relativamente frecuente, sin embargo, encontrar en todas las estructuras del conjunto huesos de aceitunas quemados.

### **Cronología.**

La datación de los huesos de aceitunas encontrados en la Casa nº 76 permitieron obtener dos dataciones C14, cuyos resultados son bastante coherentes. Una de las muestras proporcionó la fecha de 5290 – 5040 BP = 3340 – 3090 B.C.E. (Beta-194526); la otra 5270 – 5170 BP = 3320 – 3220 B.C.E. (Beta-194527). Las fechas y los elementos culturales parecen situar el conjunto en el Bronce Antiguo la. No obstante, se encuentran alejadas de las dataciones que marcan el final del periodo Calcolítico (en torno al 3 500 B.C.E.), aunque, el Calcolítico final de Shiqmin (Neguev), proporciona fechas coincidentes con estas de Mutawwaq.

### **Significado del “Santuario de las serpientes”.**

El tipo de construcciones y el carácter simbólico acentuado de la decoración, permiten proponer la hipótesis de una agrupación de estructuras con función y significado religiosos. El significado de estos iconos, que serán clarificados en tiempos posteriores por los textos, en este momento del Bronce inicial están lejos de revelar su contenido, limitándose a ser iconos más o menos explícitos. En las antiguas civilizaciones aparecen como símbolos contrapuestos de vida y fertilidad, de muerte y

resurrección, de los poderes de la tierra o del aire. Ninguno de los dos se encuentra en el Bronce Antiguo la, y menos en la zona oriental del Jordán. Los motivos vegetales son muy frecuentes en la decoración de cerámicas o en escenas a lo largo de toda la historia posterior al Bronce Antiguo en todo el Próximo Oriente. También el motivo de la serpiente, representado de formas diversas, desde la esquematización (en ocasiones reducida a una simple línea ondulada), hasta una acentuado naturalismo. Este motivo se abrió paso lentamente en el universo simbólico desde su aparición por primera vez, junto a otros signos, en dos plaquetas grabadas del Neolítico Precerámico B de Jafr el-Ahmar, asociada a un buitre y a un cuadrúpedo en una de ellas y, en otra, varias serpientes asociadas a otros signos (uno de ellos podría representar algún tipo de vegetal) (Stordeur, 2000). En el mismo periodo encontramos la serpiente, esculpida en caliza, adornando una cabeza humana encontrada en Anatolia, en Nevalia Cori. En el Calcolítico de Ghassul una representación de serpiente similar a las de Mutawwaq decora una cerámica; en sus pinturas murales se pueden ver perdidas entre extrañas figuras algunas serpientes. A partir de la Edad del Bronce medio y del tardío árboles y serpientes se hacen más presentes, entremezclándose en la cerámica y en los posibles objetos de culto y funerarios, tanto palestinos, como mesopotámicos. Con frecuencia aparecen en periodos posteriores en las tumbas o en lugares religiosos, a veces asociados a otros animales y a posibles seres divinos en una multiplicidad narrativa. Un ejemplo de esta complejidad se observa en el tardío altar cananeo de Taanach del siglo X a. de C.

### **Bibliografía.**

- BETTS, A. V.G., ed. (1991): *Excavations at Jawa 1972-1986. Stratigraphy, Pottery and Other Finds*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- BETTS, A.V.G. ed. (1992): *Excavations at Tell Um Hammad. The Early Assemblages (EBI-II)*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- CABELLOS, T. GARRALDA, M.D., FERNÁNDEZ-TRESGUERRES (2002): "Las gentes del Bronce antiguo de Jebel Mutawwaq (Jordania, 3500 – 2000 a. C.); estudio antropológico". *Revista Española de Antropología Biológica* (23): 93-114.
- FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J.A. (2000): "Jabal al-Mutawwaq at the end of the fourth millenium BC". *Studies in the History and Archaeology of Jordan (VII)*. Amman: Department of Antiquities: 173-178.
- FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J.A. (2005): "Jebel Mutawwaq". *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* (49): 365-372.
- HANBURY-TENISON, J.W. (1986): *The Late Chalcolithic to Early Bronze I Transition in Palestine and Transjordan*, Oxford: BAR International Series, 311,.
- HANBURY-TENISON, J.W. (1989): "Jabal Mutawwaq 1986". *Annual of the Department of Antiquities of Jordan (XXXIII)*: 137-144.
- KEMPINSKI, A. (1992): "Chalcolithic and Early Bronze Age Temples". En Kempinski, A. y Reich, R. (ed.) *The Architecture of Ancient Israel. From the Prehistoric to the Persian Periods*: 53-59. Jerusalén: Israel Exploration Society.
- D. STORDEUR (2000): «Jerf el Ahmar et l'émergence du Néolithique au Proche Orient ». En J. Guilaine (ed.) *Premiers paysans du monde. Naissance des agricultures*: 33-60. Paris: Éditions Errance.

# UN FIRME TESTIMONIO DE LA EXPLOTACIÓN PREHISTÓRICA DEL COBRE EN EL NORTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: EL COMPLEJO MINERO DEL ARAMO (ASTURIAS)

Miguel Ángel de Blas Cortina<sup>1</sup>

## 1. Introducción.

Fue el de las minas del Aramo un descubrimiento demasiado precoz, en una época y ambientes con escasa capacidad para atender su notable valor arqueológico. El hecho se produjo accidentalmente en 1888, cuando un ingeniero pudo observar varios pozos en una pronunciada ladera montañosa que conectaban con las galerías de una remota explotación minera. Los planos generales de las labores, junto con la descripción de las técnicas extractivas y referencias al utillaje y a la presencia de esqueletos humanos, fueron reunidos en un valioso artículo publicado años después en dos revistas mineras distintas (Dory 1893 y 1894), lo que explicaría su mínima difusión en la bibliografía arqueológica, salvo alguna rara excepción (por ejemplo Sandars 1910: 119-120, siguiendo a Dory 1893), y su posterior olvido (exceptuando las referencias en grandes catálogos como Domergue 1987).

El descubrimiento de 1888 llevó al reconocimiento de la potencialidad minera del lugar (cobre y cobalto) y a su puesta en explotación a cargo de The Aramo Coper Mines Ltd. hasta la primera guerra mundial. Los trabajos se reanudaron en los años veinte hasta 1931. El último episodio extractivo tuvo lugar de 1947 a 1955, ocupándose del beneficio del cobre la Sociedad Minerometalúrgica Asturiana, S. L. (Metastur). En esta etapa postrera fueron obtenidas 2.600 Tm de Cu-metal, lo que significa, con leyes del 3%, el arranque de unas 87.000 Tm de mineral.

Prácticamente todas las explotaciones modernas vinieron a incidir sobre las labores antiguas. Los hallazgos frecuentes carecieron siempre, tras las noticias de 1893-1894, de cualquier control arqueológico, desapareciendo gran parte de los minados originales y sufriendo el instrumental recuperado, además de nuevas osamentas humanas, una lamentable dispersión en manos de particulares, llegando en número limitado a instancias apropiadas como el Museo Arqueológico de Asturias, en Oviedo. Fue mayor la atención prestada a los restos humanos, con un interés estrictamente antropológico, considerada como notable la dualidad de poblaciones braquicéfalas y dolicocefalas reunidas en el mismo yacimiento (Eguren 1918), dualidad "racial", de nativos junto a extranjeros, muy al gusto de la investigación del primer tercio del siglo XX.

Por nuestra parte hemos tratado de forma discontinua de allegar instrumentos, informes técnicos de las explotaciones modernas, conteniendo con frecuencia alusiones a los trabajos primitivos, de localizar los restos esqueléticos dispersos, etc. Una primera aproximación al Aramo, en particular al instrumental prehistórico y otras valoraciones de conjunto (de Blas Cortina 1983: 199-214 y 1989: 146-152), precedieron al reconocimiento directo de lo que restaba de la estructura minera inicial, fragmentos marginales con respecto a las labores modernas o entremezclados con aquellas, y a una campaña de excavaciones en 1987. Esta última, muy limitada, se vio dificultada tanto por la escasez presupuestaria como por el costoso, en tiempo y esfuerzo, acceso a las galerías en una ladera alta y abrupta, y por los peligros inherentes a un espacio minero con fuertes rampas colmatadas de masas de escombros poco estables (de Blas Cortina 1992).

---

<sup>1</sup> Departamento de Historia, Área de Prehistoria. Universidad de Oviedo.

En la actualidad un nuevo proyecto, co-dirigido con M. Suárez de la Escuela Técnica Superior de Minas de la Universidad de Oviedo, pretende, entre otros objetivos, la topografía y restitución planimétrica tridimensional de la extremada confusión de las labores de las diferentes épocas, a su vez entremezcladas con la complejidad laberíntica de un desarrollado sistema cárstico.

El orónimo Aramo no deja de ser llamativo. Sin entrar en discusiones filológicas para las que carecemos de competencia, anotamos no obstante la discreta propuesta de la proximidad fónica de la voz latina `aeramen´ (bronce) al nombre de la montaña minera según una propuesta reciente (García Arias 2000: 425) que se confronta con la tesis que considera su coincidencia con el apelativo de la divinidad gala: .... (Sevilla 1980: 30), lo que a la vez sugeriría el carácter sagrado de la montaña.

## **2. Localización y características geológicas del yacimiento y naturaleza del metal.**

Se emplazan las minas en la vertiente E de la Sierra del Aramo, elevado macizo calcáreo que domina orográficamente la Asturias central y el curso medio del río Nalón (fig ). La zona se define estructuralmente por un sinclinal desarrollado en la caliza de montaña y afectado por la falla del Aramo. Existen al S de esta falla formaciones dolomíticas, dispuestas en desarrollo subparalelo a la estratificación de la caliza. La dolomía aparece también en filones ocupando las diaclasas del continente calizo. En ese ambiente yacen los sulfuros de cobre en pequeñas masas discontinuas en el interior de la dolomía masiva, o en vetas estrechas y continuas en el centro de los filones dolomíticos; también en vetillas y películas en las diaclasas o como bandas situadas en las superficies de contacto entre la caliza y la dolomía. Los carbonatos de cobre y los óxidos de cobalto se instalan ubicuamente rellenando todos los espacios abiertos en la dolomía, llegando hasta las calizas de caja.

La formación primaria del yacimiento metalífero es de génesis hidrotermal, afectado por distintos ciclos erosivos determinantes de una activa circulación cárstica cuyos conductos fueron colmatados por arcillas siderolíticas (Llopis Lladó 1954). Normalmente, malaquitas y azuritas se encuentran como minerales secundarios en forma de nódulos insertos en las arcillas de relleno de los conductos cársticos, o también en costras concentradas entre las arcillas siderolíticas y la roca. Los óxidos negros de cobre aparecen en forma filoniana, a veces recubiertos por capas verdosas de carbonatos.

La estructura del dispositivo filoniano coincide en parte con la orientación de la falla (filones Cinco, Santa Bárbara, San Pedro y Metastur) mientras que otros (filones San Alejandro y San Felipe) discurren ortogonalmente con respecto a los anteriores. La potencia de los filones era variada, oscilando entre algunos milímetros y el metro y medio, siendo en general de unos 0,25 m. La naturaleza de las menas cupríferas se diversifica en sulfuros (*Pirita*, *Calcopirita*...), óxidos (*Cuprita*), carbonatos (*Malaquita* y *Azurita*) y arseniatos (*Eritrina*) (Gómez Landeta y Solans Huguet 1981).

La existencia de las arcillas siderolíticas, con la singularidad de su contenido metálico, se haría perceptible en cualquier cavidad tras un subsiguiente episodio erosivo. De esa observación, y de la experiencia del vaciado de los rellenos, nacería la primera minería metálica del Aramo y el paulatino conocimiento por los prospectores prehistóricos de la forma del yacimiento y de la riqueza de sus minerales.

## **3. Las labores prehistóricas : extensión, morfología y rendimiento.**

La compleja estructura del yacimiento determina obviamente la morfología de los trabajos extractivos, generando un ámbito minero sumamente intrincado. De manera simplificada, los ejes de la explotación se establecían entre las cotas 1.203 y 1.150 (filón llamado San Felipe), con un desarrollo vertical de más de 50 metros. En esta última cota se alcanza el filón conocido como Santa Bárbara, desde donde nuevamente se asciende

para conectar con el exterior en la cota 1.260. Todavía un nuevo filón, San Alejandro, vuelve a descender hasta la cota 1.157. Las estimaciones del ingeniero Fischer, fechadas en 1896 tras un detallado recorrido del ámbito minado, van aun más allá, indicando que las labores antiguas alcanzarían una diferencia de nivel de 150 m por debajo de la cota 1.284, de modo que la galerías se extenderían en dirección N-S unos 125 m, por otros 150 m en la E-O (Fischer 1896), espacio por entonces reconocido y que permitía considerar aún zonas inexploradas.

En realidad el desarrollo de las labores describe una enmarañada red de conductos generados por el vaciado de oquedades cársticas embutidas de arcillas siderolíticas, y por el seguimiento de algunas formaciones filonianas. Todo conforma globalmente una red de disposición tentacular muy difícil de reconstruir tras las destrucciones provocadas por el avance de las explotaciones modernas y su insistencia sobre filones ya beneficiados por los prehistoricos (de Blas Cortina 1992). Un cálculo estimado de la extensión del complejo minero de 150 metros de longitud (Hevia 1959), otorga una idea de la entidad de las labores subterráneas, aunque, como veremos, resulte aquel extremadamente corto.

En efecto, de los informes elaborados por los ingenieros Fischer (1896) y O. Sussmann (1903), y también de los planos de Dory, de 1893, se infiere una amplitud de los trabajos muy considerable, fueran aquellos fruto del ataque a los filones o del vaciado de los conductos cársticos. El filón denominado San Felipe, por ejemplo, fue según Sussmann explotado por los antiguos a una profundidad de 25 a 30 m..., mientras que el seguimiento del filón San Alejandro lo efectuaron a lo largo de 60 m con una inclinación de 20 a 30 m; el filón San Pedro Norte fue perseguido a su vez a lo largo de unos 50 m de "altura vertical". Las mediciones sobre los planos de Dory son igualmente ilustrativas del desarrollo de los trabajos primitivos. De acuerdo con la escala utilizada por aquel ingeniero, la longitud del sector explorado en 1893 entre el llamado Pozo Intermedio y el filón San Alejandro se acerca a los 124 metros, siendo tal tramo solamente una parte del sistema de galerías y pozos.

La potencia variable de los filones concuerda con la angostura de las galerías, extrema en ocasiones (menos de 0,60 m de ancho), que puede permitir, incluidos los anchurones y grandes vaciados, un promedio mínimo de 1 m<sup>2</sup> de sección. Si se opta por las cifras tan a la baja de Hevia arrojaría un volumen mínimo del material extraído de unos 15.000 m<sup>3</sup>. Sin embargo, y en concordancia con lo señalado sobre la extensión de la red de galerías, el volúmen real de lo explotado arrojaría cifras muy superiores (téngase presente como referencia los 40.000 m<sup>3</sup> movidos en la mina de Great Orme; Dutton y Fasham 1994).

Los rendimientos en cobre fueron sin duda considerables. Los análisis del citado Fischer sobre las arcillas mineralizadas, objetivo especial de los prehistóricos, establecen una ley del cobre presente de 1,6 %; o sea, 16 kg por tonelada, balance nada desdeñable y fácilmente incrementado en el ataque a los filones. El mismo Fischer señala leyes más altas: una muestra tomada al azar en los trabajos antiguos dio un 2,40% de cobre, "en tanto que trozos más ricos que aún perduran y cuya cantidad exacta no puede precisarse debido al estado de suciedad y ahumamiento en que se encuentra toda la mina...", contenían un 12,8 % de *Cu*. De los pilares y explotaciones "practicadas por los antiguos a lo largo de San Felipe se desmontó una gran cantidad de mineral cuyo contenido fue de 17,68% de *Cu*".

Del muestreo en tres puntos del filón San Alejandro, también sobre restos de las labores primitivas, se obtuvieron cantidades de 7,04 %, 23,20 % y 1,6% de *Cu* (esta última medida de nuevo en restos arcillosos de relleno del cars). Los ensayos de Dory apuntan rendimientos todavía mayores: hasta 3,33% de *Cu* en las arcillas rojas de Santa Engracia, mientras que los óxidos negros localizados a la entrada de las minas ofrecían leyes del 71,40% (Dory 1893: 366). Pese a la lógica menor precisión analítica de la

época, es indudable que las leyes referidas responden a un rendimiento de cobre metal por Tm de mineral bruto más que suficiente para atender la demanda de los metalúrgicos prehistóricos, aún incluso si esta fuera considerable. En cualquier caso, se abre camino con este enfoque el reconocimiento de una minería de indudable aunque relativa intensidad, cuyos resultados finales provienen del efecto acumulativo de un trabajo dependiente de la desigual demanda de cobre durante muchos siglos. Así la ecuación *producto extraído-tiempo de laboreo* hace más inteligible una actividad que, aislada de un lapso cronológico realmente extenso resultaría, por su clara magnitud, discordante con la realidad cultural de su geografía contemporánea, en la que nunca cristalizó una singularizada “civilización metalúrgica”.

Las malaquitas del Aramo analizadas por S. Rovira (de Blas Cortina 1992: 62) contienen como impurezas más significativas *Fe*, *Co*, *As* y un llamativo nivel medio-alto de *Ni* (de 0,26 a 1%), elemento detectado ya en análisis antiguos que llegaban a señalar proporciones de 2 y 3% (Anónimo: 21), dato que como veremos es de sumo interés para una hipotética relación del metal asturiano con la metalurgia más temprana del O. europeo. El cobre, por su parte, alcanza o supera el 90%.

#### **4. Las formas extractivas.**

Todos los informes técnicos disponibles inciden en la importancia del vaciado de las arcillas portadoras de carbonatos de cobre: “la explotación ha sido más intensa en las zonas vecinas de las cuevas”, anotaba Fischer en 1896, aunque también fueron perseguidos los filones. Allí donde la riqueza mineral era mayor quedó la cavidad vacía, mientras que en otras los escombros alcanzaban una cierta potencia. El ingeniero Dory que pudo analizar los vestigios intactos llegó a distinguir un proceder variado:

- Separación de cantidades pequeñas de mineral mediante la excavación de entalladuras en los hastiales.
- Apertura de agujeros en las pared que ayudan a la extracción de un nódulo mineral,
- Desgajamiento con palancas y cuñas de grandes masas por medio de muescas de desarrollo circular.
- Extracción manual de las arcillas siderolíticas y separación de las menas de cobre incluidas en las mismas. En la época del hallazgo todavía se conservaban las improntas numerosas de manos y dedos, visibles en diferentes sectores de los rellenos arcillosos.
- Arranque al fuego, testimoniado por las maderas carbonizadas, la densa película de hollín en las paredes y la propia huella del fuego sobre la roca.

Irremediablemente, la incidencia de los trabajos modernos dio al traste con muchos de aquellos testimonios, pero todavía en los relictos de los techos abovedados, cuyo suelo fue beneficiado por la empresa Metastur (de Blas Cortina 1989: 148), y en los fragmentos de las viejas galerías truncadas, se mantienen las superficies ennegrecidas de modo regular, entremezclandose con el escombros un sedimento grueso y negro cuyo origen se encuentra en las cenizas de madera.. Pruebas de esa naturaleza fueron bien observadas y descritas en otras minas metálicas prehistóricas austríacas (Kyrle 1916) o irlandesas (O'Brien 1990), pero también en la mina de cobre asturiana de El Milagro cuyo utillaje datado por el radiocarbono se ajusta al horizonte temporal establecido para El Aramo (de Blas Cortina 1996). Persisten todavía algunas entalladuras en las paredes con las huellas de percusión y del encaje de las cuñas. La sugerencia del binomio *maza de piedra-arranque al fuego* (Pickin y Timberlake 1988) pudiera verse apoyada aquí tanto por los indicios señalados como por el hecho de que en el pequeño sector excavado en 1987 aparecieran una treintena de tales instrumentos. Los perfiles de los trabajos del

Aramo, se acomodan, en su contexto calizo y dolomítico, a los normalmente generados por la desagregación de la roca por fuego (Craddock 1991, Dubois y Guilbaut 1992, Ambert 1996), disponiendo de ejemplos en diferentes manifestaciones de la primera minería metálica prehistórica europea (Timberlake 1990: 52).

Hay además una circunstancia propicia para la aplicación de hogueras a la roca: la conexión entre las explotaciones y la serie de conductos naturales debidos al viejo sistema cárstico. Conocidos como “*soplados*”(soufflés) por los mineros modernos, el cars facilitaría con su aporte de aire tanto la aplicación de esta arriesgada técnica como la posterior ventilación de las galerías, posibilidad observada por uno de los ingenieros que recorrieron las labores poco después de su descubrimiento (Oriol 1893: 391). Los humos calientes favorecerían a su vez las corrientes de aire ascendente.

Otras observaciones precisaban la experiencia del laboreo. Sin que se aplicara el entibado con troncos, en el seguimiento de filones contiguos se procedía a la excavación de oquedades entre las cuales mediaba un largo tabique de sostén, una especie de pilar labrado en la propia roca. Dory cuenta como se dejaban en las entradas y en el principio de las labores macizos de roca en forma de pequeñas columnas soportando “*arcs surbaissés qui les relient les unes aux autres, et d’un très bel aspect*”, principalement à la galerie nº 2 , lieu dit *Punto de Partida* (Dory 1894: 140). En el avance de las labores fue limitado el movimiento de estériles que a veces se abandonaban contra los hastiales, sin que llegaran a componer un modo de fortificación (soutenement), confiada la estabilidad de los huecos a la consistencia de la roca donde se encaja el mineral. Para la circulación en los pozos y zonas de fuerte pendiente se utilizó alguna clase de cordaje con el que guardarían relación los salientes de la roca con marcas de anclaje e incluso en algún caso con agujeros para el mismo destino.

La calidad de las pruebas conservadas pudo igualmente determinar un aspecto fundamental en el trabajo subterráneo: la iluminación. Sabemos del empleo de pequeñas teas, en general simples palos o bastoncillos (de 10 a 20 cm tenían los fragmentos conservados) que se fijaban a las paredes con pelotas de barro (fig 1). Un modo más elaborado, pero menos frecuente, fue el de las ramas resinosas envueltas en un trozo de piel impregnada de una materia grasa o también de resina. Ilustrativamente, una solución lumínica tan simple como la de las pequeñas teas tiene su refrendo en minas del Nuevo Mundo como las mejicanas de Zacatecas (siglo IV d.C). Cada palito resinoso, de 20 a 24 cm de longitud, ardía entre 15 y 20 minutos (Weigand 1968), determinando una forma ligera, económica y de fácil transporte. No hay, por otra parte, razones para excluir el uso simultáneo de varios de estos bastoncillos reunidos en haces, y empleados a modo de antorchas, uso constatado en las minas de sal de Hallstatt (Barth 1980).

## **5. Instrumental y equipamiento ( piedra, asta, hueso y madera).**

La riqueza informativa del Aramo se manifiesta también en los testimonios relativos al equipamiento instrumental, objetos de cómputo imposible por la dispersión o definitiva pérdida de mucho de lo hallado en las galerías, pero del que dan suficiente idea la serie de hallazgos de las excavaciones de 1987, efectuados en un área muy reducida de las minas (de Blas Cortina 1992) .

El utillaje lítico está dominado por los característicos percutores elaborados en cantos rodados de las duras cuarcitas del ordovícico. Es evidente la cuidada elección de los mismos en virtud de su morfología, tamaño y peso para un ulterior acondicionamiento que facilitase su manipulación directa o la instalación de un mango.

Determina todo ello una cierta variedad tipológica: cantos con ranura piqueteada de desarrollo perimetral sobre la parte media del canto, de ranura parcial próxima a uno de los polos, cantos con simples muescas talladas en los lados...(fig. 2). Modalidades instrumentales, en suma, acogidas a la denominación genérica de mazas y martillos, cuya universalidad permite su adscripción a formas comunes en otros centros mineros

del occidente europeo (por ejemplo, con las clases 3, 4 y 5 de los *hammerstones* de Inglaterra y Gales; Pickin 1990: 40).

Formas, dimensiones, dureza y peso (los tipos señalados suelen situarse entre 1,50 y 2,00 kg) responden a las distintas necesidades del laboreo minero, como las debidas a las exigencias generadas por el ataque a la roca en posiciones y ángulos muy variados. Hay por tanto cantos de acondicionamiento mínimo, en algún caso en arenisca, y también algunas piezas singulares como las voluminosas mazas cuarcíticas, confeccionadas en fragmentos de bloques rodados, de cuerpo prismático, secciones cuadrangulares y buen peso: de 3 a 4 Kg. Obviamente, el manejo de estas últimas, que también presentan muescas laterales para el enmangue, requiere tanto un gran vigor como la amplitud espacial que tolere su movimiento con un mango de longitud estimable. Resultarían por ello inadecuadas para el trabajo en los hastiales de tramos angostos y fuertemente inclinados, muy comunes en el Aramo, pero no en las zonas de ensanche o en las galerías de una altura suficiente como para que los mineros pudieran trabajar en posición erguida. El ennegrecimiento por materias cenicientas de estos pesados percutores nos lleva de nuevo a la consideración de su papel en el arranque al fuego del mineral. Su uso en el ataque directo a la roca está además acreditado por el gran tamaño de las fracturas en los extremos, sintomáticas de una percusión muy fuerte.

Pese a la naturaleza caliza de las minas y a su elevada ubicación, la mayoría de este instrumental lítico corresponde a rocas sedimentarias (areniscas y cuarcitas ordovícicas), ausentes en los depósitos de la red fluvial más próxima a las minas, pero cuya procedencia no puede ser calificada de exótica. Es pues probable que procedan en su mayoría del relleno detrítico, en el aparecen hasta un 30% de cantos de cuarcita, de valles muertos carstificados, relictos de relieves y climas en total disarmonía con los actuales (Llopis Lladó 1955; Julivert 1964). Se localizan esos paleovalles más arriba de las minas en cotas de 1300- 1400 m, como ocurre en los Veneros, a 1,7 Km en vuelo de pájaro al SO de las minas. Cantos de arenisca y cuarcita pueden así mismo aparecer en colmataciones cársticas del SE de la montaña y en las cercanías de las explotaciones cupríferas.

Hay, no obstante, algún útil sobre rocas menos comunes, piezas que con su cuidada forma denuncian un valor especial. Son ejemplares minoritarios, confeccionados en cuarcitas blancas de grano muy fino e incluso en rocas plutónicas en principio ajenas a la litoestratigrafía del Aramo y de su entorno. Sin poder defender un aloctonismo incuestionable, es evidente que se trata de instrumentos reunidos tras una cuidadosa selección en virtud de su tenacidad y duración.

No pudimos reparar en nuestras investigaciones en las *agujas* de piedra, de 10 a 15 cm de largo, utilizadas según Dory para el arranque del mineral y cuyas marcas se distinguían “claramente en todas las paredes”; tampoco las *cuñas* en fragmentos de arenisca o de caliza, apuntadas y de “sección creciente hasta su cabeza que recibía el golpe reiterado del martillo” (Dory 1893: 336). Como probablemente afines a estas cuñas se han señalado recientemente ciertas piezas de piedra descubiertas en las labores cupríferas, también prehistóricas, de La Profunda, en el norte de León (Matías *et alii* 2001), 38 Km. al SE. de las minas del Aramo.

Es notable la frecuencia del instrumental en asta de *Cervus elaphus* y también su variedad (fig. 3). Sin entrar en disquisiciones tipológicas, se puede destacar el predominio de las piezas realizadas en cuernas provenientes de individuos adultos, algunos de gran tamaño, aprovechando de modo preferente el sector basilar de las mismas (arranque del tronco, roseta y medallón, primeros candiles), más robusto y bien mineralizado. Son también en su mayoría piezas de muda, aunque también se observen algunas astas de sacrificio. La frecuencia de las cuernas de desmogue es concordante con la plausible actividad minera en época estival, realizada la recolección de astas durante la primavera en los valles y tierras bajas donde se extendía el bosque. El

aprovechamiento de las astas es además exhaustivo, según las diversas formas de troceado, desde la muela a las puntas de la corona.

Con un sumario criterio morfofuncional se pueden distinguir los grandes útiles, entre los que destacan los picos-palanca, con el candil de base como sector activo preferente, y en los que las huellas de uso denuncian su forma de empleo, incluidas los desgastes debidos a la presión con la mano, con brillos y fricciones que, si claros, no llegan al extremo de las *finger grips*, a veces señaladas en útiles semejantes de la minería del sílex (Longworth y Varndell 1996: 80, fig. 62). Se cuentan también los grandes percutores con fuertes marcas de golpeo en el medallón y zona de arranque de los candiles de base, previamente eliminados; también las palancas (*leviers*) y otras piezas a modo de largos escoplos-palanca con un extenso bisel en el extremo distal.

Son más raras las piezas de perforación longitudinal (o mangos rectos), destinadas probablemente a acoger un cuerpo de piedra dura, entre las que conocemos dos ejemplares largos (de más de 30 cm), resultando un tipo de útil que en otra oportunidad interpretamos como cercano en su empleo a las punterolas (de Blas Cortina 1998: 84), aunque su función parecería más razonable en zonas minerales no demasiado duras. Hay también alguna pieza corta de uso relacionable con el de las anteriores.

En un segundo grupo se reúnen distintos elementos de trabajo realizados sobre parte medias del asta, puntas centrales y, en mayor número, los largos primeros candiles. Son en buena medida cuñas con marcas de corta, golpeo y de penetración en el medio mineral. En ciertos casos las puntas fueron aplicadas directamente, mientras que en otros ofrecen biseles y talla de afilado. Se trata de instrumentos menores, bien tipificados del Neolítico a la Edad del Bronce en yacimientos del centro occidente europeo, adaptados a necesidades variadas (Billamboz 1997: 108; Camps-Fabrer *et alii* 1998: 31-42), nada dudosas en el Aramo de acuerdo con su contexto y marcas de uso. Es en todo caso un utillaje bien representado en la minería del sílex en la que ya fue utilizado ampliamente desde el neolítico antiguo (Sidera 1991: 84 y 89).

Finalmente, aunque en proporción menor, hay también algunos instrumentos penetrantes elaborados a partir de huesos largos de hervíboro. Es el caso de alguna pieza en hueso de bovino probablemente empleada como cuña, cortada la diáfisis oblicuamente con el extremo apuntado o en espátula y siendo la epífisis receptora de la percusión, en una sumaria fórmula instrumental también constatada en diferentes manifestaciones de la minería prehistórica del sílex (Holgate 1991: 13), de la variscita (Villalba, Edo y Blasco 1998: 54; Estrada y Nadal 1999) o del cobre (Dutton y Fasham 1994: 270- 278).

También de hueso (representadas únicamente en Dory 1894: 136) se conocen, procedentes de las labores en el filón San Vicente, un par de cucharas de pala circular y mango muy corto que recuerdan tipos neolíticos del mediterráneo español (Pascual Benito 1999: 147). Lamentablemente, carecen ambos artículos domésticos de referencia alguna sobre las condiciones de su encuentro o su probable asociación con otros testimonios (¿tal vez con algún esqueleto humano o simplemente perdidas y abandonadas en las minas?).

Otros hallazgos expresivos, como un par de bateas de madera ilustran parte de los métodos de transporte del mineral (junto con el probable uso de recipientes de piel, materia de la que también se hallaron restos) (fig. 1). Son dos los tipos representados: uno de cuerpo mixto, compuesto por la unión mediante el cosido con clavijas de madera de una base elíptica a una pared baja; el otro también de fondo plano, subcircular, excavado en un bloque único de madera. Ambas soluciones técnicas no están lejos de las conocidas en el repertorio vasilar de los yacimientos lacustres del neolítico continental (Winiger 1981:190; Petrequin y Petrequin 1988: 121-124) o, en la batea mixta, con técnicas de cosido documentadas en la prehistoria

avanzada de Escandinavia (Clark 1955: 315-317). Los del Aramo son, en todo caso, ejemplares únicos en la prehistoria de la Iberia septentrional.

## **6. La presencia de esqueletos humanos y su sentido**

Un aspecto sin duda notable de las minas es el hallazgo en sus galerías de esqueletos humanos. Con la información actual el número de cadáveres oscila entre 19 y 26, sin prestar atención a referencias estrictamente orales que incrementarían aquellas cifras. En todo caso, un número considerable de cadáveres para que se trate de una circunstancia meramente accidental. Las fechas radiocronológicas AMS de varios de tales restos no hacen más que ratificar su filiación prehistórica, plenamente concordante con las conclusiones del análisis arqueológico.

De la distribución de los esqueletos no se infiere su agrupamiento, aunque sí una proximidad relativa de los mismos o, mejor, su reparto en dos grandes áreas: la localizada en la llamada, expresivamente, “*Galería de los esqueletos*” y sus proximidades, y el sector que media entre los filones San Vicente y San Alejandro; corresponden ambas a zonas profundas del complejo minero (fig. 4). La dispersión refleja una circunstancia destacada: los restos no aparecen acumulados, reunidos o incluso superpuestos en una misma galería como suele acontecer en las grutas con una concreta función sepulcral. Los casos datados señalan también la distancia temporal entre unos y otros.

No es menos trascendente el que no se pueda hablar de cuerpos atrapados por el hundimiento de las labores; por el contrario, fueron hallados en lugares accesibles lo que permitió ya el cómputo del 16 esqueletos en las primeras exploraciones realizadas a partir de 1888. Al menos en un par de ocasiones, a fines del XIX, se pudo observar la posición en cuclillas de los muertos, acompañados, sin indicios de violencia, por las características mazas de piedra. La revisión de los datos disponibles excluye pues, como explicación general, la hipótesis de la tragedia laboral.

Resulta más plausible, hay testimonios históricos y etnográficos sumamente ilustrativos, la idea de una actividad ritual que trasciende de lo meramente funerario (¿sería precisamente en el desarrollo del rito donde se justificarían las cucharas de hueso señaladas más atrás?). La minería se verifica entre dos ámbitos dotados de una fuerte carga mítica: la caverna y la cavidad abierta por el expolio humano. Como señalamos en un análisis detenido de las circunstancias de los cadáveres de Aramo (de Blas Cortina, *en prensa*), el aprovechamiento de los bienes de la naturaleza genera en toda sociedad primitiva actos ritualizados de gratitud, de súplica para que la afluencia de la riqueza otorgada no se detenga o agote. En tal disposición mental, nace la idea del acto compensatorio expresado en la ofrenda, condición inexcusable en el entendimiento entre el hombre y las fuerzas superiores.

Bajo nuestro punto de vista, los cadáveres del Aramo dibujan en primer lugar una modalidad sepulcral en las profundidades de la mina asimilada a la caverna. Reflejan a la vez una cierta forma de situación *post mortem* cuyas raíces pueden hundirse en la ritualidad funeraria neolítica y aún con creencias y tradiciones anteriores. Pero esa actitud fúnebre no se limitaría a la relación entre muertos y vivos: debería atender al papel de los muertos en la vida social y a los lazos de los vivos con el submundo y con las temibles fuerzas que lo rigen; en el caso del minero también con el saqueo de las entrañas de la Tierra. En ese anhelo de equilibrio, la entrega compensatoria al universo subterráneo sería aquella más preciada: el propio cuerpo del minero.

## **7. Cronología.**

Hasta el descubrimiento de las explotaciones a fines del XIX nada se sabía de la minería en aquel sector de la montaña. Ni los restos arqueológicos ni las citas documentales aportaban indicios de actividad en época histórica. En la diplomática

medieval El Aramo es aludido por la bondad de sus pastos y por la riqueza cinegética de sus laderas y valles contiguos. La valoración arqueológica de las minas se orientaba claramente hacia una época metalúrgica temprana (de Blas Cortina 1983: 218-221), que después fue revelándose francamente antigua según las dataciones C14 por el sistema AMS. Las muestras ofrecen la garantía de su origen en dos fuentes seguras: el instrumental en asta y las osamentas humanas (fig. 5).

De la decena de fechas hoy disponible, solamente una se extiende con nitidez en el ámbito de probabilidad anterior a 2500 *cal BC*. (OxA-1833). Dos, correspondientes a una mandíbula y a un cráneo, se agrupan en el segmento 2600-2250 (OxA-6789 y Ua 18633), mientras que en el correspondiente a 2500-2000 se inscriben otros dos cráneos (Ua-18632 y Ua-18630) y dos instrumentos de asta (OxA- 3007 y Ox A-1926). Dos cráneos más y una vértebra se fechan en el ámbito genérico 1800-1400 (Ua 18630, Ua 18631 y Ua-18634), con una mayor probabilidad para los cráneos en el intervalo 1750-1500.

En suma, el C14 AMS insiste en la cronología calcolítica de las explotaciones del Aramo y su permanencia durante el Bronce antiguo. Las fechas relativas a los esqueletos apuntan también a la perduración de una misma mentalidad que vincula *post mortem* mina y prospectores a lo largo de un milenio.

El hiato temporal de la secuencia ofrecida, entre los milenios III y II, descubriría una cierta discontinuidad en el laboreo en el tránsito Edad del Cobre-Edad del Bronce. No obstante, la solidez de las fechas es básicamente estadística y la aceptación de tal ruptura solo podría cimentarse sobre un mayor número de dataciones de más muestras esqueléticas e instrumentales. Resulta al mismo tiempo bastante improbable la apertura de un impasse en la época en que la metalurgia alcanzaba en la región cantábrica su plena expansión (de Blas Cortina 1999).

Son en todo caso fechas concordantes, las más tempranas, con las correspondientes al Calcolítico pleno en el despegue y desarrollo de la paleometalurgia en Iberia (Castro, Lull y Micó 1996: 76-105) y el SO de Europa. Coinciden además las fechas más altas del Aramo con las de otra mina de cobre igualmente asturiana, la de El Milagro (de Blas Cortina. 1996 y 1998), y con las de las cercanas del sur de Francia (Ambert 1996 b: 21-22), pareciendo en ambas regiones más tempranas las explotaciones en profundidad que las británicas (Ambers 1990, Craddock 1991), con la excepción de la irlandesa de Ross Island cuya explotación se remonta al 2300-2000 a. de J.C (O'Brien 1998).

## 8. Epílogo.

El ámbito cronológico comentado dibuja la minería del Aramo como un fenómeno de larga duración, hecho que justificaría la amplitud de las labores y la gran cantidad de menas cupríferas que habrían producido. El consumo de tanto metal no parece responder a la satisfacción exclusiva de la demanda local, aún cuando durante el Calcolítico avanzado-Bronce Antiguo el interfluvio Nalón-Deva, equivalente al territorio centro-oriental de Asturias, sume el conjunto más rico de objetos metálicos de toda la región cantábrica (de Blas Cortina 1999: 41-47). A pesar del reciclado milenario del cobre, práctica que limita una aproximación fiable a la realidad metalúrgica prehistórica, es impensable entender la minería que consideramos como abocada a un ámbito espacialmente reducido. Por el contrario, la salida al exterior del metal, en menas o lingotes tras una primera reducción (pueden haber sucedido ambas cosas en el largo ciclo), hubo de estar incardinada en operaciones de intercambio en las que, según proponíamos tiempo atrás, habrían de jugar un importante papel la sal, y acaso los cereales (de Blas Cortina 1998).

Aunque no sea éste el lugar para la consideración *in extenso* de las implicaciones entre producción, intercambio y las etapas de apogeo o decadencia de este impulso minero, si cabría un breve apunte sobre la difusión del cobre de Asturias.

Obviamente, las relaciones más inmediatas tendrían que ver con las tierras de Castilla, Galicia, norte de Portugal y otras áreas cantábricas. Pero no debería ser desdeñada la presencia de metal asturiano más allá del estricto ámbito ibérico. La composición química de las menas del Aramo (con proporciones altas-medias de *Ni*, bajas de *Sb* y muy bajas de *Ag*), se acerca, según propuesta reciente de S. Needham, al metal HNBB característico de la metalurgia campaniforme del NW de Europa (Needham *en prensa*). El inconveniente de que también contengan altos niveles de *Co*, impureza irrelevante en la metalurgia campaniforme, tal vez sea sorteado con la consideración del propio Needham (siguiendo a Zwicker *et alii* 1980: 140) de que el cobalto resulte absorbido por las escorias durante el proceso de fundición.

Esta razonable posibilidad de circulación atlántica del abundante y fácilmente tratable cobre de Asturias, ya apuntada en otras ocasiones (de Blas Cortina 1983: 128-131; 1994: 119-120; 1998: 98; de Blas Cortina y Fernández Tresguerres 1989: 170 1998: 98), permitiría además entender ciertas afinidades tecnotipológicas entre la metalurgia del N-NO de Iberia (donde también abundaba el oro aluvial) y el oeste europeo durante la Edad del Cobre avanzada y el Bronce Antiguo.

## 9. Bibliografía.

- AMBERS, J. (1990): «Radiocarbon, Calibration and Early Mining: Some British Museum Radiocarbon Dates for Welsh Copper Mines». *Early Mining in the British Isles. Plas Tan y Bwlch Occasional Paper N° 1. Proceedings of the Early Mining Workshop at Plas Tan y Bwlch Snowdonia National Park Study Centre, 17-19 November 1989* (ed. by P. and S. Crew): 59-63. Plas Tan y Bwlch, 1990.
- AMBERT, P. (1995): «Les mines préhistoriques de Cabrières (Hérault): quinze ans de recherches. État de la question». *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, tome 92, n° 4: 499-508.
- AMBERT, P. (1996 a): «Présentation géographique, géologique, métallogénique du district minier de Cabrières». *Archéologie en Languedoc* n X20, 1996-1: 5-8.
- AMBERT, P. (1996 b): «Cabrières (France), mines et métallurgie au III<sup>e</sup> millénaire B.C.: apports de la métallurgie expérimentale ». *Archéologie en Languedoc*, n° 20 (1996-1): 21-26.
- ANÓNIMO: *Informe mecanográfico sobre las labores del Aramo*, sin fecha, procedente de Metastur y posterior a 1955.
- BARTH, F. E. (1980): «Das Präistorische Hallstatt. Bergbau und Gräberfeld». *Die Hallstattkultur. Frühform europäischer Einheit*: 67-69. Internationale Ausstellung des Landes Österreich. Steyr.
- BILLAMBOZ, A. (1977): «L'industrie du cerf en Franche-Comté au Néolithique et au début de l'Age du Bronze». *Gallia-Préhistoire*, T. 20: 91-176.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1983): *La Prehistoria reciente en Asturias*. Fundación de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias. Oviedo.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1989): «La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas». *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*. Vol.I.: 143-155. Madrid. Ministerio de Cultura.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1992): «Minas prehistóricas del Aramo (Riosa). Campaña arqueológica de 1987». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90*: 59-68. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1994): «El anillo áureo de tiras de la Mata'l Casare I y su localización megalítica». *Madrider Mitteilungen* 35: 107-122.

- BLAS CORTINA, M.A. DE (1996): «La primera minería metálica del N peninsular: las indicaciones del C-14 y la cronología radiocarbónica de las explotaciones cupríferas del Aramo y El Milagro». *Complutum Extra 6-I. Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*: 217-226. Universidad Complutense. Madrid.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1998): «Producción e intercambio de metal: la singularidad de las minas de cobre prehistóricas del Aramo y El Milagro (Asturias)» *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica* (Coord. G. Delibes). *Studia Archaeologica 88.*: 71-103. Universidad de Valladolid y Fundación Duques de Soria.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1999): «Asturias y Cantabria». *Las primeras etapas metalúrgicas en la península ibérica. II. Estudios regionales.*(G. Delibes e I. Montero coords.): 41-62. Madrid. Fundación Ortega y Gasset y Ministerio de Cultura.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (*en prensa*): «La mina como sepulcro y el cadáver como ofrenda. A propósito de los hallazgos antropológicos en las explotaciones cupríferas del Aramo». *Minería y metalurgia de la Edad del Bronce. Una revisión desde el valle del Duero*. Instituto Rei Afonso Henriques. Zamora, junio de 2001.
- BLAS CORTINA, M. A. y FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. (1989): *Historia primitiva en Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*. Bibliotheca Historica Asturiana. VI Centenario del Principado de Asturias (1388-1988). Gijón. Silverio Cañada, editor.
- CAMPS-FABRER, H.; CATTELAÏN, P.; CHOÏ, E.; DAVID, J.L.; PASCUAL-BENITO, N.; PROVENZANO, N. y RAMSEYER, D. (1998): *Fiches typologiques de l'industrie osseuse préhistorique. Cahier VIII. Biseaux et tranchants*. U.I.S.P.P. Commission de nomenclature sur l'industrie de l'os préhistorique. Éditions du Cedarc, Treignes.
- CASTRO, P; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): «Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)». *Tempus reparatum. BAR International Series 652*.
- CLARK, J.G.D. (1955): *L'Europe préhistorique. Les fondements de son économie*. Payot, Paris.
- CRADDOCK, P. T. (1991): «Copper Production in Bronze Age Britain». *Découverte du métal. Millénaires-dossier 2.*: 197-212. Picard.
- DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. 2 T. Publicaciones de la Casa de Velázquez. Madrid.
- DORY, A. (1893): «Las minas antiguas de cobre y cobalto del Aramo». *Revista Minera y de Ingeniería*, n° 1.463: 332-337 y n° 1.466: 361-366. Madrid.
- DORY, A. (1893): (1894): «Les mines préhistoriques de l'Aramo (Asturies)». *Revue Universelle des mines, de la métallurgie des travaux publics et des arts appliqués a l'industrie*. T XXIV, 1er trimestre: 121-126. Liège-Paris.
- DUBOIS, C. y GUILBAUT, J. E. (1992): «Relation entre les gîtes métalliques et les techniques d'exploitation minières antiques en Ariège». *Actes du colloque international sur les ressources minières et l'histoire de leur exploitation de l'Antiquité au XVIIIe siècle.*: 80-96. Editions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques. Paris.
- DUTTON, A. y FASHAM, P.J (1994): «Prehistoric Copper Mining on the Great Orme, Llandudno, Gwynedd». *Proceedings of the Prehistoric Society* 60: 245-286.
- EGUREN, E. (1918): «Elementos étnicos eneolíticos de Asturias». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. Tomo XVIII: 32 XX-327.
- ESTRADA, A. y NADAL, J. (1999): «La industria ósea del yacimiento de las Minas Prehistóricas de Gavá. Baix Llobregat (Barcelona)». *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica*. Sagvntum-Plav, Extra-2: 179-185.

- FISCHER (1896): *Memoria del Oberdirektor Fischer sobre las minas del Aramo*. Texto mecanografiado, firmado en Freiberg el 25 de julio de 1896.
- GARCÍA ARIAS, X. L. (2000): *Pueblos asturianos: el porqué de sus nombres*. Alborá Libros. Xixón.
- GÓMEZ LANDETA, F. y SOLANS HUGUET, J. (1981): «Procesos supergénicos en la mina de cobre del Aramo». *Boletín Geológico y Minero*, T XCII: 429-436.
- HEVIA, T. (1959): «Las minas metálicas de Asturias». *Conferencias de Economía Asturiana. III*: 53-105. Oviedo. Instituto de Estudios Asturianos.
- HOLGATE, R. (1991): *Prehistoric Flint Mines*. Shire Archaeology. Shire Publications Ltd.
- JULIVERT, M. (1964): *Estudio geológico de la Sierra del Aramo, cuenca de Riosa y extremo meridional de la cuenca de Quirós*. Oviedo. Instituto de Estudios Asturianos.
- KYRLE, G. (1916): «Der Präistorische Bergbaubetrieb in den Salzburger Alpen». *Osterreichische Kuntstopographie, XVIII*: 1-70. Wien.
- LONGWORTH, I. y VARNDRELL, G. (1996): *Excavations at Grimes Graves Norfolk 1972-1976. Fascicule 5. Mining in the deeper mines*. British Museum Press.
- LLOPIS LLADÓ, N. (1954): «El relieve de la región central asturiana». *Estudios geográficos*. Nº 12. Madrid: XXXX
- LLOPIS LLADÓ, N. (1955): «Kars fósil en las vertientes SE del Aramo (Riosa)». *Speleon*. T. VI, nº 4: 226. Universidad de Oviedo:
- MATÍAS, R.; NEIRA, A. y ALONSO, E. (2001): «Un lugar en el olvido: los restos de la explotación prehistórica del yacimiento de cobre de la mina "La Profunda" (Cármenes, León)». *Promonumenta. Revista de la asociación de amigos del patrimonio cultural de León*, nº V: 14-24.
- NEEDHAM, S. (en prensa): «Analytical implications for Beaker metallurgy in north-west Europe». *Kreiber Conference Proceedings* (eds. Bartelheim & Pernicka).
- O'BRIEN, W. F. (1990): «Prehistoric Copper Mining in South-West Ireland: the Mount Gabriel- Type Mines». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 56: 269-290.
- O'BRIEN, W. F. (1998): «La mine de cuivre de Ross Island et la métallurgie chalcolithique en Irlande». *Paléometallurgie des cuivres. Actes du colloque de Bourg-en-Bresse et Baune, 17-18 oct.1997* (M. Ch. Frère-Sautot dir.). *Monographies instrumentum 5*: 101-107. Éd.
- ORIOI, R. (1893): «Los criaderos de cobre y cobalto del Aramo (Asturias) ». *Revista Minera*, nº 1469: 390-392.
- PASCUAL BENITO, J. L. (1999): «La variedad morfotécnica y funcional de las cucharas óseas del neolítico de la Península Ibérica». *II Congrès del Neolític a la Península Ibérica. Sagvntum-Plav, Extra- 2*: 143-150.
- PETREQUIN, A. M. y PETREQUIN, P. (1988): *Le néolithique des lacs. Préhistoire des lacs de Chalain et de clairvaux (4000-2000 av. J.-C.)*. Editions Errance. Paris.
- PICKIN, J. (1990): «Stone Tools and Early Metal Mining in England and Wales». *Early Mining in the British Isles. Plas Tan y Bwlch Occasional Paper Nº 1. Proceedings of the Early Mining Workshop at Plas Tan y Bwlch Snowdonia National Park Study Centre, 17-19 November 1989* (ed. by P. and S. Crew): 39-42. Plas Tan y Bwlch, 1990.
- PICKIN, J. y TIMBERLAKE, S. (1988): «Stone-hammers and firesetting: A preliminary experiment at Cwmystwyth mine, Dyfed». *Bulletin of Peak District Mines Historical Society*. 10(3): 165-167.
- SANDARS, H. W. (1910):«On the use of the Deer-Horn Pick in the Mining Operations of the Ancients». *Archaeologia or Miscellaneous Tracts Relating to Antiquity*. Society of Antiquaries of London: 101-124.
- SEVILLA, M. (1980): *Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias*. Oviedo. Instituto de Estudios Asturianos.

- SIDERA, I. (1991): «Mines de silex et des bois de cerf: l'exemple de Serbonnes, "le revers de Brossard" (Yonne)». *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 42: 64-91. Ed. du CNRS.
- SUSSMAN, O. (1903): *Observaciones sobre el estado actual y los trabajos hechos en las Minas del Aramo, así como los pasos necesarios para su ulterior desarrollo*. Texto mecanográfico dirigido a la Aramo Copper Mines Ltd. de Londres y firmado en Gelsenkirchen.
- TIMBERLAKE, S. (1990): «Review of the Historical Evidence for the Use of Firesetting». *Early Mining the British Isles. Plas Tan y Bwlch. Occasional paper No 1. Proceedings of the Early Mining Workshop at Pla y Bwlch. Snowdonia National Park Study Centre, 17-19 November 1989*: 49-52.
- VILLALBA, M<sup>a</sup>. J. ; EDO, M. y BLASCO, A. (1998): «Explotación, manufactura, distribución y uso como bien de prestigio de la calita en el Neolítico. El ejemplo del complejo de Can Tintorer». *Minerales y metales en la Prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica* (Coord. G. Delibes). *Studia Archaeológica* 88: 41-70. Universidad de Valladolid y Fundación Duques de Soria
- WEIGAND, PH. C. (1968): «The mines and mining techniques of the Chalchihuites culture». *American Antiquity*, vol 33, n<sup>o</sup> 1: 45-61.
- WINIGER, J.(1981): «Jungsteinzeitliche Gefässschnitzerei». *Helvetia Archaeologica. Archäologie in der Schweiz*, 12- 45/48: 189-198.
- ZWICKER, U.; VIRDIS, P. y CERUTI, M. L. (1980): «Investigations on copper ore, prehistoric copper slag and copper ingots from Sardinia». *Scientific Studies in Early Mining and Extractive Metallurgy* (ed. P.T. Craddock): 135-164. London. British Museum Occasional Paper 20.

10. Ilustraciones.

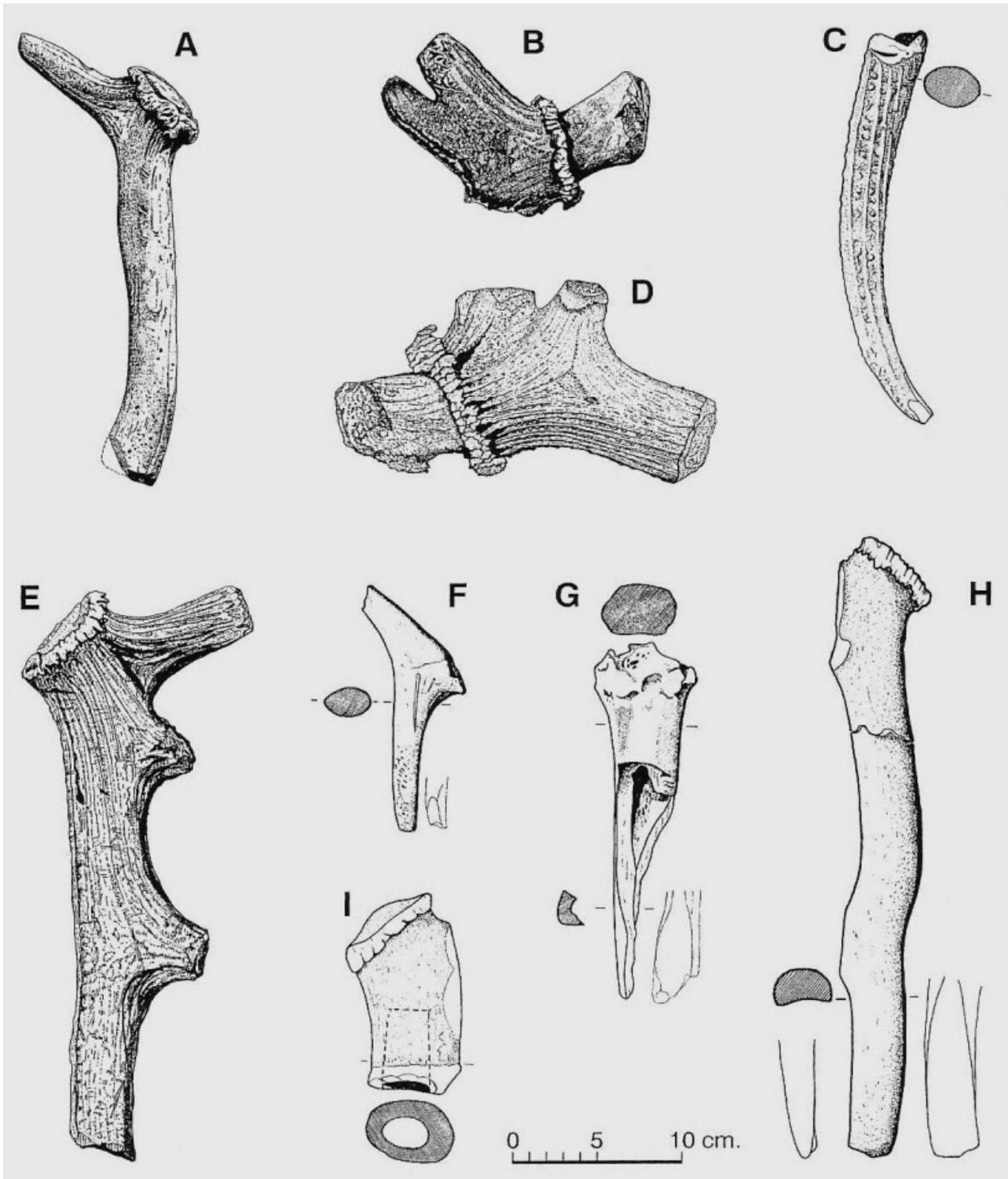


Fig. 1: Utillaje en asta de ciervo, excepto g, en hueso largo.

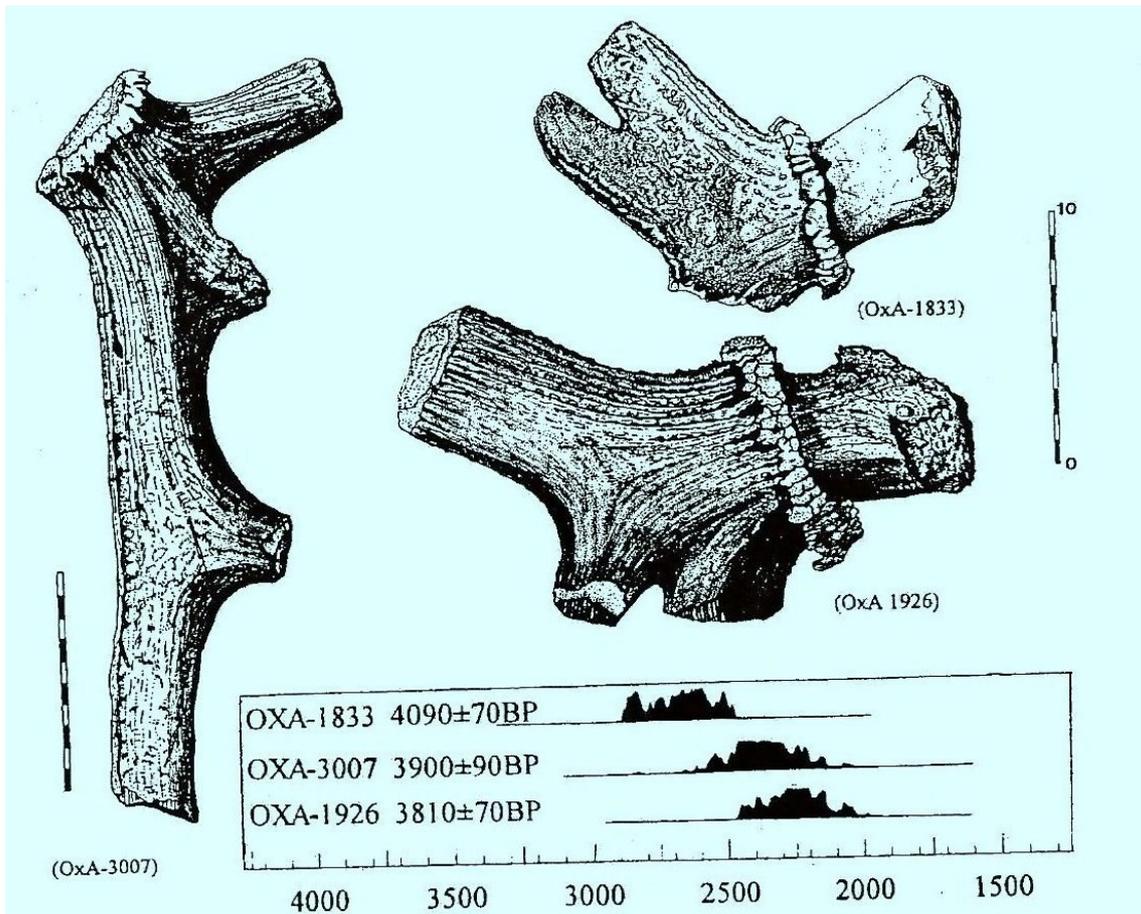


Fig. 2: Fechas radiocarbónicas de útiles en cuerna de *Cervus elaphus*.

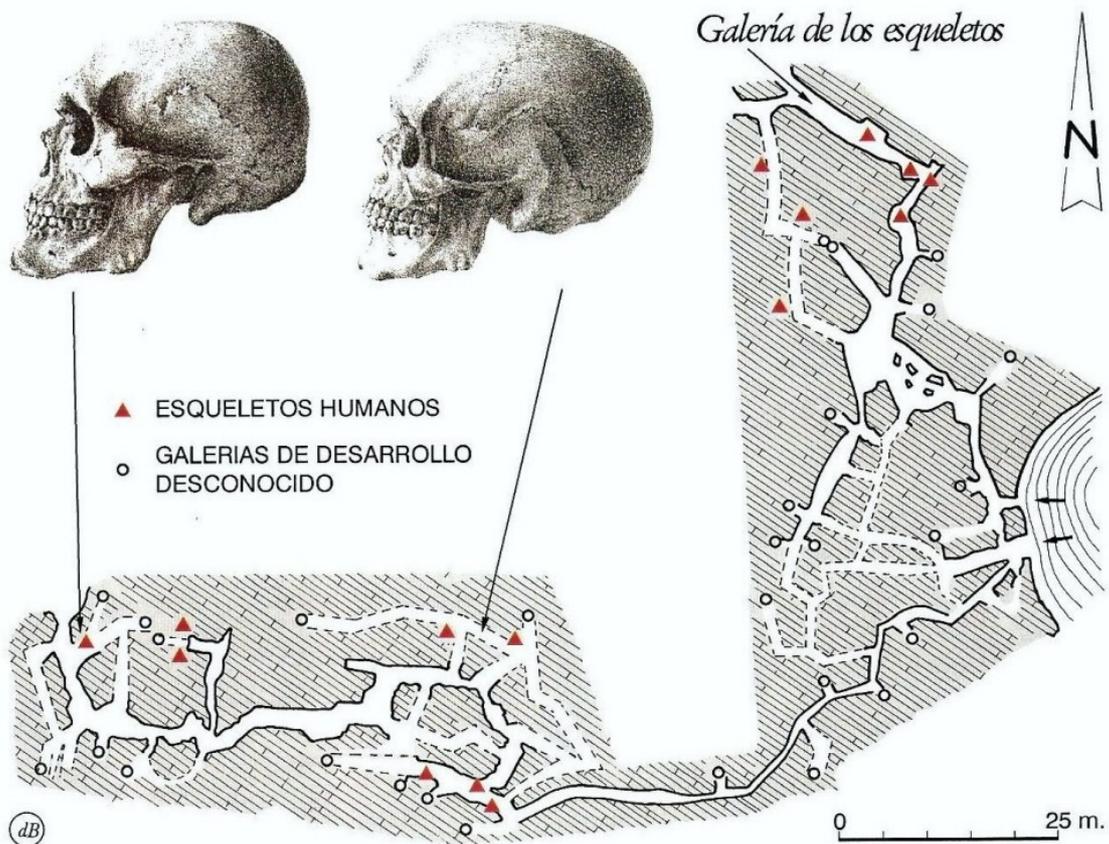
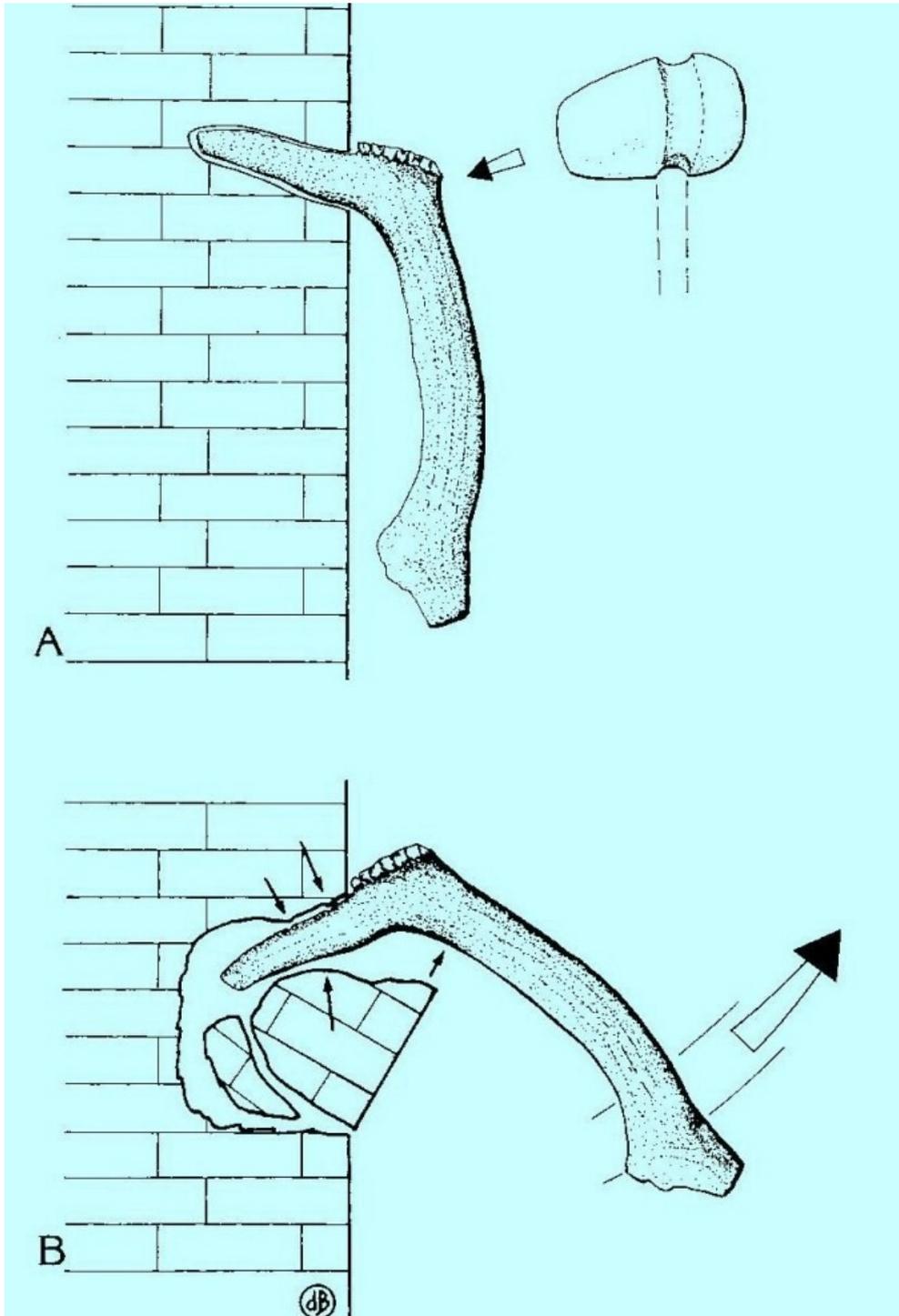


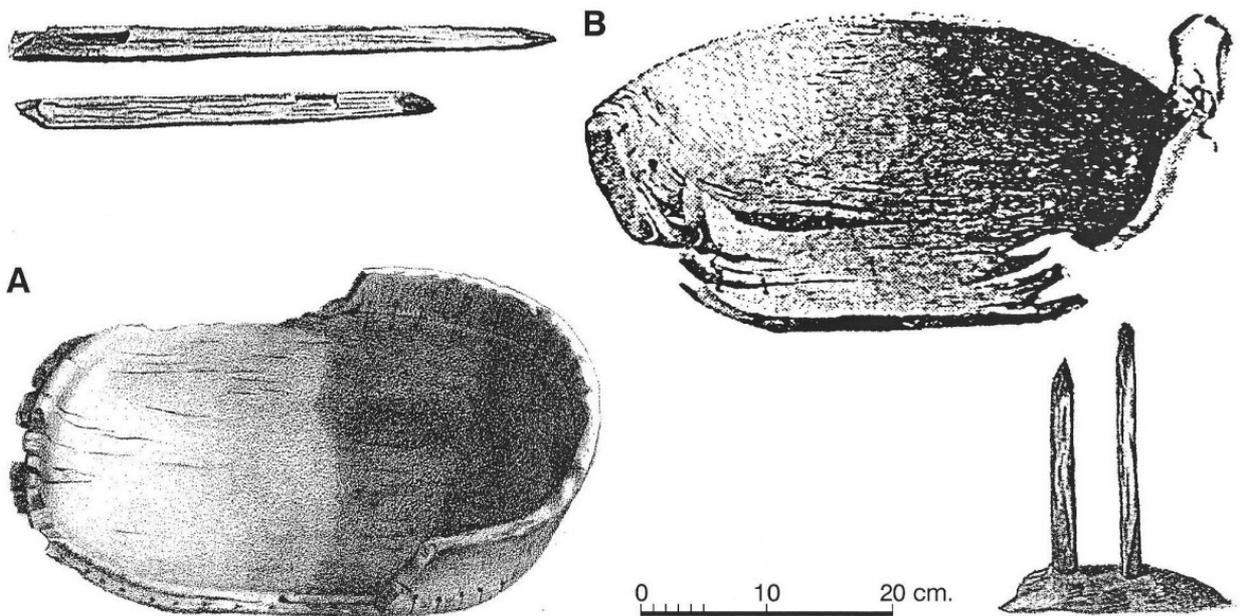
Fig. 3: Distribución de los esqueletos humanos en las labores.



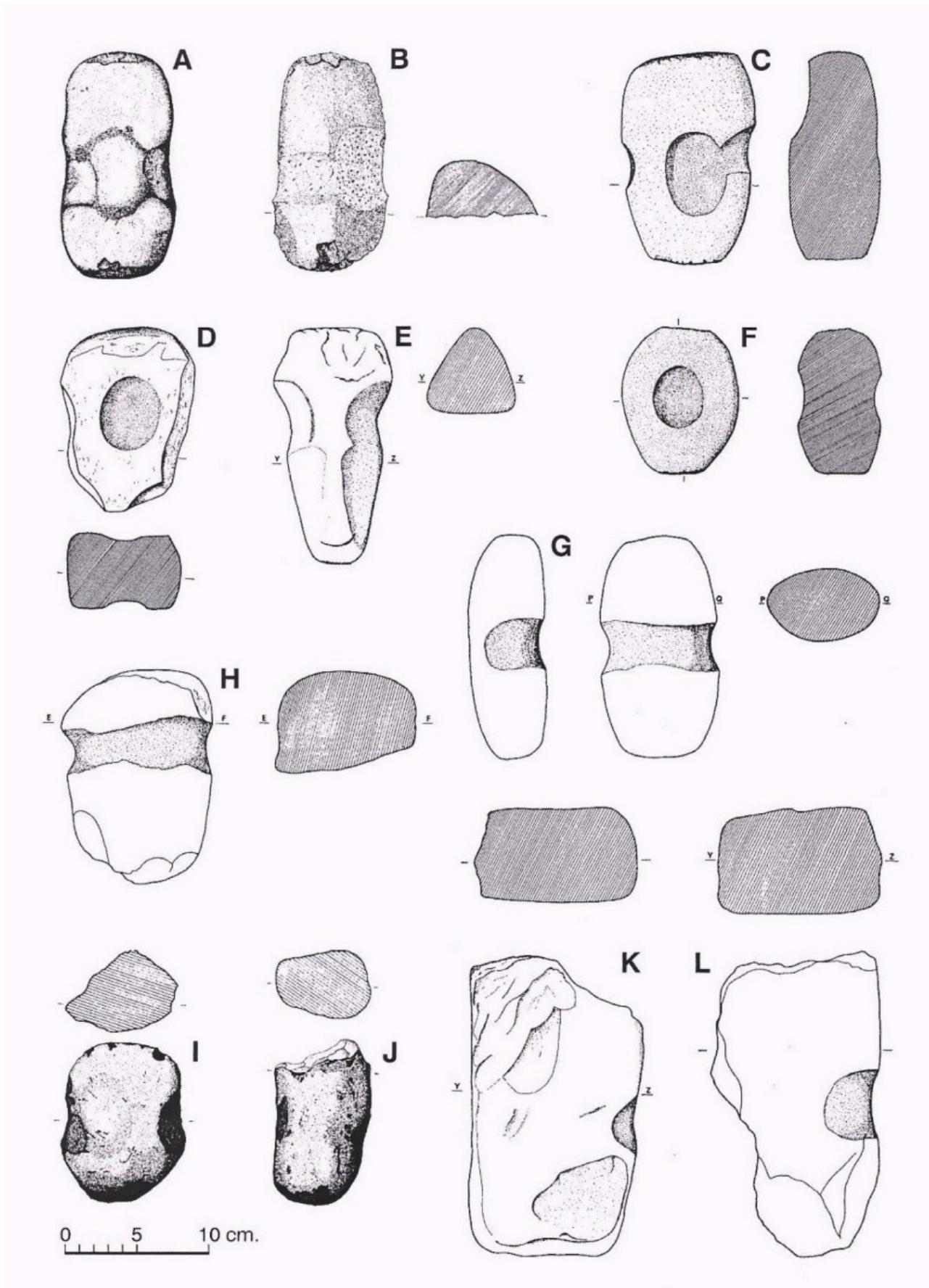
**Fig. 4:** Técnica de arranque con pico-palanca en asta y percutor de piedra.



**Fig. 5:** Labores en la zona "Punto de partida": fortificación con el labrado de pilares y arcos rebajados.



**Fig. 6:** Transporte del mineral (dos tipos diferentes de batea) y formas de iluminación (teas fijadas con pellas de barro).



**Fig. 7:** Variedad tipológica y en proporciones de los martillos y mazas de piedra.

# LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA DE ÁMBITO CASTREÑO EN EL OCCIDENTE DE ASTURIAS: EL PLAN ARQUEOLÓGICO DEL NAVIA-EO

Ángel Villa Valdés\*

## 1. Un Plan arqueológico para el Navia-Eo.

Desde su constitución como comunidad autónoma, el Principado de Asturias ha promovido la revitalización de la actividad arqueológica en el occidente de la región y en particular en la comarca ribereña del Navia. A este fin se destinaron importantes dotaciones económicas para la investigación arqueológica y la mejora de los servicios de asistencia e información al visitante, aglutinadas todas ellas bajo el común epígrafe del Parque Arqueológico de la Cuenca del Navia.

A mediados de los noventa, tras años de continuo esfuerzo inversor, los resultados de la experiencia no podían considerarse del todo satisfactorios si vistos, por un lado, los ambiciosos objetivos inicialmente planteados y, por otro, los recursos destinados a la puesta en marcha de la idea. La ausencia de un proyecto firme que definiese la identidad del mencionado parque, el tipo de actividades a desarrollar, los plazos temporales de ejecución y, fundamentalmente, los instrumentos para su financiación, propició un desarrollo un tanto desordenado de las distintas actuaciones emprendidas, de tal forma que algunas de estas inversiones resultaron estériles al no haber sido contemplado un compromiso para el mantenimiento de las mejoras efectuadas ni la adecuada puesta en valor de la mayor parte de los yacimientos donde se actuó. El desentendimiento practicado como norma general por gran parte de los municipios afectados no resultó ajeno a este proceso que culminó en numerosas ocasiones con el total abandono de los restos arqueológicos.

Ante esta situación, la Consejería de Cultura encargó en 1997 la redacción de un plan director que estableciese las prioridades de intervención arqueológica y el ámbito territorial en el que éstas debían llevarse a cabo. Se trataba de elaborar un documento que, basándose en la dilatada experiencia arqueológica desarrollada hasta entonces, y ajustándose a los recursos disponibles, supiera obtener el máximo beneficio de las inversiones ya realizadas y corregir, en la medida de lo posible, la comisión de aquellos errores que finalmente desvirtuaron los principios que habían inspirado la creación del Parque Arqueológico de la Cuenca del Navia. Así nació el hoy denominado Plan Arqueológico del Navia-Eo.

El territorio involucrado en este proyecto se inscribe en el área cultural del Navia-Eo, un marco geográfico en el que determinados rasgos diferenciales respecto al resto de Asturias se muestran con particular vitalidad. El secular atraso en que estas comarcas habían permanecido hasta años recientes propició la conservación de formas tradicionales desaparecidas en otras zonas de la Comunidad Autónoma y, en cierta medida, ha moderado los catastróficos efectos que la mecanización intensiva del medio rural ocasionó allí sobre el patrimonio arqueológico.

Transcurrida ya una década desde la puesta en marcha del proyecto, el balance resulta ciertamente positivo. Por lo que a la producción científica se refiere las investigaciones en curso han recuperado para Asturias un notable protagonismo en el ámbito de la Arqueología nacional y una proyección internacional creciente. Al tiempo, su repercusión social es manifiesta, pues ante la ciudadanía el patrimonio arqueológico comienza a reconocerse como un estímulo económico interesante y, en cierta medida, también como argumento añadido para la vertebración comarcal a partir del discurso histórico común que ofrecen sus bienes culturales.

---

\*Arqueólogo de la Consejería de Cultura y Turismo del Principado de Asturias. angelvv@princast.es

## 2. Investigaciones arqueológicas en los castros del Navia-Eo.

En el interfluvio Navia-Eo están catalogados unos setenta castros de los cuales han sido objeto de excavación arqueológica no más de una docena. En la actualidad, las investigaciones se centran fundamentalmente en los yacimientos de Cabo Blanco en Valdeparés (El Franco), Os Castros en Taramundi (Taramundi), El Castro de Pendia (Boal), Monte Castrelo, en Pelou y Chao Samartín en Castro (ambos en Grandas de Salime), con intervenciones puntuales en el castro de San Chuis (Allande) (Fig. 1).

La interpretación histórica de la Asturias castreña partía de una segmentación territorial tripartita que Jordá estimaba, en consonancia con lo descrito por los historiadores de la Antigüedad, de ámbito galaico al occidente, cántabro en levante y, propiamente astur en el área central de la región. Por lo que a su origen y perduración en el tiempo se refiere, José Manuel González escribía en 1966: "*La Época de los Castros en Asturias alcanza de cuatro a seis siglos de Prehistoria en la Edad del Hierro y dos o tres de Protohistoria en la Época Romana*". Esta afirmación, daba por supuesto el origen prerromano del fenómeno castreño en Asturias y aceptaba su plena integración en la organización imperial del territorio tras la conquista. Ésta fue, sin duda, la síntesis más temprana y certera de las elaboradas al respecto del origen y evolución de los poblados fortificados asturianos.

Durante los años ochenta se produce un sustancial incremento de la investigación castreña en Asturias. Fueron muchos los yacimientos que entonces se exploran en diferentes lugares de la región: la Campa de Torres en Gijón; los castros de Camoca, El Olivar y Miravalles en el entorno de la ría de Villaviciosa; El Castillo de San Martín en Soto del Barco y, hacia el occidente, San Chuis en Allande o Coaña, Mohías, La Escrita, San Isidro, Pico da Mina y Chao Samartín en el valle del Navia. Como es natural, el resultado de tan intensa actividad arqueológica originó un progreso hasta entonces inédito en el conocimiento de los poblados fortificados y el medio social que los perpetuó durante siglos como establecimiento preferente para la habitación y el refugio (Fig. 2).

De esta forma, a medida que avanzaban las investigaciones, fueron reconociéndose en algunos de estos yacimientos evidencias cada vez más sólidas que indicaban la existencia de ocupación anterior a la conquista. A mediados de los años noventa nadie discutía ya el origen prerromano de los castros mencionados para el centro y oriente de la región. Los estudios de Maya y Cuesta en la Campa de Torres, por un lado, y, fundamentalmente, la secuencia propuesta por Jorge Camino para los castros de la ría de Villaviciosa, demostraban que la fundación de algunos de ellos podía remontarse al siglo VI-V a.C. (Camino, 2000). No ocurría lo mismo para el área occidental donde, de manera reiterada, las excavaciones parecían señalar el origen del fenómeno castreño a lo largo del siglo I d.C., bajo dominio romano (Carrocera, 1995). Esta discordancia histórica habría de resultar, no obstante, pronto superada al documentarse los primeros horizontes de ocupación inequívocamente prerromanos en uno de estos yacimientos -el Chao Samartín, en Grandas de Salime-, paradójicamente aquel que llegó a considerarse ejemplo destacado de la romanidad castreña.

En este rápido y revolucionario progreso de la investigación resultó determinante la obtención de dataciones radiocarbónicas en los principales yacimientos en curso de excavación: en 1995 se procesan las muestras que remontan la antigüedad de las murallas del Chao Samartín al siglo IV a.C., en 1996 se publican las fechas de San Chuis que confirman la ocupación del castro durante la Edad del Hierro, en 1997 se descubre la *Acrópolis* del Chao Samartín que revela la existencia de un recinto fortificado a fines de la Edad del Bronce sobre la explanada que corona el yacimiento, en 2000 se constatan cronologías semejantes en los poblados de El Picón, en Tapia de Casariego y Os Castros, en Taramundi. De esta forma, en apenas un lustro, se resolvía definitivamente la cuestión del origen prerromano de hábitat castreño y se probaba una dilatada secuencia de ocupación que remontaba su implantación en el occidente de

Asturias a los siglos IX-VIII a.C., es decir a la Edad del Bronce en su fase terminal (Villa, 2002).

### 3. El Castelón de Villacondide (Coaña).

Entre los yacimientos con mayor superficie excavada, sin duda, el más popular es El Castelón de Coaña. Con una historia de intervenciones que se remonta al siglo XIX, la excavación de sus monumentales ruinas ha avanzado pareja a la construcción de la Arqueología como disciplina científica. Su evocadora imagen ha sido tradicionalmente utilizada en los manuales de protohistoria europeos para ejemplificar el poblado fortificado de la Edad del Hierro (Fig. 3).

Pocos yacimientos ejemplifican como éste la historia de la actividad arqueológica en Asturias. Desde las investigaciones decimonónicas pioneras en su campo, hasta las campañas más recientes de consolidación, El Castelón ha sido testigo del progreso de una disciplina que aún estaba por definir cuando fueron autorizadas las primeras excavaciones de las que se tiene noticia en Coaña. Desde entonces ha sido objeto de intervenciones esporádicas que, con mayor o menor fortuna, han contribuido a modelar su aspecto actual y convertirlo en el paradigma iconográfico del poblado fortificado protohistórico. Sin embargo, un historial tan concurrido como dilatado en el tiempo no podía menos que pasar factura: el Castelón de Coaña es, a pesar de la enorme extensión de poblado exhumado, un referente de utilidad histórica limitada, donde el registro arqueológico ha sido alterado y, gradualmente, mutilado hasta transformarse en la crónica fosilizada de su propia investigación.

Las primeras excavaciones documentadas con cierto rigor fueron las de José María Flórez en 1877, de cuya obra se deduce la intervención en una veintena larga de construcciones y el reconocimiento superficial de algunas otras. Ya en este siglo la investigación es retomada por Antonio García y Bellido y Juan Uría que prolongan su actividad en Coaña entre los años 1940 y 1944<sup>3</sup>. Durante este periodo se explora la práctica totalidad de la superficie del *barrio extramuros* y del recinto amurallado superior o *Acrópolis*. La prestigiosa posición científica de García y Bellido y su capacidad para introducir las publicaciones relativas al castro en los círculos bibliográficos especializados, provoca un interés inmediato por Coaña, cuya imagen se fija, a partir de entonces, en las fotografías y, de manera muy particular, en los dibujos elaborados durante aquellos años (Fig. 04). En 1959 es Francisco Jordá quien inicia nuevas exploraciones que se prolongarán hasta 1961. En este periodo la actividad se centra en el *torreón* y *recinto sacro*, con alguna incursión en áreas ya excavadas (Maya 1988: 27). Unos años más tarde, en 1982, este mismo autor dirige, junto a José Luis Maya, una pequeña intervención sobre la acrópolis en sectores ya explorados por García y Bellido. Tras ellos, y hasta 1995, las actuaciones en Coaña han sido dirigidas por Elías Carrocera. Un periodo en el que han sido parcialmente exhumadas las fortificaciones meridionales del castro, un puesto de guardia exterior y el tramo final de la vía que discurre por la *Acrópolis*<sup>4</sup>.

Superada hoy la reticencia a aceptar la general ocupación de los castros del área del Navia-Eo durante la Edad del Hierro -con la excepción de aquellos creados como establecimientos militares durante el siglo I d.C. como el de San Isidro, en la divisoria de San Martín de Oscos y Pesoz- no existen argumentos de orden arqueológico para defender la fundación altoimperial del poblado y aceptar que El Castelón debió constituir uno de los núcleos más notables de habitación durante los siglos previos a la conquista romana.

---

3 Aunque tan sólo han sido publicadas las campañas de 1940 y 1941, la consulta de documentación inédita permitió a José Luis Maya confirmar un periodo más amplio de investigación (Maya 1988: 27).

4 Noticias breves de estas intervenciones en Carrocera 1992: 130-131 y Carrocera 1994: Est. VI, fig.3.

Si bien los ajuares conocidos de las viejas excavaciones muestran su inequívoca ocupación altoimperial, determinados registros, en su mayor parte inéditos, permiten defender la existencia de horizontes subyacentes anteriores a todo contacto con lo romano. Así, por ejemplo, los sondeos realizados hace algunos años en el interior de la cabaña nº 39<sup>5</sup>, bajo la cual ya García y Bellido había identificado otra construcción anterior (García y Bellido, 1941: 220), permitieron documentar la existencia de horizontes de ocupación asociados a este primitivo edificio caracterizados por cerámicas ajenas a cualquier influencia de tipo clásico: recipientes fabricados sin torno, decorados con mamelones, estampillas, sogueados o bruñidos.

Hoy se sabe que el dispositivo defensivo del poblado fue mucho más complejo que el inicialmente supuesto, pues al doble foso que discurre sobre el flanco meridional de la colina, ha de sumarse el que protegía el poblado en su frente norte. Las excavaciones realizadas en varios puntos de su recorrido (Villa, 2007a) mostraron la existencia de una muralla arruinada y vencida sobre un foso antepuesto, ambos totalmente sepultados por los escombros producidos durante las excavaciones arqueológicas, a su vez contenidas contra un aterrazamiento que protegía el camino en uso hasta hace algunos años. Al igual que ocurría en el caso anterior, los horizontes asociados a la vieja cerca no proporcionaron material alguno identificable como de cronología romana.

#### **4. Monte del castro en Mohías (Coaña).**

Argumentos en el mismo sentido pueden plantearse en el Monte del Castro, en Mohías (Fig. 5), dispuesto en plena rasa costera. Allí se aprovechó un amplio meandro del arroyo de Fundión para establecer el poblado sobre la plataforma así delimitada, cuyo acceso fue protegido en flanco abierto al llano por tres fosos y sus correspondientes parapetos, que describiendo un amplio arco cierran el perímetro del área de habitación. La tipología de su arquitectura así como la disposición de la trama edificada sugieren un origen antiguo prerromano. En contra de lo que con frecuencia se afirma rozando el disparate, la disposición del caserío, lejos de mostrar una disposición de tendencia hipodámica (García de Castro & Ríos, 1999: 38), revela una plena y fiel adaptación a la traza de su dispositivo defensivo, tal y como ocurre en los poblados de la Edad del Hierro del Chao Samartín, en Grandas de Salime, y Os Castros, en Taramundi. Las abundantes cerámicas de tipología antigua recuperadas durante las excavaciones de Jesús Martínez y hoy custodiadas en el Museo Arqueológico sin duda alguna podrían refrendar, de poder reconstruirse su procedencia estratigráfica, la existencia de horizontes de la Edad del Hierro en el poblado.

#### **5. El castro de Pendia (Boal).**

La historia de la investigación de este pequeño castro se encuentra directamente vinculada a la del Castelón de Coaña, pues fueron excavados de forma simultánea a comienzos de los años cuarenta por Antonio García y Bellido y Juan Uría Ríu. No obstante, las primeras noticias que dan cuenta de la existencia de un antiguo poblado en el lugar de Pendia se deben a Bernardo Acevedo y Huelves que realiza en 1898 una primera descripción de las ruinas con referencias someras a algunos de sus edificios y a las fortificaciones que los protegían (Acevedo y Huelves 1898: 42, en versión corregida en *Asturias, Tomo III, 191*, de Bellmunt y Canella). Hasta 1941, cuando Antonio García y Bellido con Juan Uría excavan en el poblado, se suceden otras intervenciones apenas documentadas (Villa 2007b). Durante aquel verano, los trabajos se extendieron sobre toda la superficie del recinto, si bien con intensidad desigual. Así, mientras que las cabañas y otros edificios fueron excavados hasta la misma roca, las defensas apenas fueron exploradas, limitándose los arqueólogos a definir vagamente la disposición del

---

5 Según numeración establecida por Francisco Jordá.

cinturón amurallado, incluido el torreón, y dejando intactos los fosos que rompen la ladera de acceso (Fig. 6).

A partir de 1999 se reinician las excavaciones como parte del Plan Arqueológico de la Cuenca del Navia con el fin de proceder a la paulatina consolidación de la ruina y consiguiente reexcavación de las estructuras.

El castro fue calificado de enigmático por su ubicación topográfica inusual, la desproporción entre sus potentes fortificaciones y el discreto recinto que protegían y la presencia de dos monumentos con horno (Maya, 1988: 41). En realidad, su posición relativamente deprimida respecto al entorno fue compensada con la instalación de un complejo defensivo de considerable envergadura que lo transformó, en opinión de García y Bellido, en un lugar inexpugnable (García y Bellido, 1942: 288).

La fundación del poblado fue causa de abierta confrontación, en el marco y como parte sustancial de la discusión que, entre mediados de los ochenta y los noventa, protagonizaron aquellos investigadores que defendían un origen anterior a la conquista romana frente a quienes se inclinaban por una fundación altoimperial. El registro arqueológico conocido hasta entonces comprendía algunos materiales de gran antigüedad que sugerían un primer establecimiento prerromano<sup>6</sup>, integrado posteriormente en un recinto fortificado de mayores dimensiones y cronología plenamente romana (siglo I y II d.C.)<sup>7</sup>. Otros testimonios, muy escasos, han sido señalados como indicios de probables asentamientos tardorromanos y altomedievales<sup>8</sup>.

La excavación arqueológica confirmó las peores previsiones por lo que al agotamiento de los horizontes de fundación y uso se refiere, revelando, además, la amputación generalizada de estructuras. Aún así, la exhumación cuidadosa e integral de los espacios termales, facilitó el reconocimiento de algunos elementos inéditos de relevancia para la interpretación de un tipo de edificios que constituyen una de las creaciones arquitectónicas más originales y características de la cultura castreña (Fig. 7). Tales novedades podrían resumirse de la siguiente manera: en los castros que se distribuyen en la cuenca del río Navia, comienza a generalizarse desde comienzos del siglo IV a.C. un tipo singular de edificio, de uso termal, que responden a un patrón métrico y estructural común y configuran un grupo regional diferenciado. Su emplazamiento dominante y el tratamiento arquitectónico cuidado subrayan el carácter preeminente con el que fueron concebidos y la factura monumental que les proporcionó un innegable protagonismo, particularmente destacado sobre el área de acceso al recinto. Su estudio detenido cuestiona, a pesar de ciertas semejanzas formales, su emparentamiento con otros edificios galaico-portugueses de carácter balneario, pues tales similitudes sólo enmascaran una divergencia funcional que resultó determinante tanto en la selección del emplazamiento -como consecuencia de la desigual dependencia de los aportes hídricos- como en los condicionamientos topográficos que de ella se derivan, razón última que impuso a éstos últimos el establecimiento periférico respecto a la trama edificada de los poblados<sup>9</sup>.

6 Tesis defendida por José Luis Maya (1988: 41) frente al escepticismo de autores como Elías Carrocera que no considera suficientemente probada la existencia de un establecimiento prerromano (Carrocera 1991: 136).

7 Materiales descritos en Fernández Ochoa, 1982: 120 y ss.

8 Fernández Ochoa, 1982: 122; Maya 1988: 41 y García y Bellido, 1942: 299.

9 La desafortunada utilización que de estos trabajos realizó D. Sergio Ríos González en un artículo publicado por la revista *Gallaecia*, en su número 19 de junio de 2000, recogidas sin cita o referencia alguna a su procedencia, motivó un desagradable proceso judicial en el que, paradójicamente, el director de estos trabajos se vio encausado por atentar contra el honor y prestigio profesional del señor Ríos al poner los hechos en conocimiento del consejo de la revista. Tras dos juicios sucesivos, agotada la vía procesal, el veredicto final reconoció la veracidad de lo denunciado en una sentencia judicial sin precedentes en el ejercicio de la investigación arqueológica en Asturias:

*“De lo expuesto ya se coliga que las manifestaciones que hizo el demandado (Ángel Villa) en las cartas remitidas al actor y a la Revista Gallaecia estaban debidamente justificadas pues, en*

## 6. Monte Castrelo de Pelou (Grandas de Salime).

En el otoño de 2003 arrancó la primera campaña de sondeos arqueológicos en el castro de Pelou, un pequeño pueblo del concejo de Grandas de Salime, situado en la cuenca alta del río Navia e inmediato a la divisoria administrativa con la provincia de Lugo.

El yacimiento fue catalogado por José Manuel González en 1973, recogiendo entonces el topónimo de *La Pica el Castro* (González, 1976: 139), aunque también es conocido entre los vecinos como *Monte Castrelo* o *Prida del Castro*. No obstante, las escasas referencias bibliográficas posteriores siempre han hecho mención al lugar con la denominación genérica de *El Castro de Pelou* (Carrocera, 1990: 125; Sánchez-Palencia; 1995: 148).

Con una altitud próxima a los 625 m, el castro se instaló sobre un terreno de pronunciada pendiente en el que adquirió su perfil preeminente gracias a la excavación de varios fosos que lo aislaron de la ladera. Sobre ellos desembocan algunos canales procedentes de dos depósitos situado unos 200 m montaña arriba cuyo caudal fue empleado en la rotura y arrastre de la masa rocosa (Villa, 1992: 223). El recinto así delimitado apenas alcanza la media Ha de extensión, cuyo espacio útil se distribuye en dos terrazas escalonadas que corona un crestón de superficie regularizada sobre el que discurre la muralla que protege el establecimiento (Fig. 8). Su proximidad a varias minas, la manifiesta preocupación defensiva y, fundamentalmente, la aplicación de técnicas propias del laboreo minero en la instalación de las fortificaciones justificaban su integración en el grupo de los denominados *castros mineros*. La excavación de este yacimiento constituía, a priori, un complemento de inestimable interés para las investigaciones en curso en otros poblados altoimperiales próximos de carácter residencial, atractivo incentivado, además, por las noticias relativas al descubrimiento de piezas metálicas prehistóricas (Villa, 1999: 223; de Blas, 1991-92) y numerario de época tardía (Gil *et alii*, 2000).

La excavación extendida a varios sectores del poblado ha permitido identificar una larga secuencia de ocupación cuyo origen se remonta, al menos como recinto fortificado, al siglo V a.C. con episodios de refortificación durante el siglo I d.C. y primera mitad del siglo IV, en ambos casos con un marcado carácter militar.

Del asentamiento prerromano han sido exhumados varios lienzos de la muralla modular, una cabaña y la cabecera absidiada de una sauna indígena (Villa, 2007c: 80).

Durante el siglo I d.C. el crestón sirvió de asentamiento a un destacamento militar que refortifica el lugar y al que cabe atribuir la instalación de algunos de los fosos (aquellos excavados con fuerza hidráulica) así como la amplia panoplia compuesta por puñales (Fig. 9) y otros elementos propios de la indumentaria militar (Villa, 2007d: 42). De este mismo horizonte altoimperial procede una inscripción, cuyo contexto arqueológico remite a momentos avanzados del siglo I d.C. El epígrafe se desarrolla sobre una losa de pizarra local reaprovechada. El texto, escrito en letra cursiva y de paleografía, en parte, muy primitiva, se distribuye en tres columnas y consiste, fundamentalmente, en un listado de nombres que pudo recoger un censo de unos 45-50 individuos. Se ha propuesto su interpretación como *tabula censualis* en la que se referirían los individuos o grupos familiares sometidos a contribución en el territorio vinculado al *castellum* (Villa *et al.*, 2005).

## 7. El Picón de La Coroza (Tapia de Casariego).

La primera noticia relativa a la existencia de un poblado fortificado en el lugar de La Coroza, fue proporcionada por José Manuel González, quien reconoció el montículo

---

*definitiva, le imputa un hecho cierto cual es que (Sergio Ríos González) se apropió de sus trabajos sin haberle solicitado su autorización ni haberlo indicado mediante la correspondiente cita."*

[Sección 4ª de la Audiencia Provincial de Oviedo: Recurso de apelación 25/2003]

de El Picón en julio de 1968 (González, 1976: 140). La ficha recoge las observaciones de aquella visita en la que, junto a una somera descripción, se elaboraron un par de croquis dispuestos sobre los ejes perpendiculares del yacimiento<sup>10</sup>. En ellos se advierte la organización del recinto interno en varias terrazas escalonadas hacia Oriente a partir de una plataforma superior o acrópolis y la disposición de los fosos perimetrales, con mayor desarrollo sobre los flancos meridional y occidental donde llegan a sucederse en número de tres con sus correspondientes contrafosos.

El Picón se extiende sobre un pequeño promontorio elevado sobre la rasa costera apenas a unos 1.100 m del frente litoral (Fig. 10). A pesar de su modesta altitud, apenas 80 m.s.n.m., disfruta de un notable dominio visual favorecido por la regularidad y llanura de su entorno que le confiere, además, un notable protagonismo en el paisaje. Su localización se inscribe en un modelo de implantación territorial, generalizado sobre la rasa litoral al oeste del Navia, por el cual se produce una aparente correspondencia entre los asentamientos distribuidos sobre el frente marítimo y los instalados en una segunda línea interpuesta entre aquellos y el piedemonte de las sierras litorales (Villa 2007e).

En 2001, con el fin de dar respuesta a la solicitud del Servicio de Infraestructuras Rurales, interesado en realizar algunas mejoras en torno al yacimiento y autorizar la explotación forestal de los terrenos periféricos, se programó, entre las actividades del Plan Arqueológico de la Cuenca del Navia, la ejecución de una modesta intervención que permitiese precisar la extensión de los restos vinculados con el poblado protohistórico, valorar posibles afecciones y establecer un área de protección adecuada.

De los sondeos realizados, fueron los practicados en el recinto superior los que proporcionaron los que proporcionaron una información más completa. La secuencia estratigráfica reveló la existencia, bajo el manto vegetal superficial, la existencia de horizontes de deposición caracterizados por la presencia de materiales cerámicos de producción indígena, fabricados sin torno, cocidos en ambiente oxidante y superficies bruñidas, lo que unido a la ausencia de materiales clásicos, parece apuntar su cronología prerromana, situable en un momento indeterminado de la Segunda Edad del Hierro. A este horizonte deben asociarse también dos estructuras de anclaje para postes, constituidas por lajas de granito y bloques redondeados de cuarcita.

Bajo estos depósitos se extiende una muralla cuya disposición parece ajustarse al perímetro de la corona castreña, culminando el talud que delimita esta plataforma superior (Fig. 11). El corto tramo excavado muestra una conservación residual, con alzados que no superan los 0,80 m y utilización de aparejo irregular. Asociado a la misma se extiende un horizonte de bloques originado como consecuencia de la ruina y derrumbe del paramento interno. Bajo el mismo, en niveles asociados a la fundación y periodo de vigencia de la muralla se localizó el muñón de fundición de un hacha de talón. Esta pieza, cuyo aspecto denuncia su probable naturaleza ternaria con elevada presencia de plomo, propia de momentos terminales del Bronce Final, remite la fundación del recinto fortificado a un ámbito temporal similar al ya establecido para otros asentamientos castreños de la comarca, como el Chao Samartín o Taramundi, situado en torno al siglo VIII a.C. (Villa, 2002; Villa & Cabo, 2003).

## **8. Os Castros de Taramundi (Taramundi)<sup>11</sup>**

El lugar de Os Castros fue reconocido como poblado fortificado en 1969 por José Manuel González quien lo registró con la denominación de "El Castro" (González, 1976: 141). El yacimiento se localiza en el límite meridional del casco urbano de la localidad de Taramundi, sobre un promontorio ligeramente desprendido de la sierra de Eiroá hacia el

---

10 Archivo personal de José Manuel González consultado por gentileza de su depositario Diógenes García.

11 Extracto del artículo aparecido en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2000-2003* (Villa et al., 2007).

mediodía a una altitud de 230-250 m.s.n.m. y se extiende sobre una superficie próxima a las 2 Ha. Es, por tanto, uno de los mayores castros catalogados en las tierras interiores del Navia-Eo si bien una parte del recinto fue seriamente alterada durante las obras de apertura de la carretera que, serpenteando por la colina, conduce hacia Mazonovo (Fig. 12). Fueron los daños reconocidos sobre el talud de este vial los que motivaron una primera intervención arqueológica en 1992 bajo la dirección de Elías Carrocera. Se documentaron entonces varias construcciones y recogieron abundantes restos cerámicos que aún permanecen inéditos.

El castro se define como un recinto delimitado hacia el norte por un profundo foso excavado en la roca, por el que hoy discurre una calle asfaltada, con escarpes subverticales que debieron superar ampliamente los 4 m de profundidad y 6 m de amplitud. Es muy probable, que otro foso exterior completase su dispositivo defensivo, hoy casi irreconocible como consecuencia de la urbanización creciente de los terrenos.

Sobre el área descubierta se distribuye una densa trama de estructuras constructivas inmersas en una estratigrafía compleja en la que se suceden episodios de ruina y abandono, refacciones y rellenos que configuran un espacio arqueológico denso, de larga duración, cuya secuencia temporal parece extenderse desde fines de la Edad del Bronce o Hierro inicial hasta época romana avanzada. Entre las construcciones exhumadas se cuentan, además de cortos tramos del aparato defensivo, una decena de construcciones exhumadas, entre las que se cuenta una sauna indígena (Villa, 2007c: 82).

Las series estratigráficas del poblado de Os Castros se caracterizan por una singular complejidad al contener una larga secuencia de ocupación conformada a lo largo de unos mil años de historia, hasta su clausura definitiva como lugar de habitación. Todo parece indicar que el lugar estuvo habitado desde el Bronce Final, entre los siglos IX-VII a.C. La instalación de este primer asentamiento significó una profunda y laboriosa transformación del solar original. Se afrontó el rebaje y regularización de la base rocosa que constituyó el horizonte de circulación principal que habría de mantenerse parcialmente vigente hasta las reformas romanas. De la traza de aquella primitiva trama edificada tan sólo restan hoy las canalizaciones perimetrales de las construcciones, algunos hoyos y cortos tramos de muros adosados al escarpe que protegía este núcleo septentrional del poblado. Su condición de lugar fortificado puede deducirse de la traza del muro o muralla que cerraba el emplazamiento hacia el oeste y el foso excavado bajo la construcción C-8. En todo caso, se trata de indicios cuya verificación requiere una excavación más amplia que permita establecer su verdadera disposición y naturaleza.

Durante la II Edad del Hierro el poblado se desarrolla sobre los sedimentos que amortizaron buena parte de las estructuras anteriores. Se trata de construcciones en piedra, de plantas con tendencia circular o, en todo caso, rehuyendo el remate en ángulo, sin paredes medianeras y cubiertas, probablemente vegetales, pues no existe indicio alguno de cubierta pétreo. Entre las cerámicas, fabricadas sin torno y cocidas en ambiente reductor, predominan los recipientes globulares por lo general lisos con superficies bruñidas. Las decoraciones cuando aparecen suelen responder a motivos simples estampillados.

En época romana se constata una profunda reforma del poblado. Se construyen nuevos edificios, ahora de planta ortogonal, compartimentados en varias estancias, que se extienden sobre un horizonte de circulación realzado. Las viejas construcciones prerromanas, o bien resultan totalmente amortizadas, o bien se transforman y adaptan a la nueva organización espacial del poblado (Fig. 13). En el ajuar doméstico conviven producciones que prolongan modelos de tradición indígena junto con cerámicas comunes romanas y *terra sigillata*.

La introducción significativa de materiales romanos se constata a partir de mediados del siglo I d.C., coincidiendo con la generalización de las producciones

hispanicas que habrán de monopolizar el suministro a estos territorios norteños a partir de época flavia.

El final de la ocupación del poblado no puede aún precisarse aunque, con toda seguridad, debió mantenerse habitado durante buena parte del siglo II, sin que exista evidencia alguna que evidencie su pervivencia en tiempos bajoimperiales.

### **9. El Pico San Chuis, en San Martín de Berduedo (Allande).**

El descubrimiento del castro del Pico San Chuis se debe a D. José Lombardía Zardaín, vecino de Allande. El comienzo de los trabajos de excavación de las ruinas se remonta a 1962, prolongándose durante el siguiente verano bajo la dirección compartida de Elías Domínguez y Francisco Jordá. Las excavaciones no se reanudaron hasta 1979, ya bajo la exclusiva responsabilidad de éste último, sucediéndose en cortas campañas estivales hasta septiembre de 1986 (Fig. 14).

Durante la decena de campañas arqueológicas desarrolladas en el castro se descubrieron los restos una veintena larga de construcciones aunque no todas fueron exhumadas íntegramente. El repertorio de piezas recuperadas fue amplio y de naturaleza muy variada. Entre ellas se cuentan cerámicas de la Edad del Hierro y producciones romanas de alfares galos e hispanos, metalistería diversa de hierro y bronce, numerario y un interesante conjunto de objetos fabricados en piedra. Entre ellos cabe destacar el hallazgo de una cabeza labrada en granito, testimonio excepcional de la escultura castreña en Asturias.

Fue José Manuel González quien, en 1966, proporcionó la primera referencia impresa del castro de San Chuis en su célebre *Catalogación de los castros asturianos*. La pormenorizada descripción que realizó durante el reconocimiento del lugar en junio de 1962, así como el magnífico croquis en el que reflejó la disposición de sus defensas no vería la luz sino unos años más tarde, poco después de su fallecimiento (González, 1978: 211).

Hasta 1988 no se publica una descripción relativamente actualizada de las investigaciones en el castro. Es José Luis Maya quien aborda, a partir de los diarios de excavación cedidos por Jordá, una descripción pormenorizada de los edificios descubiertos y el contexto estratigráfico del que proceden los diferentes hallazgos. De sus investigaciones se concluye la imposible individualización de horizontes estrictamente prerromanos (Maya, 1988), opinión compartida por Jordá y su equipo en artículos posteriores (Jordá *et alia*, 1989).

Desde 1997, la Consejería de Cultura mantiene campañas periódicas de mantenimiento y consolidación en San Chuis de tal forma que, en la actualidad, las ruinas mantienen una estabilidad razonable, aspecto saneado y un tránsito cómodo durante todo el año. Como es natural, la intervención sobre la totalidad de los elementos exhumados, tanto de naturaleza doméstica como militar, ha exigido en algunas ocasiones la ejecución de sondeos puntuales que, pese a su modesta extensión, permiten hoy una aproximación mucho más precisa a la historia del yacimiento. La reconstrucción que durante estos últimos años se realizado de la secuencia histórica de los castros asturianos y, en particular, de los comprendidos en el interfluvio Navia-Eo ha sido clave para ordenar y reinterpretar un registro que ha motivado serias controversias entre los investigadores (Villa, 2007f).

Es probable que ya a comienzos del siglo VIII a.C. en el Pico San Chuis existiese un asentamiento fortificado ocupando la explanada superior de la colina. Así parecía indicarlo una de las dataciones obtenidas a partir del horizonte basal de la secuencia arqueológica (Cuesta *et al.* 1996: 230). A pesar de las limitaciones que, en opinión de los investigadores que la dieron a conocer, ésta ofrecía, "... la ausencia de restos tecnológicos significativos que impide su atribución cronológica y cultural precisa", el descubrimiento de una ocupación tan antigua en esta zona del castro puede hoy

presentarse como hecho probable tras la revisión estratigráfica del horizontes de procedencia de la muestra datada y los resultados recientes obtenidos durante las obras de restauración de la muralla (Villa & Menéndez, e.p.).

Durante la Edad del Hierro, sobre la colina se estableció un poblado intensamente fortificado con fosos y murallas a cuyo abrigo se levantaron cabañas de planta circular y oblonga cubiertas con techumbres de urdimbre vegetal. Probablemente en este tiempo el yacimiento adquiere muchos de los rasgos que habrán de caracterizar la morfología del cerro hasta nuestros días y que ya fueron reconocidos por José Manuel González (Fig. 15).

Delimitando el recinto principal de habitación se dispuso una muralla modular que, a partir del siglo IV a.C. (Villa & Menéndez, e.p.) reproduce un modelo ampliamente difundido en el paisaje protohistórico de la región y que, en cierta forma, constituye, por su presencia generalizada en los yacimientos excavados, el atributo más representativo de los castros de la Edad del Hierro en Asturias (Camino 2000b, Villa, 2007g).

No se dispone de información suficiente para valorar el efecto que la implantación romana pudo suponer sobre el caserío preexistente o sobre las estructuras defensivas. Por lo ocurrido en otros yacimientos puede suponerse que la construcción de algunas fortificaciones y la reforma de otras respondan a exigencias militares ajenas al planteamiento defensivo indígena. La introducción de patrones constructivos romanos en la trama edificada es evidente y muestra ciertos paralelismos con ejemplos bien contextualizados en otros yacimientos (Villa *et al.*, 2006).

En todo caso, la presencia romana se manifiesta en un contexto inequívocamente militarizado al igual que ocurre en muchos otros asentamientos y es que, desde época fundamentalmente tiberiana se constata el estacionamiento de tropas en castros del área trasmontana (Villa & Gil, 2006), periodo al que remite la única moneda publicada de San Chuis (Maya, 1988: 285)<sup>12</sup>.

En consecuencia, nada tiene de extraño que durante los siglos I y II d.C., periodo que conoció la generalización la actividad minera en la región, San Chuis ostentase un rango administrativo destacado que bien podría ser de *civitas* o *caput civitatis* y por el cual se ejerciese desde el poblado, entre otras funciones, el control tributario del *territorium* asignado.

Por el momento, poco se puede precisar acerca de episodios de ocupación posteriores. Durante algunos años se defendió una probable reutilización del lugar durante los siglos III y IV, tal vez en época ya medieval (Manzano, 1987: 410), tomando como argumento la presencia de cerámicas decoradas mediante impresiones de arquillos y círculos. La errónea identificación de estas piezas, en realidad producciones regionales de cronología altoimperial, provocó una general adscripción de vajillas comunes a supuestos periodos de ocupación castreña tardía caracterizados arqueológicamente por la precariedad de sus estructuras, el carácter perecedero de los materiales y la ausencia de aparato defensivo (Carrocera, 1996: 215). No existen por el momento referencias documentales de tales horizontes, muy al contrario, las evidencias que prueban la reocupación de alguno de estos castros durante el siglo IV d.C. revelan una vocación inequívocamente militar con una renovación masiva de las antiguas defensas castreñas (Villa 2007g).

## **10. Chao Samartín, en Castro (Grandas de Salime).**

Las ruinas del Chao Samartín se localizan en Castro, población que dista unos 6 Km. de Grandas de Salime, capital del concejo. Con una altitud máxima de 675 m., el yacimiento se extiende sobre un promontorio cuyo sustrato geológico está constituido por cuarcitas blancas y materiales basales de la formación Agüeira originados durante el Ordovícico Medio y Superior (Marcos & Ruiz, 1978: 12). La estratificación presenta una

<sup>12</sup> En paradero desconocido.

orientación N-S y las capas se encuentran en una posición subvertical que otorgan al paraje la singularidad topográfica que justificó su elección como asentamiento estable: hacia el Oeste, uno de los niveles de cuarcita de base determina una barrera casi vertical sobre el valle del río Cabalos mientras que, por el Este, la existencia de un nivel estratigráfico de menor competencia originó la formación de una depresión natural que proporciona al poblado un cierto dominio sobre el flanco oriental. Sendas vaguadas, con pronunciado desnivel hacia poniente, lo limitan al Norte y al Sur (Fig. 16).

La existencia de antiguas fortificaciones en el lugar fue recogida por Martínez Marina y posteriormente por Méndez-Valledor para la obra *Asturias* de Bellmunt y Canella. En 1967 José Manuel González, tras proceder a su reconocimiento, lo incorpora al catálogo de castros asturianos (González, 1976: 111). Las excavaciones arqueológicas dieron comienzo en 1990 como consecuencia de la revisión de los materiales procedentes del castro custodiados por José María Naveiras en el Museo Etnográfico de Grandas de Salime. Desde entonces las campañas de investigación se suceden con regularidad (Villa, 2005).

El horizonte de ocupación más antiguo se remonta a la Edad del Bronce, cuando en torno al año 800 a. E., se estableció un primer recinto fortificado. Éste se extendía principalmente sobre la explanada superior del yacimiento, una estrecha franja de apenas 30 metros de anchura y unos 80 de longitud, que protegían un foso, una muralla y una empalizada con acceso monumental desde el sur. Allí se localizó una cista que contenía la calota craneal de una mujer joven (Villa & Cabo, 2003). Al abrigo de la cerca se construyó un gran edificio de planta rectangular y esquinas redondeadas que ha proporcionado cerámicas y objetos metálicos muy interesantes que, junto a la ausencia de menaje y mobiliario doméstico, sugieren su utilización como espacio ceremonial. El conjunto, fortificaciones y cabaña, fue destruido por un incendio (Fig. 17).

Durante la Edad del Hierro el asentamiento se extendía por todo el promontorio defendido entonces con nuevas fortificaciones que habrían de mantenerse en uso, aunque con severas modificaciones en el trazado y la estructura, hasta la conquista romana. Se amortizaron así sucesivas líneas de fosos sobre los que, finalmente, se consolidó una muralla varias veces vencida y renovada. Las reformas más importantes se producen entre los siglos IV y II a.C., cuando la vetusta fortificación, de estructura continua, adopta una compartimentación modular semejante a las que defendieron otros castros prerromanos del centro y occidente de Asturias (Fig. 18). Ajustado a este cinturón defensivo se extendía un caserío en el que predominaban las construcciones de planta rectangular, con esquina de naípe, sobre las circulares y el aparejo de pizarra sobre el de cuarcitas, cuyo uso se restringe a las hiladas de nivelación y cimientos. Todas ofrecen, de acuerdo con los parámetros de la arquitectura castreña clásica, planta sencilla e individualizada sin medianerías ni compartimentación del espacio interno. Al igual que en Coaña, Mohías o Pendia, también aparece una cabaña de planta oblonga y dimensiones notablemente superiores al resto. Inmediato se elevaba un edificio termal, pequeña construcción de planta rectangular y cabecera absidiada, que se destinaba a la toma de baños de vapor. Este tipo de sauna castreña, característica del N. O. peninsular, era considerado hasta el descubrimiento de la del Chao Samartín meras adaptaciones rústicas del modelo termal clásico. Sin embargo, las investigaciones en curso en éste y otros castros del valle del Navia han revelado argumentos que permiten proponer para el grupo asturiano su construcción entre los siglos IV y II a. E (Villa, 2007c).

Entre otras actividades artesanales, destaca por su significación la metalurgia con metales preciosos -oro, plata y cobre- atestiguada por el descubrimiento de importantes acopios de tortas y cerámicas de fundición con impregnación aurífera, moldes, crisoles y diversas joyas (Villa, 2004). Cerámicas de almacenamiento y cocina, junto con algunas armas, entre las que se cuenta un puñal de antenas, completan el ajuar más destacable.

La figura de dos caballos grabados sobre una pizarra constituye otro de los documentos epigráficos excepcionales durante estos siglos anteriores a la conquista.

La influencia de la cultura romana se manifiesta con claridad a partir de la segunda mitad del siglo I d.C. Tras varios episodios de refortificación relacionados con el establecimiento de efectivos militares en el antiguo castro, el Chao Samartín se transforma en un asentamiento abierto, la *civitas* Ocela, donde las fortificaciones pierden definitivamente su centenaria justificación. Las antiguas cabañas, de planta sencilla y recinto único, son sustituidas ahora por espacios compartimentados interiormente mediante tabiques de piedra o agrupadas para formar núcleos familiares más amplios. Muchas de estas viviendas dispusieron de dos alturas, pavimentos de hormigón y cargas murales decoradas con pinturas policromas. El edificio de baños se mantiene en uso con algunas modificaciones. Una plaza monumental, pavimentada con losas de pizarra y sendos bancos corridos adosados a sus paredes norte y este, sustituye a la vieja cabaña comunal (Fig. 19).

La exploración de la ladera norte del yacimiento ha permitido identificar las ruinas de una *domus* romana construida durante el siglo I d.C. al abrigo de la muralla, el foso y glacis que protegen este flanco del poblado (Fig. 20).

Aunque su excavación aún no se ha completado, puede afirmarse que se trata de una casa de porte señorial, cuyas estancias se distribuyen en torno a un pasillo de acceso o *fauces* que desemboca en un patio columnado. Se trata de un edificio genuinamente romano en el que se ignora por completo la tradición local.

Las habitaciones conservan las cargas de mortero que enlucían las paredes. Sobre ellas se desarrolló un sorprendente repertorio ornamental mediante la aplicación de pinturas murales y estucos que realzan vanos y evocan elementos arquitectónicos como pilastras y cornisas. Las pinturas, realizadas al fresco sobre bocetos previamente burilados, representan motivos vegetales, geométricos, figuras humanas y mitológicas simulando en ocasiones la textura de piedras ornamentales.

La completa excavación del conjunto requerirá con toda seguridad varios años de trabajo al sumarse, a la complejidad inherente del proceso en una ruina de semejante entidad, la superposición de una necrópolis medieval.

La prosperidad que caracterizó la vida de los habitantes de la *civitas* romana desde época flavia se vio bruscamente interrumpida durante la segunda mitad del siglo II d.C., momento en el que una sacudida sísmica de gran intensidad provocó la ruina del poblado y su definitivo abandono.

## 11. Bibliografía:

ACEVEDO Y HUELVES, B. (1898): *Boal y su concejo*. Oviedo.

BLAS CORTINA, M.A. (1991-1992): "Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica", *Veleia* 8-9, 109-137. Vitoria.

CAMINO MAYOR, J. (2000): "Campa Torres: un yacimiento en la encrucijada. Revisión cronológica de la muralla del castro de Campa Torres (Gijón)", *Revista de Arqueología* 228. Madrid, 6-12.

CAMINO MAYOR, J. (2000 b): "Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias; bases para un debate", en *Archivo Español de Arqueología* 73. Madrid, 27-42.

CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1990): "La Cultura Castreña en Asturias", *Historia de Asturias I: Prehistoria-Historia Antigua*, 121-136. Editorial Prensa Asturiana S.A.

CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1991): "El horizonte cultural castreño del occidente asturiano y sus relaciones exteriores", en *Gallaecia* 12. Santiago de Compostela.

- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1992): "Excavaciones arqueológicas en el occidente de Asturias (Campaña de 1987-1990)" en *Excavaciones arqueológicas en Asturias*. Oviedo.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1994): "Estudio crítico de la cultura castreña asturiana", en *Actas dos Trabalhos de Antropología e Etnología. Volume XXXIV-Fas. 3-4*. Porto.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1995): "El territorio de los astures: los castros", en *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del imperio romano*. Gijón, 53-65.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias en la época romana*. Universidad Autónoma de Madrid.
- FLÓREZ, J. M. (1877): *Memoria relativa a las excavaciones de El Castellón en el Concejo de Coaña (Asturias)*. Oviedo.
- GARCÍA de CASTRO, C. y RÍOS, S. (2001): *Asturias, herencia de piedra*. Asturias.
- GARCÍA y BELLIDO, A. (1941): "El castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura" en *Archivo Español de Arqueología XIV, 42-1941*.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): "El castro de Pendia", en *Archivo Español de Arqueología, XV, 48*, pp. 288-307. Madrid.
- GIL SENDINO, F.; MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E. (2000): "Dos monedas romanas del castro de Pelou (Grandas de Salime, Asturias. España)", *Arqueología nº 25*, 113-117. Grupo de Estudios Arqueológicos do Porto. Oporto.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES, J.M. (1966): "Catalogación de los castros asturianos", *Archivum XXVI*. Universidad de Oviedo, 255-291.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J.M. (1976): "Castros asturianos del sector lucense y otros no catalogados", en *Miscelánea histórica asturiana*. Oviedo, pp. 133-143.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLÉS, J.M. (1978): *Asturias protohistórica. Historia de Asturias 2*. Salinas.
- JORDÁ, F., MANZANO, M.P., JORDÁ PARDO, J.F., GONZÁLEZ-TABLAS, F.J., CARROCERA, E. y BÉCARES, J. (1989): "El castro asturiano de San Chuis", *Revista de Arqueología, 95*, 38-48.
- MANZANO HERNÁNDEZ, M.P. (1987): Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuis. Pola de Allande. *Zephyrus*, 39-40, 1986-1987, 397-410.
- MARCOS, A. y RUIZ, F. (1978): *San Martín de Oscos. Mapa Geológico de España E. 1:50.000*. Instituto Geológico y Minero de España. Ministerio de Industria. Madrid.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, Monografías de Estudios de la Antigüedad  $\frac{3}{4}$ , Barcelona.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1995): "Minería y metalurgia de la región astur en la antigüedad", *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*, 141-157. Gran Enciclopedia Asturiana. Gijón.
- VILLA VALDÉS, A. (1992): "Breve resumen de los inventarios arqueológicos de Grandas de Salime, San Martín de Oscos, Santa Eulalia de Oscos y Villanueva de Oscos", *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2, 1987-90*, 223-225. Principado de Asturias.
- VILLA VALDÉS, A. (2002): "Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias", en M.A. de Blas y A. Villa (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Navia: 159-188.
- VILLA VALDÉS, A. (2004): "Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el castro de Chao Samartín, Asturias (España)" en A. Perea, I. Montero y O. García (eds): *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de Archivo Español de Arqueología. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 253-264.

- VILLA VALDÉS, A. (2005): *El castro de Chao Samartín Samartín. Guía para su interpretación y visita*. Oviedo.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 a): "Reseña del inventario arqueológico del concejo de Coaña y algunos apuntes relativos a su poblamiento prehistórico", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*. Oviedo, 413-418.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 b): "Intervención en los edificios termales en el castro de Pencia (Boal): reexcavación, lectura y consolidación con *Addenda Judicial*", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*. Oviedo, 283-294.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 c): "Saunas castreñas en poblados fortificados de Asturias y Galicia", en A. Coelho (Coord.): *Pedra Formosa*. Vila Nova de Famalicao, 66-92.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 d): "Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.)", en J. A. Fernández-Tresguerres (Coord.): *Astures y romanos: nuevas perspectivas*. Oviedo, 27-60.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 e): "El castro de El Picón (La Coroza, Tapia de Casariego): un poblado de la Edad del Bronce en la marina occidental asturiana", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*. Oviedo, 277-282.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 f): "El Pico San Chuis: reseña de un yacimiento pionero en la investigación castreña en Asturias", en *Sautuola XII*. Santander, 167-179.
- VILLA VALDÉS, A. (2007 g): "El Chao Samartín (Grandas de Salime) y el paisaje fortificado en la Asturias Protohistórica", en P. Moret y L. Berrocal (Coord.): *Paisajes fortificados en la Protohistoria de la Península Ibérica*. Madrid.
- VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L. (2003): "Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación", *Trabajos de Prehistoria* 60-2, Madrid: 143-151.
- VILLA, A.; DE FRANCISCO, J. y ALFÖLDY, G. (2005): "Noticia del hallazgo de un epígrafe altoimperial en el lugar de Pelou, Grandas de Salime (Asturias)", en *Archivo Español de Arqueología* 78, 2005. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, pp. 257-260.
- VILLA VALDÉS, A.; GIL SENDINO, F. (2006): "Aproximación al modelo de implantación de Roma en Asturias", en M.P. GARCÍA-BELLIDO (Coord.): *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.). El abastecimiento de moneda*. Anejos de Gladius 9, Vol. II, 2006. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 493-500.
- VILLA VALDÉS, A. y MENÉNDEZ GRANDA, A. (e.p.): "Secuencia cronoestratigráfica de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias)", en *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*. Oviedo, e.p.
- VILLA, A.; MENÉNDEZ, A. y GIL, F. (2006): "Fortificaciones romanas en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)", en Á. Morillo (coord.): *Actas del II Coloquio de Arqueología Militar Romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. Universidad de León, 581-599.
- VILLA, A.; MENÉNDEZ, A. y FANJUL, J.A. (2007): "Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os Castros, en Taramundi", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*. Oviedo, 267-276.

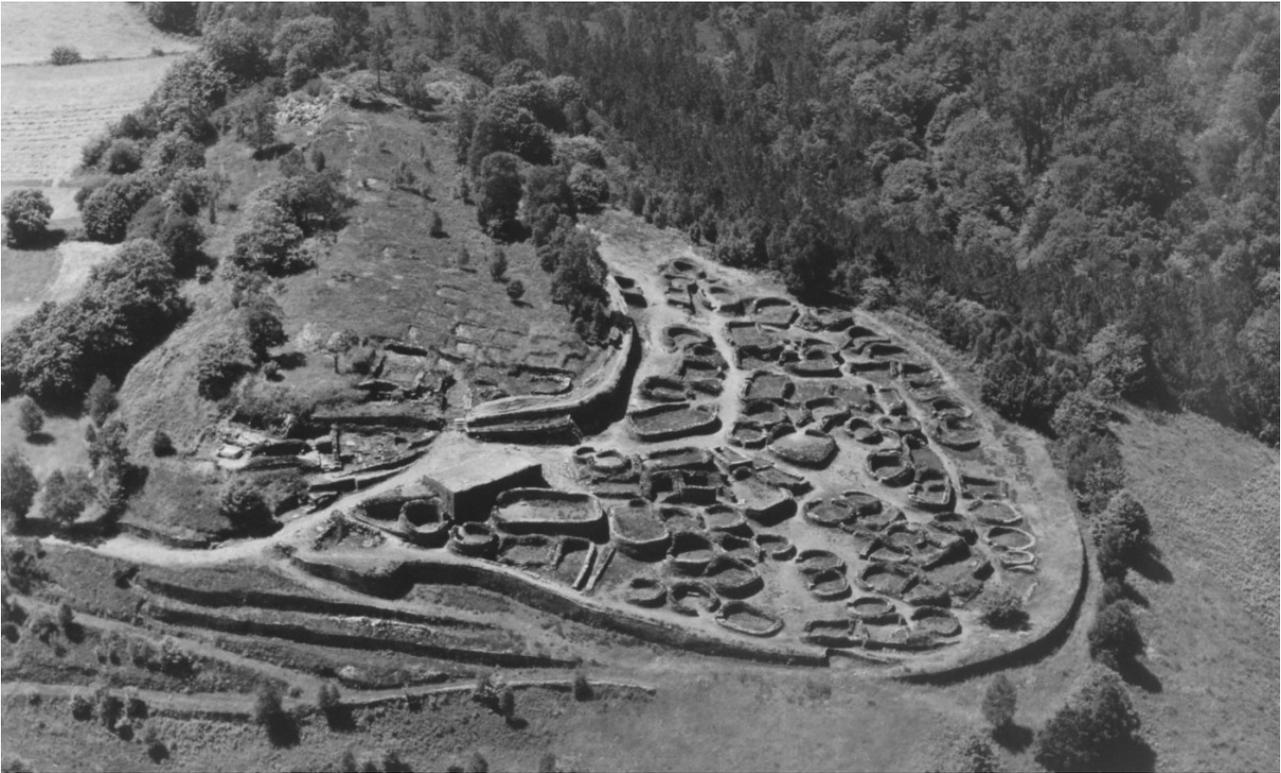
## 12. Ilustraciones:



**Figura 1:** Mapa con la localización de los lugares citados en el texto.



**Figura 2:** Castillo de San Martín (Soto del Barco). Castro sobre la desembocadura del río Nalón, excavado entre 1992 y 1994. Su ocupación se remonta a la I Edad del Hierro (Villa, 2007g).



**Figura 3:** El Castellón de Villacondide, más conocido como Castro de Coaña. Es el más extensamente excavado en Asturias con más de 80 construcciones exhumadas.



**Figura 4:** Anaparástasis del Castro de Coaña. Los dibujos de Antonio García y Bellido realizados durante sus excavaciones en el yacimiento popularizaron en toda Europa la imagen de Coaña, fijando así la iconografía de los poblados fortificados de la Edad del Hierro.



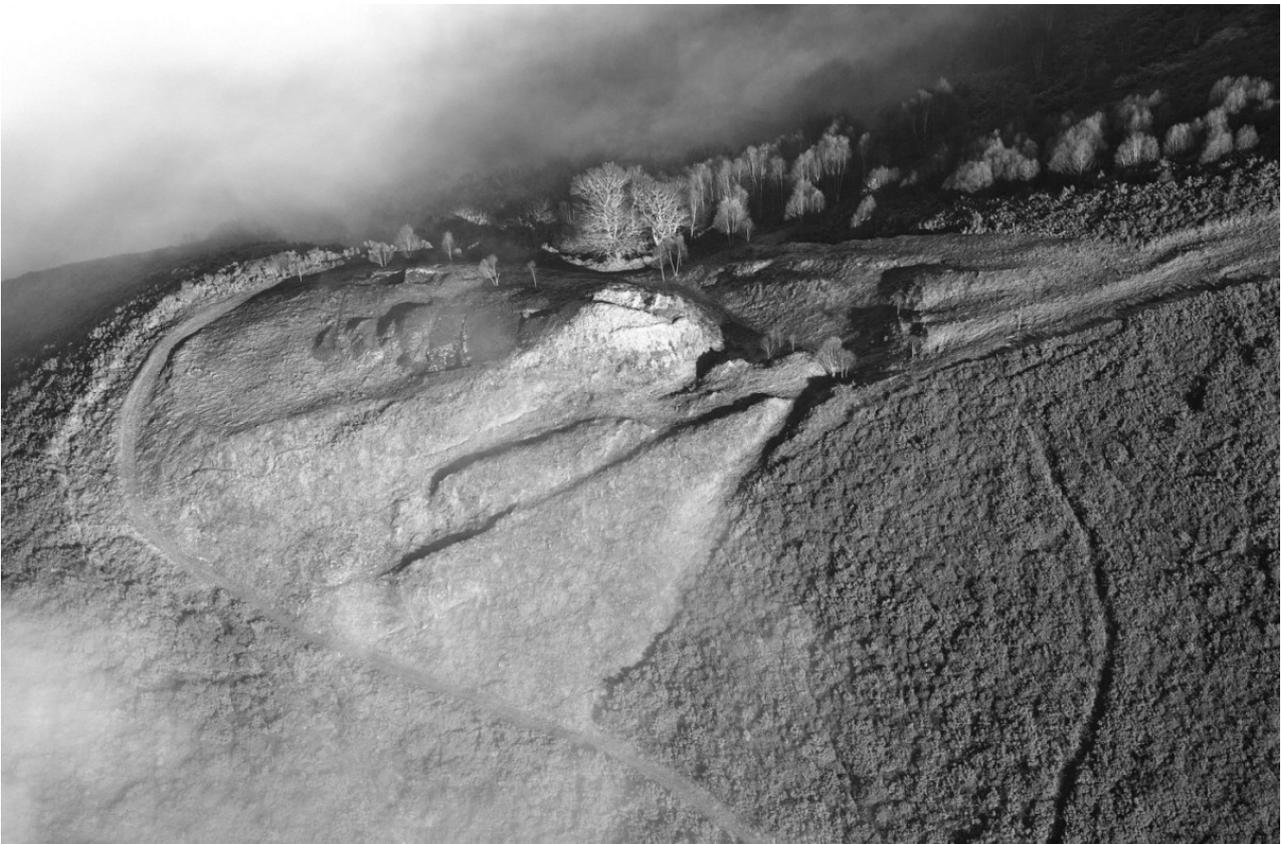
**Figura 5:** Monte del Castro, en Mohías (Coaña).



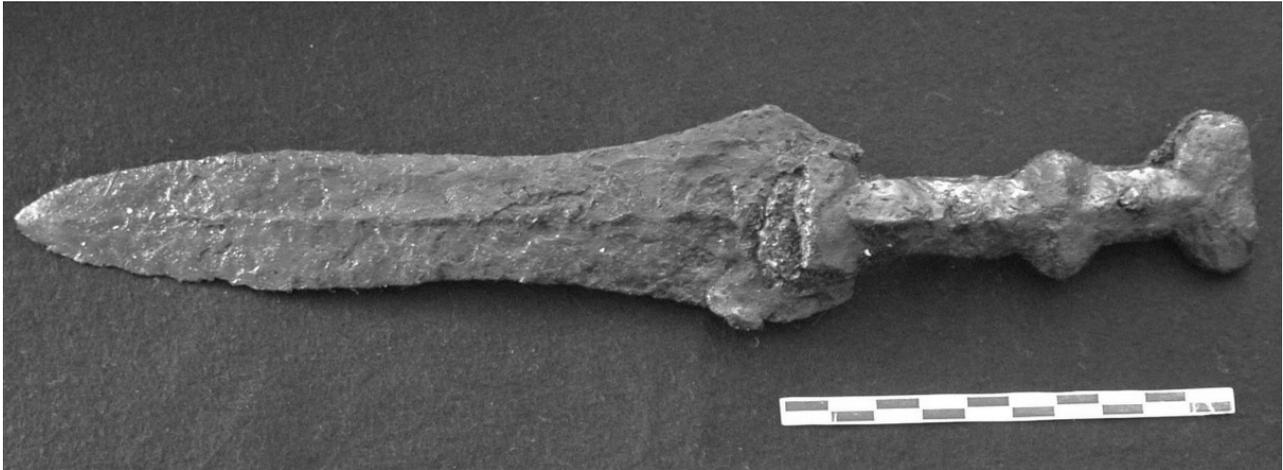
**Figura 6:** El Castro de Pencia (Boal).



**Figura 7:** El Castro de Pencia (Boal). Sauna. A partir del siglo IV a.C. comienzan a generalizarse en los castros del valle del Navia edificios de tipo termal que perdurarán, con diversas modificaciones hasta época romana.



**Figura 8:** Monte Castrelo de Pelou (Grandas de Salime). Por su posición y morfología fue considerado hasta su excavación un castro de fundación romana. En realidad su origen se remonta, al menos, al siglo V a.C.



**Figura 9:** Monte Castrelo de Pelou. Puñal legionario. Durante el siglo I d.C. el *castelum* albergó un destacamento probablemente vinculado con la *civitas* del Chao Samartín (¿*Ocela*?).



**Figura 10:** El Picón, en Corozas (Tapia de Casariego). Castro con un amplio dominio de la rasa litoral cuya ocupación se remonta al Bronce Final y se prolonga hasta época romana.



**Figura 11:** El Picón, en Corozas (Tapia de Casariego). Muralla de la Edad del Bronce que delimita la corona superior del asentamiento.



**Figura 12:** Os Castros (Taramundi). Poblado fortificado desde el siglo VIII a.C. que prolonga su ocupación hasta el siglo II d.C.



**Figura 13:** Os Castros (Taramundi). El yacimiento ofrece una expresiva superposición de estructuras con superposición de la trama romana sobre la de la Edad del Hierro, construída a su vez sobre las defensas subyacentes de fines de la Edad del Bronce o I Edad del Hierro.



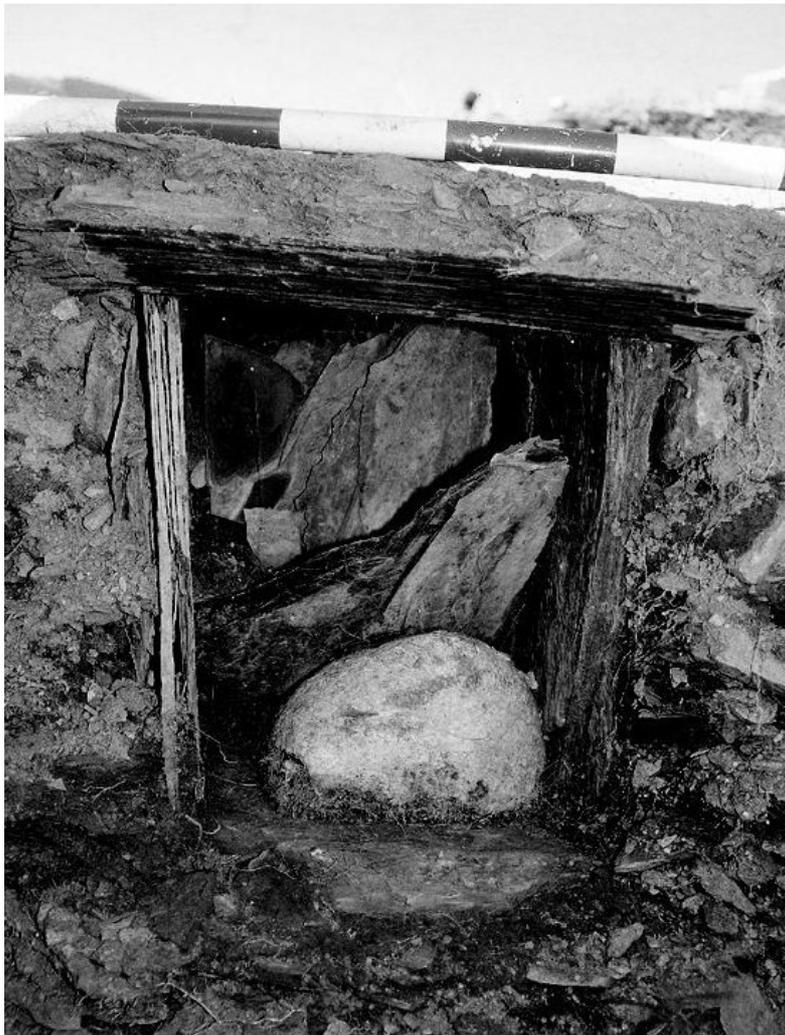
**Figura 14:** Castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande). Con un gran dominio visual el poblado debió jugar desde su fundación, hacia el siglo VIII a.C., un papel de centralidad renovado en época romana, tal vez como una de las *caput civitatis* del territorio de los pécicos.



**Figura 15:** Castro de San Chuis (Allande). Muralla de módulos levantada durante la II Edad del Hierro sobre otra cerca anterior datada hacia el siglo VIII a.C. (Villa & Menéndez, e.p.).



**Figura 16:** Chao Samartín, Castro (Grandas de Salime). Asentamiento fortificado desde el Bronce Final con perduración hasta el siglo II d.C.



**Figura 17:** Chao Samartín (Grandas de Salime). Depósito funerario instalado en la puerta de la Acrópolis (hacia el 800 a.C.).



**Figura 18:** Chao Samartín (Grandas de Salime). Murallas compartimentadas levantadas durante el siglo IV a.C. sobre defensas preexistentes, entre ellas una muralla de traza lineal continua.



**Figura 19:** Chao Samartín (Grandas de Salime). Edificio abierto a modo de plaza frente a la puerta del poblado. Reinterpretación romana de las grandes casas de asamblea indígenas y que se repite, con dimensiones y disposición similar, en el denominado "torreón" de Coaña (Villa, 2007d: 46).



**Figura 20:** Chao Samartín (Grandas de Salime). *Domus*. Durante el siglo I d.C. el poblado se consolidó como capital administrativa comarcal y residencia de personal militar.

# LOS ESCENARIOS BÉLICOS DE LA CARISA Y DE LA MESA

Jorge Camino Mayor\*, Yolanda Viniegra Pacheco\* y Rogelio Estrada García\*

## 1. Los inicios.

Se conoce por La Carisa al sector más elevado de la sierra que arranca del eje de la Cordillera y con dirección N llega hasta el encuentro de los ríos Lena y Aller en las inmediaciones de Ujo. La zona alta que alberga los principales vestigios arqueológicos alcanza alturas comprendidas entre 1.400 y 2.000 m. Es un cordal estrecho de cimas redondeadas y desoladas que en su mayor parte hace divisoria entre los concejos de Aller y Lena. Hay, al menos, otra Carisa de cierto renombre actual que corresponde a un barrio ovetense, de la que luego tendremos ocasión de hablar.

La historia de La Carisa es ya larga. Fue el erudito y militar Elías García-Tuñón y Quirós el que primero identificó los vestigios arqueológicos. Tras tener noticia de que un vaquero había encontrado una extraña plancha de bronce con relieves, que no tuvo dudas en asignar a un casco legionario romano, ascendió a mediados del siglo XIX hasta esas cumbres, quizá espoleado por informaciones acerca de unas extrañas trincheras que rodeaban el monte Curriechos y de leyendas de batallas con los moros. La formación militar de D. Elías le permitió comprender que los largos fosos y taludes de Curriechos eran auténticas fortificaciones, de origen muy antiguo, para cerrar la cumbre explanada que emergía dominando todo el entorno hasta las crestas de la Cordillera. No tuvo duda en correlacionar estas defensas con el casco, así como con una pieza de otro aparecida algo después, ni tampoco con unos imprecisos restos localizados en El Homón de Faro. Igualmente, creyó que el profundo foso de La Cava, paraje situado a 2 km de Curriechos, debía rodear la totalidad de esa parte de la sierra englobando a las trincheras de Curriechos. Una vez más la lógica militar de D. Elías le lleva a valorar la excepcionalidad de esos vestigios situados en yermos parajes a tanta altitud que durante la mitad del año permanecían cubiertos por densos mantos de hielo y nieve. Realiza un análisis de conjunto y, tras considerar la tosquedad de las obras de fortificación de Curriechos, descarta su naturaleza romana inclinándose por una factura indígena. Pero los cascos denunciaban una presencia romana, a la que agregó la intervención de Publio Carisio, el general romano, legado del César Octavio Augusto en las guerras de conquista del N peninsular, cuyo nombre perduraría en el topónimo Carisa aplicado a la sierra. Con sus nociones de estrategia atribuyó el foso de La Cava a una obra de circunvalación para cercar el reducto de Curriechos. Con todo ello, no le hacía falta mucho más para concluir que se trataba de un escenario de las guerras cántabras. Es más, a la luz de las noticias de Floro y Orosio, propuso su identificación con el ya célebre *Mons Medullius*, el último refugio de los cantabro-ástures ante la acometida romana, y reconoce algún paraje donde tendría lugar la hecatombe de los últimos resistentes. Tuñón y Quirós llegó a elaborar un análisis territorial del despliegue militar por el centro de Asturias incorporando imaginativas deducciones toponímicas y estratégicas. Hoy también resulta difícil deslindar qué argumentos están inspirados en centenarias tradiciones populares o son fruto de sus razonamientos. Su obra se plasmó en un folleto de 12 páginas, con el evocador título de *Memorias sobre las guerras que los romanos hicieron en Asturias* que vio la luz en 1858, luego editado por entregas en el periódico El Faro Asturiano durante los años 1860 y 1861. Por esta aportación histórica a una guerra del pasado en su hoja de servicios militares figura una nota de reconocimiento por su superior.

---

\* Asociación de amigos de La Carisa.

A la luz actual no cabe otra actitud que rendirse ante la genialidad de las conclusiones de Tuñón y Quirós. Tuvo el mérito de reconocer los vestigios arqueológicos cuando la arqueología no existía como disciplina científica y apenas se sabía nada de castros ni de campamentos romanos.

Las ideas de Tuñón y Quirós pecaron más de ser prematuras para su tiempo, que por las equivocaciones o ligerezas que puedan detectarse ante la mirada crítica de la ciencia actual. Sus teorías no le sobrevivieron muchos años. El asturianista y polígrafo Julio Somoza, en la obra de 1908, *Gijón en la Historia General de Asturias*, centró mucha de su crítica en ella. No viene al caso penetrar en prolijidades historiográficas, pero lo cierto es que La Carisa y los restos del monte Curriechos fueron olvidándose. Aun siendo seguramente errónea, es irónico que una de las pocas propuestas que se hicieron en España con una base arqueológica real y dotada de una ubicación geográfica admisible para la identificación del monte Medulio haya pasado totalmente desapercibida.

Constantino Cabal, en su célebre obra de 1953 *La Asturias que venció Roma*, recoge sin prejuicios las propuestas de Tuñón y Quirós. De su erudición surgen dos nuevas noticias: por una daba cuenta del hallazgo por aquellos años de una punta de lanza de bronce en el puerto de La Carisa, la otra, más trascendente fue el reconocimiento del nombre de La Carisa coincidiendo con la sierra actual en un diploma del año 1036, basado en otro anterior, del rey Fernando I. La conclusión de Cabal era que la antigüedad de esta referencia documental respaldaba su derivación etimológica del general romano. Sin embargo, a Constantino Cabal, quizá por su estilo desbordante y poco crítico, tampoco los historiadores de la antigüedad ni los arqueólogos lo tuvieron mucho en cuenta.

La Carisa no fue visitada con ojos arqueológicos hasta 1964, momento en que José Manuel reconoció las huellas de las fortificaciones del monte Curriechos. Después de un minucioso examen reflejado en un certero croquis, acabó considerándolo un castro. Entonces ya se había perdido la relación de este lugar con las lejanas noticias de Tuñón y Quirós. Son muchas las dudas que levanta esta visita de J.M. González, una la del propio nombre del Castichu que le asignó y que es desconocido en la zona. Otra que no lo vinculase a la vía romana que el mismo acabó reconociendo, ni que lo englobase entre el modelo de castros pastoriles que él había perfeccionado para el castro de Zureda situado a mucha menor elevación.

La segunda gran aportación arqueológica fue el descubrimiento del camino romano. José Bonifacio Sánchez, un geólogo y montañero allerano no hace mucho fallecido, publicó en 1970 en *La Nueva España* dos reportajes en los que atribuye un origen romano al viejo camino que desde el alto valle de Pendilla –en León– cruzaba la Cordillera por La Cochá Propinde y recorría todo el cordal de Carraceo o de La Carisa hasta Carabanzo. Manuel Mallo, conspicuo archivero de descubrimientos arqueológicos y memoria viva de aquellos tiempos, fue quien llamó la atención de José Manuel acerca de este relevante hallazgo. José Manuel, acompañado por su sobrino Diógenes García, recorrió en 1974 el camino de la sierra. Los resultados de esta expedición, que ratificaban la naturaleza romana del camino, fueron dados a conocer el 26 de febrero de 1976 en una conferencia en el Ateneo de Oviedo con motivo de la presentación de su libro *Miscelánea Histórica Asturiana*.

Aunque su fallecimiento impidió la publicación del estudio, la autoridad de su juicio valió para que el origen romano de aquel camino llamado de La Carisa fuese aceptado en los foros arqueológicos oficiales, de tal manera que reputados investigadores del mundo romano como Francisco Diego Santos o Carmen Fernández Ochoa lo incluyeron en sus obras de finales de los setenta y comienzos de los ochenta informando de sus características principales. La Carisa recuperaba un lugar en la historia regional, aunque fuera bajo un aspecto diferente al de su primera eclosión decimonónica. Además, ahora corrían tiempos muy distintos a los que conoció Tuñón y Quirós, y la proliferación de

estudiosos, por más que nunca sean numerosos en el campo arqueológico, provocaban nuevas visiones y reiteraciones en el tratamiento de viejos asuntos. Por ejemplo, José Luis Maya no dejó de incluir al Castichu de La Carisa en sus monografías sobre los castros regionales, remarcando algunas de sus peculiares condiciones recogidas por José Manuel, tales como su elevadísima situación o la incorporación de una fuente por unas extrañas líneas de fosos. Creo que fue su seguimiento de la obra de Somoza, y también de la de Cabal, lo que le permitió identificar el castro de El Castichu con el monte Curriechos y sus antiguos hallazgos que hasta ahora permanecían como dos realidades disociadas. También pudo incorporar el dato de la existencia de la vía romana en una visión de conjunto. Pero Maya siguió considerando las fortificaciones como castreñas y, conforme a su visión de esa cultura, las atribuyó a una etapa prerromana y lo incorporó al modelo de castros especializados en actividades pastoriles estivales siguiendo antiguas rutas ganaderas. A tenor de los vestigios romanos, planteó una reocupación en esa etapa que podía relacionarse con el control de la vía. Como Somoza, rechazó cualquier nexo con las guerras cántabras y, consiguientemente, toda la teoría de Tuñón y Quirós. En Maya pesó, sin duda, la imagen un tanto estandarizada, de acuerdo con formas castreñas, de los croquis de José Manuel y el hecho probable de que nunca hubiese llegado a pisar La Carisa.

Así es que, a la vista, de este repaso historiográfico, La Carisa y sus restos eran conocidos de alguna forma desde hace más de siglo y medio, llegando a acaparar cierto protagonismo entre algunos sectores de la sociedad y en los medios de comunicación asturianos en diversos momentos. Y de ella se habían ocupado buena parte de la pléyade de investigadores regionales del pasado. Está claro que no había una opinión uniforme, aunque la imagen del castro y de la vía se había consolidado, y no existía una idea interconectada entre los vestigios de distinta naturaleza. En definitiva, un examen algo exhaustivo revelaba la vaguedad de muchos datos, lo que complicaba todo intento de interpretación histórica dotada de fehaciente entidad. El onomástico Carisio –tal vez de Publio Carisio- aparecía como un referente histórico, como un vago telón de fondo, pero sin una relación manifiesta con los diversos vestigios conocidos en la sierra que perpetuaba su nombre.

## **2. La Carisa en la actualidad.**

La modificación de la percepción que se tenía de La Carisa se produjo por un evento a medio camino entre lo casual y las consecuencias de actividades arqueológicas sistemáticas. En un rápido reconocimiento del enclave había un atributo que predisponía al completo replanteamiento del concepto castreño que se tenía del mismo. Me refiero a lo que ya José Bonifacio Sánchez y José Manuel González llamaron fosos dobles, esto es, líneas defensivas formadas en este caso por dos pequeños fosos que corren paralelos y separados por un estrecho parapeto o contrafoso. En la antigua poliorcética –tratado y estudio de las fortificaciones- es bien sabido que Cayo Julio César, según él mismo narra en sus obras acerca de La Guerra de las Galias y la Guerra Civil, empleaba frecuentemente en la protección de los campamentos de campaña la fossa duplex, que no es más que un doble foso. La arqueología ofrece múltiples ejemplos de esta clase de defensas tanto en regiones europeas, como ya también en nuestro país. Y es que algunas de las trincheras del monte Curriechos eran exactamente iguales a las que, por ejemplo, el ejército de Julio César cavó en la circunvalación del sitio de Alesia. A este significativo indicio se sumaron otros coincidentes en la misma hipótesis, como que el tamaño global del espacio ocupado era enorme, tanto que lo convertía en una de las fortificaciones más grandes de Asturias, o detalles constructivos que eran típicos de las castramentaciones romanas. Además, desde un análisis teórico era muy difícil de aceptar un castro a semejante altitud obligado a una sostener una actividad económica trashumante o transterminante que en modo alguno está acreditada en el modelo del

poblamiento castreño. Por si fuera poco, en la vecina Cantabria pioneras investigaciones estaban dando a conocer recintos campamentales en altura surgidos con motivo de las operaciones de las guerras cántabras. Finalmente, había otro dato trascendente que no podía desdeñarse: la presencia de la vía tenida por romana atravesando la Cordillera y pasando al pie de las fortificaciones. Si las instalaciones de Curriechos eran militares, ambas realidades demandaban una conexión común, porque es norma, que todo campamento romano esté asociado a una vía de comunicación, algo totalmente lógico si se piensa en el *modus operandi* del ejército romano de tiempos tardo-republicanos. Ciertamente, no podemos ocultar, que la aceptación del campamento, su localización geográfica y condiciones defensivas extremas predisponían a ir mucho más allá en cuanto a su función y significado histórico. Era, en definitiva, el momento de volver al principio, a Tuñón y Quirós, para retomar y actualizar sus teorías. Pero vayamos por partes.

Es lógico que la primera tarea consistiese en ratificar la naturaleza castramental de las fortificaciones, iniciando una actuación arqueológica que brindase información probatoria por medio de las características constructivas y del descubrimiento de objetos inequívocamente legionarios. Se inició entonces un periodo muy difícil debido a la abierta oposición de algunos cargos institucionales del Principado. Una feliz coincidencia, la señalización de las rutas senderistas de La Carisa, que entonces llevaban a cabo la Federación de Montaña de Asturias y Cajastur, nos abrió las puertas de esta última entidad, que desde ese momento se erigió en mecenas de los trabajos, luego también respaldados por la Consejería de Cultura, y a ambos organismos debemos manifestar una vez más todo el agradecimiento.

He de decir que el estimulante trabajo en La Carisa no está exento de numerosas dificultades y complejidades, en gran parte derivadas de la situación del lugar y de sus peculiares condiciones. Nos encontramos ante unos restos arqueológicos acumulados por una superficie territorial considerable, aún no podemos precisar cuanta. Es preciso recorrer y observar terrenos empinados y de vegetación enmarañada –ambos eternos compañeros de los arqueólogos de monte–, luego acometer amplios desbroces de matorral estorbados por las mismas circunstancias. Vienen después los trabajos de detección y el examen meticuloso hasta la saciedad del terreno. A continuación con los topógrafos vamos elaborando planos de detalle y generales de los restos. Se suman por varias decenas de miles los puntos topográficos anotados y recogidos. Finalmente, las excavaciones, el método de análisis más esperado, es sólo una parte del trabajo, muy constreñida por un imponderable selectivo: el área arqueológica es tan dilatada que sólo pueden y deben acometerse para resolver las cuestiones esenciales. Es aquí una buena ocasión para precisar que las investigaciones en La Carisa son fruto de un trabajo colectivo armónico en el que, además de arqueólogos, intervienen historiadores, topógrafos, geólogos, militares, operarios, montañeros, analistas de distintas especialidades, dibujantes, fotógrafos, etc.

Después de toda esta larga introducción, que no estimo superflua para conocer, en última instancia, el porqué de las cosas, ustedes querrán saber lo que nosotros sabemos ahora de La Carisa, cuáles son nuestras certidumbres e hipótesis, máxime ante la copiosidad informativa –unas veces contradictoria, otras especulativa– desencadenada en los medios de comunicación regionales. Hablando de arqueología nunca es tarea fácil llegar a conclusiones taxativas como las que se derivan de los textos escritos, por más que estos también tengan sus problemas. Como decía el gran helenista Anthony Snodgrass, la documentación arqueológica nunca es completa, y en cambio es ambigua y compleja. Nuestra primera preocupación reside en la identificación de los vestigios, su datación y valoración arqueológicas. Pero tras esta actividad forense, y teniendo en cuenta que nos movemos en un periodo con acontecimientos conocidos por textos

antiguos –aun cuando esta también sea incompleta-, también hemos de afrontar su interpretación histórica, que no es menos problemática.

### 3. El campamento.

Todos los trabajos realizados en el establecimiento del monte Curriechos han corroborado su carácter castramental. La tipología de las defensas a base de los inconfundibles terraplenes –*aggeres*- y fosos es legionaria. Hemos encontrado suficientes evidencias de su complemento con equipamientos vegetales, bien sea de empalizadas que cerraban los paseos de ronda, bien de frisos de estacadas con palos aguzados o ramificados que se insertaban entre las barreras defensivas –*acutissimi valli, cippi, cervi*, etc. mencionados por los tratadistas antiguos- testimoniados por hoyos y acuñamientos con piedras. Algunos azadones, como los que Vegecio recomendaba en la apertura de los fosos, fueron abandonados por los soldados entre las tierras durante el proceso constructivo. Un discreto, pero contumaz, lote de objetos legionarios fue recuperado disperso por los distintos espacios. Desde armamento (puntas y talones de lanza, proyectiles de honda, dardo y gatillo de catapulta), hasta herramientas (azadones, zapapico, hacha, aguijada) o elementos de equipamiento (tachuelas de calzado, apliques de plomo, etc.) y un buen conjunto de las expresivas clavijas de tiendas de campaña, además de otros objetos que por su deterioro requieren un estudio más pausado. De todo ello, especial acento debe ponerse en el pequeño, pero importantísimo, elenco de monedas: un denario de Julio César de en torno al 50 a.C. y tres ases de Augusto, uno parece que procedente de Orange de 29 a.C., otro de Velilla del Ebro emitido hacia 27 a.C. y el tercero acuñado por Publio Carisio en 23 a.C. En fin, todo ello sólo puede ser atribuido a un campamento romano y no a ningún castro reutilizado como no faltan quienes se empeñan en mantener.

Un aspecto que puede generar desconcierto, incluso entre historiadores y arqueólogos, es la rara forma que presentan en planta estas instalaciones militares, cuando lo habitual y reglamentario es que los campamentos adopten plantas rectangulares con las esquinas redondeadas. Sin embargo, ocurre que hasta tiempos cercanos casi todo el conocimiento provenía de campamentos estables y duraderos, que cumplen con exactitud los cánones de proporciones, o de otros temporales identificados precisamente por corresponder a la forma que los investigadores buscan y detectan. Pero los romanos en operaciones de campaña construyeron recintos militares de muy variado tipo, buscando el mejor emplazamiento estratégico, una adaptación al medio topográfico o, sencillamente, condicionados por los avatares bélicos derivados de las acciones enemigas. Y lo mismo puede decirse para comprender su situación a más de 1.700 metros de altura. En definitiva, el campamento de La Carisa, con la yuxtaposición de defensas de diversa trayectoria y el diseño de recintos de ocupación irregulares, obedece a lo que los teóricos clásicos –como el Pseudo Higinio- denominaban los *castra necessaria*, supeditados a alguno de los imperativos antes comentados, aquí especialmente la abrupta orografía de la cordillera Cantábrica.

Por otra parte, hay indicios firmes que coinciden para poder aseverar que la imagen final que muestra el campamento es el resultado de varias reformas y ampliaciones, debido a un uso reiterado sin duda con un incremento de las obras defensivas. Aunque podemos decantarnos hacia una ocupación en dos ciclos, es improbable saber realmente las veces que fue utilizado y durante cuánto tiempo. Todavía no tenemos determinada la amplitud de las instalaciones, aunque sus partes más ostensibles estén bien diferenciadas. Varias terrazas escalonadas por la ladera oriental y otros espacios ligeramente acondicionados apuntan a un desarrollo espacial bastante más considerable del que se creía, y es probable que alcance 8 hectáreas. En su interior emergen a flor de tierra curiosos detalles que evidencian una escasa alteración desde el paso del último ejército por el lugar. Entre ellos quiero destacar la existencia de

pequeños caminos, paseos de ronda y rampas interconectados que habrían de permitir la circulación y distribución de las tropas por el conjunto de las fortificaciones. Y no es de extrañar: el conjunto de todas ellas suman más de dos kilómetros lineales de defensa activa. Así es que desde diversos puntos de vista, y a la espera de cálculos más detallados que están efectuando los militares y geólogos participantes en el estudio, el campamento pudo albergar fácilmente una legión. Obviamente, tal como entendió Tuñón y Quirós, el uso del campamento es estrictamente estacional, limitado a la estación estival, por más que se llegue a plantear un régimen climático algo distinto. No cabe imaginar una permanencia invernal, siquiera por una guarnición. Ni siquiera los romanos estaban equipados entonces para resistir un clima glacial y los suministros quedarían interrumpidos. Como ilustrativa anéctoda tengo que contar que en dos ocasiones nuestra de tienda de campaña colocada con todas las precauciones montañeras fue arrancada por los violentos vientos que en ocasiones azotan esos parajes.

Desde el punto de vista cronológico los restos de equipamiento encajan bien entre los repertorios del final de la República y durante el Principado de Augusto. Evidentemente, las monedas deparan un marco más preciso con los tres ases acuñados en la década de los años veinte del siglo I a.C., dos de ellos en los años inmediatamente anteriores a las guerras y el de Carisio de plena contienda. Son piezas de pago militar que suelen tener una amortización muy rápida. El denario de Julio César, algo anterior, pudo pervivir hasta su pérdida en La Carisa debido a su mayor valor. Así es que los hallazgos del campamento coinciden plenamente con el periodo de las guerras astur-cántabras entre los años 29-19 a.C. Siendo redundante en ello las características bélicas del campamento, según hemos comentado. Es incuestionable que el desproporcionado esfuerzo defensivo del campamento, con sucesivas barreras de fortificación, excepcionales fosas cuádruplex y líneas adelantadas como un *ante frontem castrorum* sólo parecen encontrar explicación por una situación real de amenaza bélica.

#### 4. La vía romana.

Pasando ahora a la vía de comunicación, aún no hemos profundizado mucho en su estudio. Sabemos, eso sí, que proviene del valle de Pendilla. Al cruzar el eje de la Cordillera conserva uno de los tramos originales más espectaculares de su trazado. Poco antes de llegar al puerto inicia un ascenso lateral mediante varios quiebros en zigzag –los codos de muchas vías romanas, tornos en nuestra tierra- para entrar en la vertiente asturiana a 1.800 m atravesando muy horizontal la pared del pico Tresconceyos. La anchura de plataforma del camino de 5 a 6 metros debía de aliviar un poco el ánimo de soldados y caballerías ante los inacabables precipicios. Después la vía transitaba por debajo del campamento y, acomodada a la larga dorsal de la sierra encadenaba collados –los portichus- y sorteaba cumbres para llegar a Carabanzo, a las puertas de Ujo. Este camino está muy transformado por pistas y perdido por erosiones, pero algunas fotografías aéreas dejan entrever la entidad de algunos segmentos arrinconados. Todo el trazado por la sierra responde a una finalidad estratégica impuesta por unos objetivos militares.

La vía no se quedaba en las montañas. Debía de proseguir hasta el centro de nuestra región, quizá siguiendo la ruta de El Padrún, Olloniego, San Esteban de Las Cruces y, por ese histórico rumbo, llegamos a la otra Carisa, la del actual barrio ovetense. No hay nada definitivo al respecto, pero ese topónimo se aplicaba a unas fincas adosadas a una vieja caja de camino, cuyo trazado, cortado por el vial borbónico de La Corredoria, llevaba al puente viejo de Lugones. No resulta tan atrevido empezar a pensar que ambas Carisas, la serrana y la ovetense, estén emparentadas por el largo camino que las unía. Tampoco es demasiado suponer que desde Lugones la vía prosiguiese hacia la ubicación de *Lucus Asturum* y, por las razones que luego habremos

de exponer, hasta la bahía de Gijón, en cuyo costado de la Campa Torres estaba el *oppidum* Noega.

La derivación etimológica de Carisa del onomástico romano Carisio pocas dudas ha suscitado a los filólogos. Ahora que sólidos testimonios arqueológicos relacionados con las guerras de conquista ratifican su origen romano, la asignación de la construcción de la vía al momento de gobierno militar ejercido por Publio Carisio es obligada. Y es aquel documento del siglo XI, citado por Constantino Cabal, el que otorga fe a la antigüedad del topónimo, libre de contaminaciones posteriores que hayan pretendido la invención de una tradición. Nada hay de nuevo en la propuesta: numerosas vías del Imperio portan el nombre en género femenino de los mandatarios bajo cuyo ejercicio del cargo eran realizadas. Y, con esto no estamos diciendo que toda la vía sea de nueva planta y de un único momento constructivo, ni tampoco que no pueda reutilizar en algunos casos caminos protohistóricos anteriores.

### **5. Las fortificaciones de El Homón de Faro.**

En el transcurso de la primera campaña de trabajo en el campamento, de resultas de diversas exploraciones por el entorno, se produjo el descubrimiento de las fortificaciones de El Homón de Faro, llamadas a ocupar otra página de nuestra historia. Creo que no hay ningún arqueólogo, tanto antes como después de comenzar la excavación, que no haya quedado sinceramente desconcertado con las mismas, lo que podemos hacer extensivo a nuestros colaboradores militares. Dichas fortificaciones se localizan a un kilómetro del campamento siguiendo la sierra hacia el N, y a casi 1.650 metros de altitud aprovechan un ligero remonte del terreno como lugar de asiento. Están integradas por dos barreras más o menos paralelas que cortan la cresta de la sierra y descienden cerca de 400 m cerrando la ladera occidental. Sus extremos quedan suspendidos sobre el abismo de fragosos valles. Su ubicación fue cuidadosamente calculada para cerrar el paso por la sierra con suficiencia estratégica por medio de la utilización de todas las ventajas topográficas. El paraje es estrecho, en pendiente e inabordable por ninguna otra posición dominante. Desde este lugar se controla a una distancia de más de 4 kilómetros la entrada por el puerto, y a sus pies transcurre la vía Carisa. Es, en suma, una defensa lineal que corta la circulación a través de la sierra y, por consiguiente, también la vía romana.

Las excavaciones de varios sectores en la zona de la dorsal han mostrado realidades diversas. Solo es uniforme la primera barrera formada por un talud cortado en la roca de entre 3 y 4 de altura. Sobre él se erige un frente de muralla que en algunos puntos mantiene aún casi dos metros de elevación. Sus más de seis metros de anchura le confieren una reputada entidad defensiva. Formada por dos hojas de sillarejo tabular tirado en hiladas horizontales de juntas muy recebadas con barro, su núcleo es ocupado por un relleno de piedra y cascote. Tiene, asimismo, la peculiaridad de estar dividido su interior por muretes transversales que dan lugar a cajones orgánicamente estancos en la estructura de la obra, conformes al patrón de las murallas de módulos o cajones que tanto abundan en los castros asturianos de fines de la Edad del Hierro o de tiempos romanos. Hay que subrayar que la berma o plataforma externa de esta muralla sella un núcleo de piedras muy desarticulado que pertenece a otra muralla anterior desprovista ya de sus caras externas.

En otro sector abierto a unas decenas de metros, la muralla adquiere una fisonomía distinta. Ahora es una obra más tosca, reducida a un cinturón de piedras de menos de 2 metros de anchura que servía de soporte a un grueso relleno que origina el paseo de ronda. La debilidad de la obra era subsanada con el revestimiento de una estructura de madera de carvallo constituida seguramente por postes verticales y montantes horizontales, varios de cuyos vestigios aparecieron carbonizados. La muralla

de módulos no llega hasta aquí. Es posible que este segmento corresponda a la muralla vieja o que se produzcan enlaces diferentes. Aun no lo sabemos con seguridad.

Un denominador es común al conjunto de las murallas: la profunda destrucción que las afecta y no nos referimos a causas naturales o humanas recientes. Largos tramos de los paramentos fueron arrancados hasta la base, en el frente de la muralla de módulos se abrieron brechas mediante zapas externas que arrancan desde la base para socavar los cimientos y parecen coincidir con las juntas de los módulos. Finalmente, en el último de los sectores exhumado no sólo el lienzo fue lanzado ladera abajo, sino que el revestimiento de madera fue incendiado. El violento efecto de este fuego provocó el enrojecimiento y resquebrajamiento de las piedras e, inclusive, la reducción de los óxidos de hierro en burbujas superficiales. Estas acciones no parecen fruto de un asedio, sino de una desmantelación posterior a la toma de la plaza.

Pocos vestigios han aparecido en este espacio: algunos huesos de corzo de dudosa cronología y varios restos de escorias generados por actividades de forja o fundición de hierro. Lo más destacado fueron los centenares de cantos rodados acumulados a modo de arsenal tras la muralla de módulos, cuyo peso medio es superior a 500 gramos. Los estudios geológicos han demostrado que la fuente de este material son unas pudingas situadas a casi una decena de kilómetros en la misma sierra. La uniformidad de su selección y el largo acarreo subrayan su uso específico como proyectiles de honda o, quién sabe, si de algún artefacto artillero.

La datación de estos vestigios planteaba una problemática bastante diferente a la del campamento romano, según lo analizamos con cierto detenimiento en el libro que sobre La Carisa fue publicado el año pasado. Sintetizando mucho, bastará que digamos decir partíamos de un paradigma de enfrentamiento a la invasión romana. La perfecta acomodación tipológica de los restos a la Edad del Hierro regional, en particular remarcada por la muralla de módulos, unido a la oposición estratégica, funcional y topográfica al campamento nos impulsó a sostener una adscripción a las guerras contra Roma. La propia localización del campamento y la disposición de sus defensas podían encontrar explicación en la contención al avance militar como consecuencia de las barreras indígenas. La munición de cantos no es extraña a ese contexto y de hecho comparece en uno de los asedios del frente cántabro. Inclusive las varias fases de ocupación de unas instalaciones y otras podían deberse a una dependencia mutua y la reiteración estacional de las operaciones. En fin, las fuentes clásicas refieren en varias ocasiones como las fuerzas indígenas buscaban refugio en las elevadas cumbres de la Cordillera. A pesar de este aparato argumental, la objetividad científica exige la utilización de todos los medios probatorios. De modo que, concebimos las excavaciones del año 2005 especialmente dirigidas a la datación de estas obras. La aparición de maderas quemadas por el incendio y de otros vegetales carbonizados permitió los análisis por el método del carbono-14 y su posterior calibración. Los resultados fueron sorprendentes por inesperados. Tres dataciones son prácticamente idénticas y, expuesto en términos matemáticos, tienen el 68% posibilidades de situarse en la segunda mitad del siglo VII y primera década del VIII d.C. La cuarta tiene un intervalo de validez algo mayor llegando al ecuador del siglo VIII d.C. Algunos otros métodos de calibración proponen una extensión de la probabilidad hasta casi el 740 de la era. La extraordinaria coherencia y precisión de estas dataciones obliga a tenerlas en cuenta para fechar gran parte de las obras defensivas de El Homón de Faro, aunque no sabemos todavía si todas pertenecen a ese momento.

Casi un kilómetro por detrás de las barreras de El Homón, en el collado conocido con el evocador nombre de La Cava –donde Tuñón y Quirós situaba el gran foso del monte Medulio- rompen el terreno tres descomunales fosos paralelos de unos 200 metros de longitud, alcanzando uno 10 metros de profundidad y 25 de ancho en boca. Todo parece indicar que la defensa de esta fortificación se efectuaba desde la vertiente

de El Homón donde se instalaron empalizadas, con lo que cabe sostener que esta fuese la fortificación de retaguardia de las murallas situadas al S, lo que, a su vez llevaría a pensar que sus defensores contaban con resistir un sitio envolvente. Pero esto no es aún seguro y tenemos que investigar más detenidamente toda el área, ya que hay más defensas transversales y da la impresión de que todas se confeccionan en función del paso de la vía. Por aquí hay algunas plataformas resguardadas y con manantiales que pudieron acoger a las fuerzas defensoras mejor que las ásperas cumbres de El Homón.

## **6. El Muro en La Mesa.**

Las fortificaciones lineales de El Homón de Faro nos trajeron a la memoria la fortificación de El Muro que el gran historiador Juan Uría Ríu observara hace más de medio siglo en El Camín Real de la Mesa, entre los concejos de Somiedo y Teverga y cuyo significado no había sido nunca abordado. Ante la tesis de una explicación conjunta con los hechos históricos de La Carisa, iniciamos también aquí el estudio arqueológico de los restos. Aunque la obra no tiene la misma dimensión, las analogías eran asombrosas: misma altitud a 1.650 metros, posición dominando a más de 4 kilómetros la entrada del camino por el puerto, emplazamiento en un estrechamiento de la sierra y trazado cortando el paso del camino. De hecho, a simple vista se aprecia como un ramal del camino es interrumpido por las fortificaciones, mientras que hay otro que las atraviesa, pudiendo establecerse nítidas relaciones constructivas entre estos elementos. Las excavaciones dejaron ver que las defensas consisten en un estrecho y poco profundo foso tallado en la roca, el cual es doblado por un murallón de piedra de 4 metros de anchura y todavía hoy casi 3 de altura en algunos puntos. Toda la obra está muy destruida por desprendimiento de los sillarejos de los paramentos debido a una acción antrópica. Muchos fueron reutilizados en la reapertura de la vía. Se recuperaron algunos elementos militares como una espuela de hierro con abrazaderas de bronce de tipo antiguo y algunas puntas de dardos. Una pequeña semilla depositada en el suelo sobre el que se levantó la muralla arrojó una datación C-14 comprendida entre mediados del siglo VII d.C. y primera década del VIII al 68% de probabilidad, es decir, absolutamente idéntica a las de El Homón. La contemporaneidad entre ambas obras parece así asegurada. Por otra parte, esta cronología presupone un origen anterior para la vía de La Mesa, cuya fábrica romana puede darse por cierta. Su trazado estratégico en altura sería un argumento para considerar su construcción militar, quizá cuando la conquista o poco después.

## **7. Hacia una visión de conjunto.**

Todas estas investigaciones abordan asuntos novedosos en la historia de Asturias, sobre episodios cruciales apenas intuidos hasta hoy día. En La Carisa, y en cierto modo en La Mesa, se superponen dos escenarios bélicos decisivos en los avatares regionales.

Una primera conclusión es que Roma invadió y tomó militarmente las actuales tierras asturianas, algo que desde Jovellanos no estaba ni mucho menos claro. Las operaciones debían de estar bajo el mando de Publio Carisio, quien dirigió las acciones bélicas contra los ástures entre los años 26-22 a.C. El escenario de La Carisa permite comprender que la invasión se concibió mediante un despliegue S-N, desde tierras leonesas hacia la costa siguiendo ejes de avance más o menos lineales a lo largo de las sierras que desde la Cordillera se internan hasta los valles centrales y el litoral. Es el mismo planteamiento observado en Cantabria y al que pudiera responder también La Mesa. Parece aceptable inferir una acción combinada con la armada que actuó desde la costa. Una flota militar de cierta entidad encontraría en la bahía de Gijón el mejor fondeadero del centro de la región y hacia allí parece encaminarse la vía Carisa. Los monumentos a Augusto del cabo Torres y la temprana romanización de la Campa Torres

podieran guardar relación con el protagonismo en la conquista, tal como lo fue *Portus Victoriae* –el puerto de Santander con la vía de El Escudo. En el caso de La Carisa parece lógico que su comienzo y final fuesen, por una parte, el núcleo campamental de León –donde se conocen campamentos de finales de las guerras-, y, por otra, el puerto y la ciudad de Cimadevilla. Por lo que toca a La Mesa su origen en Astorga y su salida al enlace hacia el occidente y centro de la región, además de encaminarse hacia *Flavium Avia* como propuso Paloma García. Esta uniformidad predice una planificación coordinada por el estado de mando romano para conocer los objetivos, el territorio y prever la logística, necesariamente con anterioridad al desencadenamiento de las hostilidades.

El despliegue militar se desarrolló por vías estratégicas como la de La Carisa construidas ex profeso. Por ellas se garantizaba el movimiento rápido y seguro de las tropas y su permanente avituallamiento. La importancia de la vía de La Carisa quedaría de manifiesto en haber articulado las comunicaciones y la organización del poblamiento del centro de Asturias durante los tiempos posteriores. Parece que las principales poblaciones como Gijón y Oviedo surgirán en el curso de esta ruta. Las fortificaciones altomedievales de El Homón de Faro y El Muro corroboran la relevancia estratégica que todavía conservaban las vías de La Carisa y La Mesa en los inicios de la Alta Edad Media.

La construcción de La Carisa y primer despliegue militar ha de corresponder a los años 26-25 a.C. Sólo así se explica la celebración del triunfo por Roma en ese último año. Es factible la presencia de unidades galas, quizá la *Legio V alaudae* que acompañó a Carisio. No obstante, el campamento de La Carisa evidencia reforzamientos defensivos en 23 a.C. o después. Puede suponerse una relación con las revueltas ástures del 22 a.C. comentadas por Dión Casio en las que Carisio llegó a encontrarse en una situación apurada rodeado por los ástures y hubo de ser socorrido por el general Gayo Furnio desde Cantabria. Aunque las instalaciones castramentales del monte Curriechos hayan tenido una función inicial de cobertura logística en el difícil paso de la Cordillera y de vigilancia de la vía, su extraordinario reforzamiento defensivo es difícil de comprender sin una presencia cercana del enemigo. No podemos rechazar completamente aún que el ejército romano hubiese sido frenado por barreras fortificadas en El Homón, ni que en cualquier lugar de la sierra se hubieran llegado a desencadenar enfrentamientos armados de alguna relevancia, por más que no batallas campales. En La Carisa hubo de primar un concepto de guerra de montaña.

Las fortificaciones altomedievales de El Homón y El Muro obedecen a una acción de defensa coordinada para interrumpir las principales arterias con la Meseta, cuyo origen era romano. La cronología obtenida a caballo de los siglos VII y VIII de nuestra era no permite por sí sola discriminar el evento histórico que las motivó. En el horizonte se destacan la sublevación de los ástures que serían sometidos por Wamba en el 680 –según la Crónica de Alfonso III- y la invasión musulmana posterior al 711. Cualquiera de las opciones, sobre todo la primera, se inserta en un largo debate interpretativo entre corrientes historiográficas opuestas. No es aún el momento, ni tenemos tiempo para adentrarnos en esta otra historia. La expedición militar que atravesó La Carisa destruyó y arrasó la fortaleza de El Homón. Se abre ahora una nueva línea de investigación que puede llevar muy lejos. No en vano, estas fortificaciones preludian en unas décadas, quizá solo en unos años, el nacimiento del *Asturorum Regnum* y en ellas pudieran rastrearse algunas de sus claves políticas y sociales.

**8. Ilustraciones:**



**Fig. 1:** Campamento de Curriechos en invierno.



**Fig. 2:** Doble foso del campamento.



**Fig. 3:** Fortificaciones del Homón de Faro.



**Fig. 4:** Fossa y agger del campamento de Curriechos.



**Fig. 5:** Fossa y ager del campamento de Curriechos.



**Fig. 6:** Materiales de Curriechos: clavija de tienda de campaña, As de Publio Carisio emitido en 23 a.C. y azadón romano.



**Fig. 7:** Arsenal de balas de honda junto a la torre de El Homón.



**Fig. 8:** Muralla de El Homón con brecha de destrucción.



**Fig. 9:** Zapa de la muralla de El Homón.



**Fig. 10:** La vía Carisa.



**Fig. 11:** El Muro. Vista general.



**Fig. 12:** El Muro. Muralla y fosos.



# EL CASTILLO DE CURIEL (PEÑAFERRUZ, GIJÓN). UN CASTILLO ALTOMEDIEVAL EN ASTURIAS

José Avelino Gutiérrez González<sup>1</sup>

## 1. Introducción<sup>2</sup>.

El objetivo de este proyecto consistía en conocer la secuencia histórica del concejo de Gijón entre la Antigüedad<sup>3</sup> y la Edad Media: las transformaciones del poblamiento, las formas de ocupación, organización y explotación del territorio, y la dinámica del proceso de feudalización.

Con este propósito se llevaron a cabo entre 1997 y 2002 prospecciones arqueológicas en el sector suroeste del concejo de Gijón (parroquias de Cenero, Porceyo y Ruedes), especialmente en torno al llamado “Camino Antiguo de Gijón”, completadas con documentación diplomático-archivística, microtoponímica, cartográfica y fotográfica; análisis territorial del entorno (recursos naturales, especialmente energéticos y metálicos, hidráulicos, agropecuarios) susceptibles de explotación; prospección intensiva y pormenorizada del asentamiento y su entorno, así como excavaciones en uno de los yacimientos altomedievales más significativos de la zona, identificado con el *castiello de Coriel* o *Curiel*. Además se realizaron otros trabajos interdisciplinares: prospecciones geofísicas de la cima del cerro y sus laderas circundantes, análisis composicionales y estudios ambientales (faunísticos, polínicos, antracológicos, carpológicos, geológicos-sedimentológicos, petrológicos, metálicos, cerámicos, etc.), así como ensayos gráficos e infográficos de reconstrucción del lugar y su entorno<sup>4</sup>.

Además del interés científico, los trabajos histórico-arqueológicos pretendían valorar las posibilidades de conservación y protección, así como su valor sociocultural con vistas a su promoción, divulgación y exposición, trabajos que se completaron en 2003.

## 2. El castillo de Curiel.

En el contexto medieval de ese área destaca la fortificación de “El Picu Alba”, también conocido como “El Castiello”, “La Peña'l Castiellu”, “La Pica” o “La Pica Sergio” de Peñaferruz (parroquia de Cenero, Gijón), tanto por su emplazamiento y morfología como por el conocimiento histórico previo a las intervenciones.

Se emplaza en un cerro de forma troncocónica ampliamente destacado sobre la margen derecha del valle formado por el arroyo de Peñaferruz. Su característica silueta dominante se hace visible desde todos los alrededores en un radio medio de 2 km. La cima presenta una planta de tendencia ovalada, ceñida por una muralla de mampuestos de piedra caliza, de la que se intuía en superficie -antes de iniciar las excavaciones- su trazado general y alguna hilada del paramento.

1 Departamento de Historia, Área de Arqueología. Universidad de Oviedo.

2 Los trabajos aquí reseñados forman parte del “Proyecto Gijón de Investigaciones Arqueológicas: Arqueología e Historia en torno a La Vía de La Plata en el concejo de Gijón (Asturias). Arqueología e Historia Medieval”, (1997-2000) promovido por el Ayuntamiento de Gijón con la colaboración de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias y la Universidad de Oviedo.

3 En época tardorromana destacan en el área el enclave urbano costero de Gijón, así como varias *villae* (Jove, Tremañes, Beloño, Veranes, etc), necrópolis y otros asentamientos rurales. La investigación de esta época, incluyendo las excavaciones en la villa de Veranes, integrada en el “Proyecto Gijón” es dirigida por C. Fernández Ochoa y F. Gil Sendino.

4 La información completa sobre los resultados de la excavación (estructuras, fases, materiales y mobiliario, estudios interdisciplinares) y de la prospección y estudio territorial pueden verse más detalladamente en la monografía dedicada a estos trabajos (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2003).

La finalidad de las actuaciones proyectadas consistía en conocer el aparato defensivo y el sistema constructivo de sus estructuras, así como en establecer estratigráficamente la secuencia cultural y cronológica de la ocupación. La documentación medieval que permite identificarlo con el *castiello de Curiel* (J. M. GONZÁLEZ, 1976) entre los siglos XII y XIII, nos llevaba a considerar este lugar como un importante centro político-militar de gran importancia para la política regia, que destinaba aquí tenentes, y para la articulación de todo el territorio suroccidental de Gijón.

La **secuencia histórica** de los orígenes y evolución del *castiello de Curiel* obtenida a través del registro arqueológico se compone de varias fases de ocupación medieval (fases 1-4), seguidas de varios momentos de abandono y reutilización agraria hasta tiempos recientes (fases 5-8).

## FASE 1

La primera intervención antrópica consistió en el acondicionamiento de la cima del cerro, tallando las irregularidades de la roca caliza; para ello se aprovechó el diaclasado natural que permitía una fácil extracción y obtener superficies angulares regulares. Mediante estas extracciones se obtenía además la materia prima básica para la construcción de las estructuras. La meseta quedó así regularizada con el resalte rocoso de la cima sirviendo de protección y resguardo.

Sobre esa superficie se levantó el primer **recinto amurallado**, con dos paramentos de grandes bloques calizos apenas desbastados entre los que se dispuso un relleno de arcilla y cantos más menudos. La muralla, de 2,5 m de anchura, se ciñe a los bordes de la cima del pico, creando un recinto de planta ovalada.

La estructura más destacada de esta primera obra se localiza en el extremo meridional; es una construcción cuadrangular realizada con sillares de arenisca bien tallados mediante piqueteado y trabados con argamasa. Se trata de una torre o cubo de flanqueo de una entrada orientada hacia la ladera más suave y donde debió encontrarse el primitivo acceso.

Entre las piezas que forman esta estructura destaca la que fue utilizada para hacer la esquina: un fragmento de cabecera de un sarcófago con un hueco ovalado en su interior que fue relleno con arcilla y un bloque redondeado de caliza para darle consistencia. Sin ninguna duda fue reutilizado y procede de otro lugar, como el resto de sillares de arenisca.

El carácter “monumental” de la obra de sillería y el significado simbólico en la reutilización de un sarcófago, subrayan la importancia que adquiriría esta estructura en la fortificación, a semejanza de las construidas en la Antigüedad Tardía, como por ejemplo la puerta romana de la muralla de Gijón. La cronología de esta obra parece, empero, altomedieval, a juzgar por la estratigrafía relativa (pisada por el paramento externo del torreón de la fase 2), los escasos objetos recuperados en su cimentación (ninguna cerámica es anterior a las grises altomedievales) y las dataciones radiocarbónicas que se han obtenido para esta primera fase de ocupación en los suelos del interior. Estaría, así, en consonancia con las obras religiosas prerrománicas conocidas en la región, asociadas a la monarquía asturiana y a los magnates locales, en las que se reutilizan frecuentemente materiales, técnicas y formas de construcción inspiradas o continuadoras de sistemas antiguos.

Por otra parte, al interior del recinto, apoyado contra el paramento interno de la muralla, se identificó un primer horizonte de ocupación coetáneo de esta fortificación inicial. Consiste en una preparación de la roca mediante talla y la disposición de una solera o preparación del suelo con arcillas pardas locales, gravas y cantos para nivelar la superficie irregular del substrato geológico. En ese suelo se localizaron también algunas cubetas (¿silos?) y un hoyo de poste, lo que sugiere una cubierta de madera en la construcción interior del rincón sureste del recinto.

Sobre el suelo y las cubetas se disponen estratos oscuros formados por los vertidos y desechos domésticos de la ocupación: cenizas, carbones, vasijas de cerámica, restos de fauna mayor, microfauna, malacofauna e ictiofauna, metales, tejas, etc.

El extremo septentrional del recinto debió ser un área de trabajo metalúrgico, compuesta por un espacio cerrado donde se encontraba un hogar o fragua relacionada con el trabajo del hierro, a juzgar por los hallazgos de escoria; además, en otros espacios abiertos contiguos se han hallado indicios de la actividad (caleros, escorias...).

En la cima del cerro debía existir algún tipo de sumidero kárstico, que fue acondicionado como aljibe o cisterna, mediante un piqueteado y la creación de una serie de entalles en la roca.

La cronología de esta fase apunta hacia la alta Edad Media, tanto por las características técnicas, estructurales y materiales de la construcción y del mobiliario asociado, como por las dataciones radiocarbónicas realizadas sobre muestras de carbón vegetal; aunque suministran una horquilla temporal amplia (entre 775-955 y 970-1035 a 1  $\sigma$ ; 690-995 y 880-1170 a 2  $\sigma$ , respectivamente)<sup>13</sup>, las fechas centrales (interceptación entre la data radiocarbónica convencional y la curva de calibración) se sitúan en 875 y 1005 respectivamente. Así pues, las dataciones radiométricas concuerdan con el registro arqueológico; los siglos IX y X pueden considerarse como el periodo central de esta fase, sin excluir una creación anterior (en el siglo VIII) ni una prolongación en los comienzos del siglo XI.

La reconstrucción o reforma de la fortificación en un segundo momento plenomedieval y con una estructura más jerarquizada que en la primera fase, sugiere la idea de que la construcción inicial responde a un momento prefeudal, con cierta supremacía sobre el entorno, pero con una limitada capacidad de captación de renta y excedente.

## FASE 2

En torno al año 1000, a juzgar por el registro arqueológico (mobiliario cerámico y metálico) y las dataciones radiocarbónicas<sup>14</sup>, se habría producido una notable reforma en la fortificación, un refortalecimiento consistente en erigir un gran **torreón** rectangular en el flanco meridional. Aparece así una estructura claramente más destacada y jerarquizadora que en el primitivo recinto altomedieval, en consonancia con una mayor feudalización social.

La primera muralla y el cubo de sillería son ahora arrasados parcialmente, quedando incluidos en la cimentación de arcilla y cantos del torreón; sobre ésta se encuentra un suelo de argamasa que forma un pasillo o berma de unos 2 m de anchura en el rellano exterior. Completa la cimentación exterior una especie de coraza pétreo,

13 Dataciones radiocarbónicas para la 1ª Fase:

**MUESTRAU.E.EDAD RADIOCARBÓNICA CONVENCIONAL BP1 $\sigma$  AD**

(68 % prob.) 2 $\sigma$  AD

(95 % prob.) FECHA INTERCEPTACIÓN ADBETA-1369882-531180 [60775-910

920-955690-995875BETA-1309202-781030 [70970-1035880-11701005

14 Dataciones radiocarbónicas para 2ª Fase:

**MUESTRAU.E.EDAD RADIOCARBÓNICA CONVENCIONAL BP1 $\sigma$  AD**

(68 % prob.) 2 $\sigma$  AD

(95 % prob.) FECHA INTERCEPTACIÓN

ADBETA-1309222-921070

[120870-1040685-1220990BETA-1309212-921050

[40980-1015900-10301000BETA- 1309182-501010 [401000-1030980-1050

1095-11401015BETA-1369892-115 960 [801005-1175910-920

955-12501035BETA-1309161-38

890[801030-12351000-12801170BETA-1309171-38860

[601055-1085

1150-12501025-12751195

ladera abajo, formada por la acumulación de bloques calizos bien asentados, algunos de ellos de arista o de punta.

Para la construcción del torreón se levantaron paramentos construidos con mampostería concertada, formada por bloques de caliza local desbastados, con un tamaño medio de unos 40 cm de lado, rejuntados con argamasa. También se utilizaron algunos sillares de arenisca, procedentes del arrasamiento del cubo de la fase 1, sobre todo en las esquinas. En su interior se acumuló un relleno de arcillas y bloques también de caliza de diversos tamaños, que configura un gran basamento macizo, con una altura de 2,40 m. Sobre él se construye -en lo que sería la primera planta- una estancia delimitada por un muro transversal y en la que se localizó un pavimento con arcilla rubefactada.

La anulación de un tramo de la primera muralla obligó, además, a reformar el adarve o ronda de aquella. Desde este nuevo adarve se accedería al torreón por el costado oriental.

En esta segunda fase constructiva, y en consonancia con la mayor dotación poliorcética, se realizaría también el fortalecimiento de las laderas que envuelven el cerro. Después de la excavación de una trinchera en la ladera oeste pudimos apreciar el sistema defensivo aplicado en el contorno del pico. Se trataba de un sistema de escarpes escalonados, tallados en la roca y reforzados con tres muretes de piedra que se escalonan en plano inclinado.

En el interior del recinto documentamos asimismo la reforma y adecuación del espacio de habitación. Sobre la ocupación anterior se realizó una segunda nivelación o solera mediante la acumulación de arcillas y cantos. Sobre ella se dispuso un suelo o pavimento con mortero de unos 5 cm de espesor, semejante al del rellano externo. En determinadas zonas la superficie arcillosa aparece endurecida por rubefacción, indicativa de zonas de lumbre u hogares. En perpendicular al torreón, restos de muretes de piedras, sin mortero, con hoyos de poste a su lado, evidencian también reformas de las cabañas o estancias domésticas.

En el pavimento se encuentran varios hoyos o cubetas, alguno de ellos de forma muy regular, con planta ovalada y sección cóncava, colmatado con un relleno de tierra oscura; otros hoyos presentan formas más irregulares; no ha sido posible establecer su función (¿cubetas o silos de almacenamiento, hoyos, vertederos, hornos...?). El aspecto rudimentario y arcaico de todo este conjunto habitacional intramuros, compartimentado con estructuras muy sencillas (muretes de piedra y postes, quizá también tabiques de madera revestida con arcilla...) y cubierto con tejas, sugiere la idea un patio destinado a trabajos diversos relacionados con el fuego. Los hallazgos de escorias y alguna torta de reducción, además del numeroso instrumental en hierro, indican la existencia de un taller metalúrgico en el rincón suroeste, semejante al habitáculo del extremo norte; en el rincón sureste los hogares y una mayor concentración de restos óseos y cerámicos sugiere también un área de trabajo quizás más bien relacionado con la preparación de alimentos, quizás una estancia doméstica de los servidores del castillo.

La ocupación y uso de todo este espacio queda constatado con una capa de matriz terrosa negruzca sobre el pavimento, con muchos desechos de materia orgánica, carbones y cenizas, fauna, escorias de forja, metales (puntas de dardo, hojas, láminas y clavos de hierro; alfiler de bronce) y sobre todo fragmentos cerámicos.

En conjunto, la segunda ocupación refleja una continuidad en lo relativo a los sistemas de habitación (suelos, hogares...); sin embargo, indica una fuerte ruptura en cuanto al carácter de la fortificación, dotándola de un torreón, una estructura mucho más jerarquizada y destacada del resto de la ocupación que en la anterior fase. Esta señorialización de la fortificación se habría producido a inicios del siglo XI, a juzgar por los materiales y las dataciones radiocarbónicas, que son muy coherentes con el registro material; aunque se inscriben en una amplia horquilla temporal, en conjunto las datas

centrales apuntan hacia inicios del siglo XI como fecha de construcción del torreón y suelos de la segunda fase<sup>15</sup>, prolongándose su uso hasta avanzado el siglo XII.

El mobiliario cerámico es igualmente continuista y tradicional, sin cambios radicales respecto a la fase anterior. En cambio aparece una mayor cantidad de armamento (puntas de dardos de hierro). Todo ello indica la continuidad técnica y ocupacional, así como una mayor jerarquización y estratificación social.

En suma, parece responder a un grupo social más feudalizado, en consonancia con la existencia de un *tenente* (delegado regio) del que tenemos noticias a mediados del siglo XII; en 1158 conocemos la existencia de este castillo de *Curiel* y la del noble Munio García, a cuyo cargo se encontraba. Entre esta época y comienzos del siglo XIII el castillo y su territorio fiscal, "*cum omnibus directis et pertinenciis*", podría ponerse en relación con la reorganización y feudalización del territorio por el rey y la nobleza local. El castillo de *Curiel* desempeñaría una función central y jerarquizadora del poblamiento campesino circundante, dispuesto en pequeños núcleos o aldeas que explotan una zona de predominio boscoso y ganadero.

### FASE 3

La continua utilización del patio intramuros del castillo fue generando una sucesión estratificada de ocupaciones, con sus respectivos suelos, hogares, desechos, etc., que fueron elevando la cota de suelo de cada momento y con ello la altura de los sedimentos estratificados. Los restos y residuos del uso se fueron acumulando asimismo sobre el suelo, generando una densa sedimentación de tierra oscura, debido a la abundante materia orgánica (carbones, cenizas...) que contiene.

La cronología absoluta de esta tercera fase de habitación –que no de construcción, pues seguirían en uso las estructuras de la segunda fase– resulta controvertida; algunas cerámicas muestran claramente una evolución del mobiliario doméstico y de las relaciones externas; son los casos de varios cuencos vidriados y decorados con la técnica de *verde y manganeso*, o las jarras con engobe y decoración de pequeñas ondas incisas y circulitos estampados, ambas característicos de talleres mudéjares de finales del siglo XII o comienzos del siguiente y netamente diferenciadas de las tradicionales cerámicas regionales. Hacia igual cronología y carácter más suntuario apuntan algunas otras piezas de esta fase como las bronceínas: broche de cinturón, alfileres, llave, pinzas de depilar.

En cambio, las tres dataciones radiométricas obtenidas para esta fase resultan coherentes entre ellas pero discordantes con la secuencia<sup>16</sup>, por lo que sólo cabe interpretarlas como muestras contaminadas o alteradas; quizás se trate de carbones vegetales depositados sobre los suelos de la tercera fase pero procedentes de maderas reutilizadas de ocupaciones anteriores (posiblemente de la fase 1, con cuyas dataciones concuerdan plenamente), depositados en esta fase en posición secundaria durante los trabajos de acondicionamiento de la solera, para los cuales se removerían sedimentos infrayacentes. De hecho, también algunos fragmentos de vasijas cerámicas de esta fase casan con fragmentos de estratos infrayacentes.

### FASE 4

Sobre la anterior ocupación se dispuso una más, repitiendo el mismo proceso de amortización con solera, pavimento, hoyos y desechos de uso. Sin embargo, el carácter

15 Fechas de interceptación: 990, 1000, 1015, 1035, 1170, 1195; dataciones calibradas a 1  $\sigma$  comprendidas entre 870-1040 y 1030-1235 como límites anterior y posterior más extremos; dataciones calibradas a 2  $\sigma$  comprendidas entre 685-1220 y 1000-1280 también como límites anterior y posterior más extremos.

16 Dataciones calibradas a 1  $\sigma$  comprendidas entre 655-770 y 890-1015 como límites anterior y posterior más extremos; dataciones calibradas a 2  $\sigma$  comprendidas entre 615-875 y 785-1040 también como límites anterior y posterior más extremos.

de esta última ocupación de la fortificación difiere de las anteriores, pues sólo se registra en un pequeño sector del recinto (la rinconada sureste del patio). Así, parte del pavimento arcilloso se extiende sobre el basamento del torreón, entonces ya parcialmente derruido en la zona del adarve.

Otro aspecto destacable de esta cuarta fase de habitación es el hallazgo de varios hoyos, de unos 30 cm de diámetro, calzados con piedras verticales, que se disponen formando un arco. Parecen formar una especie de cabaña circular sustentada sobre postes de madera y apoyada en el paramento del torreón y el adarve.

Estaría, así, indicándonos una ocupación ligeramente diferente de las anteriores y un tanto residual o decadente, en un momento tardío en el que la fortificación ya no funciona como en épocas anteriores.

Los residuos domésticos de esta habitación son, igualmente, más débiles que en las ocupaciones previas y entregan un mobiliario más limitado que en aquellas. La cronología de esta ocupación podría establecerse en la segunda mitad del siglo XIII, a juzgar por los materiales más tardíos.

El final del uso del castillo coincidiría, pues, con la creación de las nuevas Polas de Gijón y Siero (hacia 1270) y la reordenación administrativa-territorial que provocaría la crisis de centros de control fortificados como éste.

#### FASE 5

El abandono del lugar se documentó en forma de sedimentos y derrumbes sobre la última ocupación medieval, que dan cuenta del abandono y progresiva ruina de las estructuras.

Los materiales arqueológicos recuperados en todos estos depósitos son más escasos que en los estratos de ocupación y semejantes a ellos, no hallándose ninguno de momentos posteriores al siglo XIII. En esas fechas, por tanto, cabe situar el abandono del lugar y el final del uso de la fortificación, en consonancia con las noticias escritas que poseemos.

#### FASE 6

Después del abandono y ruina progresiva, a finales del siglo XVIII o principios de la siguiente centuria, el recinto y estructuras defensivas ya arruinadas fueron transformadas y reacondicionadas para un uso agropecuario del recinto, como encerraderos de ganado.

Para ello se arrasó la muralla y los derrumbes que se extendían intramuros, consiguiendo una nueva explanada que fue cercada con murias, levantadas a hueso con piedras de caliza y algún sillar de arenisca sobre los restos de la muralla y los derrumbes.

La ladera occidental del cerro, en la base de los escarpes escalonados de la fortificación medieval, también fue cercada con otra gruesa muria que desde entonces fue deteniendo los derrumbes y sedimentos de la parte superior, hasta producir el perfil actual que semejaba la existencia de un foso colmatado con un parapeto exterior. Además contribuyó a aumentar esa sensación la división de usos del suelo agrario que supuso dicho cierre; ladera abajo la superficie fue dedicada a prado y huertas de la casería cercana, mientras la parte superior se destinó a aprisco hasta hace unas décadas en que quedó destinada a monte y erial.

Esta transformación del uso del pico debe estar ligada, sin duda, a la colonización de la franja montañosa meridional de la parroquia de Cenero a lo largo del siglo XVIII. La casería que se levanta al pie del yacimiento, propietaria de los terrenos en los que se encuentra el mismo, fue constituida muy posiblemente en estas circunstancias. Las transformaciones alcanzaron también al nombre del monte, que pasó a recibir el de su poseedor, la Pica Sergio.

## FASE 7

Aun con usos agropecuarios, que han permanecido hasta la actualidad, prosiguió el derrumbe de las estructuras de la fortificación que todavía se mantenían visibles<sup>17</sup>. El resultado fue la acumulación de voluminosos depósitos de piedras, arcilla, materiales de construcción, etc., que fueron cubriendo toda la superficie.

Como indicador cronológico de este proceso aparecieron algunas cerámicas subactuales (vasijas y cuencos vidriados de Faro y Vega de Poja) y una moneda de 1870.

## FASE 8

Desde entonces el lugar mantuvo el mismo uso agropecuario hasta tiempos recientes. Sobre los derrumbes masivos de piedras y sedimentos arcillosos fue formándose una capa húmica extendida por toda la superficie del pico. Sobre ella tan sólo han actuado las alteraciones recientes (saqueos) y otros usos agrarios actuales.

## MOBILIARIO E INSTRUMENTAL

La **cerámica** es el principal material recuperado en la excavación. Predominan las ollas, y en menor proporción, jarras, cuencos y fuentes. Un buen número de piezas presentan decoraciones de ondas incisas, predominantes en las primeras fases, que van dejando paso – en las últimas- a las incisiones a peine. Junto a estas piezas domésticas (culinarias y de almacenamiento y servicio) de producción regional, aparecen en los momentos finales algunas jarritas y escudillas vidriadas decoradas con *verde* y *manganeso* de procedencia foránea.

Los restos **faunísticos** son también muy abundantes. A través de su análisis preliminar hemos podido averiguar como podría haber sido parte de la alimentación de los pobladores medievales del castillo. Su consumo consistió básicamente en carne de animales domésticos como bóvidos, ovicápridos y en menor medida équidos. La caza que aparece en la muestra ósea, se reparte entre jabalí, ciervo y corzo, mientras que liebres, aves y cabra montés son casi testimoniales. Esta dieta estaba complementada con peces de procedencia marítima y fluvial y la recolección de otros productos de costa como ostras (en un alto porcentaje), almejas, lapas, mejillones, erizos, etc.

La **industria ósea** está representada por cachas de cuchillo, sobre asta y hueso largo con decoraciones incisas en retícula o circuitos; colgante sobre colmillos de jabalí y gato, concha de “peregrino” (*Pecten maximus*) con una anilla de bronce para suspensión, espátulas, etc.

El yacimiento ha ofrecido un significativo conjunto de materiales **metálicos**, reflejo de la funcionalidad y cronología de la ocupación. Destacan numéricamente los objetos de **hierro** complementarios de la construcción, clavos y herrajes de diversa tipología, así como los de uso militar o venatorio: puntas de dardos y flechas, regatones, cuchillos, herraduras, etc.; junto a ellos aparecen también algunos objetos de uso doméstico, vestimenta o correajes, como argollas y anillas. Interesa señalar también la concurrencia de escorias de reducción y forja de hierro, lo que parece atestiguar una metalurgia férrea en el propio emplazamiento.

Las piezas más destacables son, sin embargo, las **bronceas**: una pequeña placa rectangular de broche de cinturón de aleación sobredorada; una pequeña llave (de cofre o arqueta), pinzas de depilar y varias alfileres y anillas. El broche y la llave son piezas con motivos decorativos que permiten una datación en torno al siglo XIII, acorde con las fases finales del uso del castillo. Sin embargo, las pinzas y alfileres de bronce, la cuenta poliédrica y facetada de azabache, y un *pondus* cerámico remiten a cronologías tardorromanas, explicable quizá por la cercanía de la villa de Veranes, desde donde

<sup>17</sup> En los siglos XVIII y XIX Jovellanos, Martínez Marina y otros autores aún describen “paredes” y estructuras visibles del castillo de Curiel.

podieron ser traídas por las gentes del castillo en momentos medievales, pues no se ha detectado ocupación de época romana en el mismo.

### 3. Conclusiones.

El interés científico y las posibilidades de aprovechamiento sociocultural del yacimiento como lugar histórico, enmarcado en un rico entorno histórico y natural, han quedado sobradamente constatadas.

Las excavaciones arqueológicas practicadas en la fortificación medieval del Picu Alba (Peñaferuz) constituyen la primera investigación histórico-arqueológica interdisciplinar realizada en un yacimiento de esta época y características en Asturias. A través de esta investigación hemos podido conocer mejor un castillo altomedieval de Asturias, que desempeñó un papel importante de control, dominio y organización territorial en el contexto histórico regional, por más que el área de Curiel fuera un tanto marginal en la región.

Los resultados de las excavaciones nos ofrecen una información suficientemente amplia sobre el carácter del asentamiento, tipología y sistema constructivo de la fortificación, secuencia y cronología de la ocupación, así como el modo de vida y registro material de los habitantes del castillo.

Así, se confirman las hipótesis iniciales, poniendo de manifiesto la adscripción funcional y cronológica del lugar como fortificación medieval y no como castro prerromano o romano, aunque no cabe excluir rotundamente una ocupación más antigua, a juzgar por algunos materiales e indicios cronológicos. Su posición y emplazamiento dominante fue determinante para la implantación de un centro de poder y control de este espacio montañoso entre la costa y el interior de la región.

En resumen, sabemos ahora que la primera fortificación se remonta a la alta Edad Media, erigida en el periodo de la monarquía asturiana, consistente en un recinto amurallado que envuelve la cima del pico y provisto de una puerta monumental con una torre de sillares de arenisca, quizá reaprovechados de algún edificio romano cercano. En la plena Edad Media la sencilla muralla fue transformada en un castillo feudal, dotado de un potente torreón elevado sobre la antigua entrada de sillería. Además, las laderas del cerro fueron también fortalecidas mediante una coraza pétreo y unos escarpes tallados en escalones, que debían ofrecer una imagen imponente desde los alrededores. Al interior, en el patio, se disponían algunas estancias domésticas y de trabajo metalúrgico, sucesivamente reformadas y reconstruidas entre la primera fase de ocupación (en torno al siglo IX) y la cuarta fase (a finales del siglo XIII), cuando se abandona como fortificación y centro de poder territorial. Aunque las estructuras conservadas son muy precarias (suelos, hogares, muretes, etc. de piedras, arcilla y mortero de cal), en cambio han ofrecido una gran cantidad de hallazgos arqueológicos y ecofactos: cerámica, metal (especialmente armamento de hierro y algunos objetos suntuarios de bronce), industria ósea y lítica, desechos de fauna terrestre y marítima, restos de maderas, etc., todo lo cual permite conocer a fondo el modo de vida, condición social, alimentación, producción, relaciones sociales y comerciales de los señores y los habitantes del castillo.

Esta fortificación fue utilizada y habitada durante un largo periodo de tiempo, hasta finales del siglo XIII, cuando el castillo había perdido ya su estampa inicial. El abandono del mismo debió tener lugar a consecuencia de la reorganización política y territorial de la región, pasando a desempeñar las funciones centrales administrativas las nuevas polas de Siero y Gijón. No es casual que el límite entre ambos concejos sea -desde entonces y hasta la actualidad- la *cárcava del castillo de Curiel*, cuyo territorio quedó así dividido y repartido entre los nuevos alfores concejiles.

La historia posterior del lugar ha quedado igualmente reflejada en la estratificación arqueológica; así, se registran sucesivas fases de abandono, reutilización con fines agropecuarios, ruina y derrumbe progresivo. El sitio ha sufrido importantes

transformaciones, alteraciones y destrucciones desde fines del siglo XVIII, hasta llegar al estado actual.

A pesar de que la información obtenida es suficientemente representativa del asentamiento, sus características y su secuencia, es preciso señalar que la investigación, aunque demos por terminada esta primera fase de trabajos, no está completamente finalizada ni agotada. Tanto por razones legales de preservar o reservar una parte significativa del yacimiento, como por la programación, presupuesto y alcance del proyecto, no se han cerrado las posibilidades de investigación arqueológica. Así, se han reservado amplias zonas sin excavar del recinto amurallado, explanada o patio interior y laderas del recinto.

Entre otros aspectos, ha quedado sin resolver el conocimiento de los accesos al recinto del castillo una vez asentado el torreón sobre la primera entrada, que suponemos ubicados en la ladera suroccidental; el desarrollo completo de las estancias interiores, o la posible torre que se intuye en superficie en la ladera meridional, junto al acceso tallado en la roca.

Por otra parte, cabe destacar que la investigación no se ha limitado a la excavación arqueológica del Picu Alba, sino que ha comprendido una amplia gama de estudios interdisciplinarios y complementarios que nos ofrecen una visión global, diacrónica y multitemática del territorio. De modo esquemático debemos señalar la realización de:

- Prospecciones arqueológicas y catálogo monumental no sólo del *territorio o coto de Curiel*, sino del conjunto de las parroquias de Cenero, Porceyo y Ruedes.
- Prospecciones y estudio de la red viaria medieval y moderna, con especial atención al *camino antiguo de Gijón o Ruta de la Plata* en el Concejo de Gijón.
- Investigación archivística documental y cartográfica.
- Prospección geofísica y electromagnética de Peñaferruz y su entorno.
- Estudio geológico, geomorfológico y geoarqueológico del yacimiento y su territorio.
- Investigación etnohistórica y etnográfica del *coto de Curiel* (Peñaferruz, Carbaínos y Aguda), incluyendo la catalogación de infraestructuras y elementos tradicionales, así como recogida toponímica.
- Cartografía diacrónica y temática de la excavación del castillo y territorio de Curiel.
- Tratamiento informático e infográfico de la excavación y prospecciones, incluyendo reconstrucciones tridimensionales de la fortificación medieval y del paisaje medieval.
- Programación informatizada de bases de datos, hojas de cálculo y fichas de registro de unidades estratigráficas, materiales y muestras analíticas, diseñadas especialmente para este proyecto.
- Estudio zooarqueológico de la fauna terrestre y marítima recuperada en las sucesivas ocupaciones.
- Análisis antracológicos de los carbones vegetales igualmente obtenidos en la estratificación del yacimiento.
- Análisis polínicos y paleobotánicos del asentamiento y de su entorno, que nos permiten compararlos con la vegetación actual y establecer la evolución del medio natural y el impacto de las actividades humanas.
- Análisis de laboratorio de muestras cerámicas, metálicas y líticas, con diferentes técnicas (difracción RX, fluorescencia RX, espectrometría de

absorción atómica, microscopia, etc.), que nos informan sobre las técnicas de trabajo y la obtención y procedencia de materias primas.

Todo ello no sólo nos ofrece una visión de conjunto sumamente amplia e integral, sino que abre una amplia gama de posibilidades de aprovechamiento sociocultural, exposición y divulgación de los nuevos conocimientos obtenidos.

#### **4. Exposición y difusión del yacimiento.**

La difusión de las investigaciones realizadas ha adoptado diferentes niveles de divulgación. Por una parte, los resultados científicos han sido expuestos en ambientes académicos (congresos, cursos y conferencias en ámbitos nacionales e internacionales) y publicados en medios científicos (monografía completa: GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2003; artículos en revistas especializadas en historia y arqueología, actas de congresos: GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 1998, 1999, 2002, FERNÁNDEZ OCHOA *et alii*, 2005...).

Por otro lado, los resultados de la investigación han sido divulgados también fuera de ámbitos académicos especializados, haciéndolos llegar de forma comprensible al público no especializado; a fin de hacerlos asequibles al público general y especialmente a estudiantes y escolares de los diferentes niveles educativos (desde universitarios hasta procedentes de educación secundaria, primaria e infantil), se diseñaron diferentes actuaciones complementarias: visitas guiadas e integradas en un recorrido histórico cultural más amplio; exposición monográfica temporal; folletos divulgativos y guías didácticas; exposición permanente en centro de interpretación.

#### **VISITAS DIDÁCTICAS GUIADAS.**

El yacimiento arqueológico del Picu Alba o Peña'l Castiello de Peñaferruz, ha vuelto a ser cubierto después de las campañas de excavación arqueológica, recuperando la superficie previa a la excavación. El precario estado de las estructuras conservadas no aconsejaba una exhibición permanente al aire libre. Los muros y suelos, contruidos con mampostería y núcleo de arcilla, amenazaban con aumentar su ruina, al quedar expuestos a la intemperie. La reintegración de las estructuras requeriría una inversión demasiado costosa, que debería incluir un proyecto de restauración, conservación y mantenimiento, además de la compra de los terrenos.

Sin embargo, las posibilidades de aprovechamiento sociocultural del yacimiento no se limitan a la visita del mismo, sino que han quedado integrados en un recorrido comarcal, como es el itinerario cultural en torno a la *Ruta o Vía de la Plata* en el concejo de Gijón.

Los estudios interdisciplinares que hemos realizado en el marco de este Proyecto (catálogo monumental, red viaria, archivos, etnografía, medio ambiente, etc.) depararon un amplio número de elementos patrimoniales tanto históricos (torres, iglesias, capillas, caminos, túmulos, estructuras tradicionales como molinos, hórreos, etc.) como naturales (zonas boscosas de vegetación autóctona y fauna protegida), susceptibles de una valoración de conjunto. En este sentido, su conocimiento, difusión y exhibición pública contribuye al incremento del equipamiento cultural del municipio, al aprendizaje y disfrute del patrimonio por parte de la población local y visitante, así como al desarrollo y la dinamización socioeconómica de un área rural un tanto deprimida y marginal, carente de infraestructuras de este tipo. Al mismo tiempo, esta dotación favorece la implicación de la población con su pasado, su patrimonio y su tradición, actuando como un vehículo de valoración, protección y recuperación del modo de vida que ha configurado la geografía física y humana actual.

Para llevar a cabo este fin se han proyectado y realizado –en colaboración con el Gabinete Pedagógico y el Departamento de Museos Arqueológicos de la Fundación Municipal de Cultura de Gijón) varios recorridos didácticos por el itinerario cultural de la

Ruta de la Plata, de forma periódica (temporada estival, cursos y actividades programadas), dirigidos a público general y población escolar, respectivamente.

Las visitas guiadas comprendían en su recorrido Peñaferruz y su entorno (túmulos, vía antigua, capillas...), villa romana de Veranes, torre medieval de Trubia, Abadía de Cenero, Parque Arqueológico-Natural de la Campa Torres, donde se visitaba la exposición monográfica sobre el Castillo de Curiel (Peñaferruz), el castro de la Campa Torres y su exposición permanente.

Estas actividades fueron programadas y realizadas en 2003 y 2004, con una buena asistencia y acogida muy favorable por parte del público y escolares participantes.

#### EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA TEMPORAL.

De forma paralela y simultánea a la publicación monográfica, se diseñó y realizó una exposición temporal (abril 2003 a mediados de 2006) con el homónimo "*Peñaferruz, Gijón. El castillo de Curiel y su territorio*", igualmente en coordinación con el Departamento de Museos Arqueológicos de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón. El objetivo de la exposición era mostrar los resultados científicos de la investigación de una manera asequible y comprensible por todo tipo de público, desde los especialistas a los escolares de las primeras etapas educativas. Para conseguir este fin fueron proyectadas y realizadas, con la participación de diferentes técnicos y especialistas (diseñadores de exposiciones y folletos, maquetistas, informáticos, restauradores, etc), diversas modalidades de exhibición, portadoras de información a varios niveles:

- Paneles multiformato, integrando información textual a varios niveles (divulgativo general, especializado, con tipos de letra menores), completada con información gráfica (planos, dibujos), fotográfica, esquemas...
- Vitrinas, horizontales y verticales, para mostrar una selección de objetos, mobiliario e instrumental recuperado en las excavaciones y previamente restaurado. La presentación de tales objetos se clasifica de forma temática, acorde con el discurso teórico y museológico general de la muestra:
  - 1 Armamento, mobiliario y adornos propios de las actividades de los señores en el castillo.
  - 2 Mobiliario e instrumental de trabajo propio de la población servil.
  - 3 Vajilla doméstica de cocina, mesa y almacenamiento utilizado por los pobladores del castillo.
- Vitrina-maqueta esquemática de la deposición sedimentaria del yacimiento arqueológico (suelos y desechos domésticos superpuestos en las 4 fases medievales del castillo).
- Maqueta a escala 1:200 del castillo y su entorno durante la fase 2 de ocupación. Se trata de una reconstrucción hipotética realizada con método realista.
- Animación 3D. Audiovisual didáctico compuesto por combinaciones de planimetrías, fotografías, dibujos y reconstrucciones tridimensionales, a modo de animaciones virtuales, para mostrar la evolución de las distintas fases constructivas del castillo, el modo de vida en las sucesivas ocupaciones y el contexto histórico-artístico de cada época, ilustrado especialmente mediante iconografía coetánea (miniaturas, grabados, Beatos...) y música de cada momento histórico.
- Folleto y guía didáctica de la exposición, mostrando de forma breve, resumida y comprensible los contenidos esenciales de la muestra.

## EXPOSICIÓN PERMANENTE EN CENTRO DE INTERPRETACIÓN.

La difusión permanente de este patrimonio histórico y natural está en proceso de materializarse mediante la creación de un CENTRO DE INTERPRETACIÓN y AULA DIDÁCTICA de la villa romana de Veranes y la Ruta de la Plata en el concejo de Gijón, actualmente en construcción, donde se expondrán y explicarán los resultados científicos de la investigación y una selección de los materiales arqueológicos y conclusiones históricas, acompañados de un soporte gráfico (planimetrías, cartografía, infografías) explicativo de la misma, así como de los estudios interdisciplinares que explican la formación del conjunto del territorio de Curiel en el Concejo de Gijón desde la Antigüedad y la Edad Media hasta la actualidad.

Están en proyecto, además, la excavación y rehabilitación de otros yacimientos y monumentos romanos y medievales de la Ruta, como la villa romana de Murias de Beloño y el Torrexón de Trubia, que podría convertirse en el Centro de Interpretación de la Ruta de la Plata en el concejo de Gijón. También se prevé la adecuación y limpieza del camino como ruta histórica de senderismo, la elaboración de una topoguía y otras actividades didácticas más en el concejo (FERNÁNDEZ OCHOA *et alii*, 2005, pp. 113-114).

Con todo ello pretendemos completar un ciclo de trabajos que comienzan con la investigación y culminan con la difusión y el disfrute ciudadano de los avances en el conocimiento histórico de nuestro patrimonio más cercano.

### 5. Bibliografía:

- FERNÁNDEZ OCHOA, C. *et alii* (2005): "El proyecto *Ruta de la Plata* en el concejo de Gijón (Asturias)", en PÉREZ-GONZÁLEZ, C. e ILLARREGUI, E. (coords.), *Arqueología militar romana en Europa. Roman military archaeology in Europe*, Junta de Castilla y León – Universidad SEK de Segovia, 103-116.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES, J. M. (1976): "El Castillo de Coriel y su localización", en *Miscelánea Histórica Asturiana*, Oviedo, 341-349.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A (1998): "Sobre los orígenes de la sociedad asturleonese: Aportaciones desde la arqueología del territorio", *Stvdia Historica. Historia Medieval*, Universidad de Salamanca, 16: 173-197.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A (1999): "Excavaciones arqueológicas en "El Picu Alba" (Peñaferruz, Gijón). Avance de las campañas 1997-1998, en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 173-188.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (2002): "De la fortificación prefeudal al castillo feudal. Excavaciones arqueológicas en Peñaferruz (Gijón, Asturias, España)", en *Simposio Internacional sobre Castellos: Mil anos de fortificações na península Ibérica e no Magreb (500-1500)*, Palmela (Portugal), 861-865.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A. (2003): *Peñaferruz (Gijón). El castillo de Curiel y su territorio*, Gijón.

## 6. Ilustraciones.

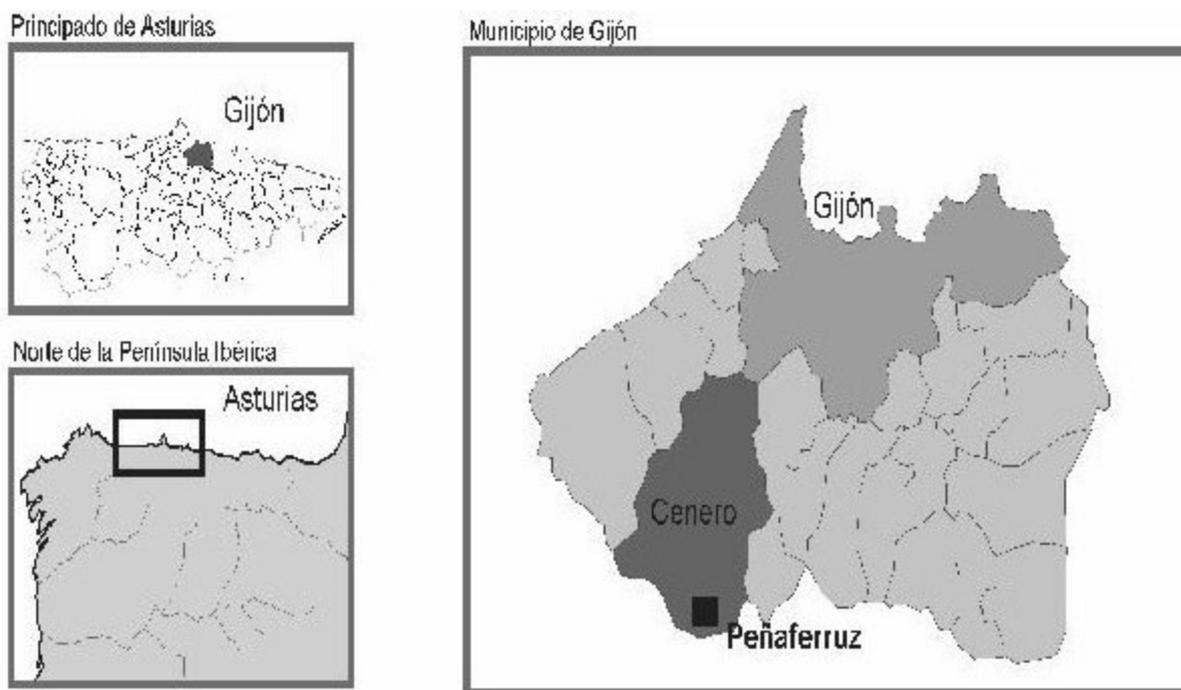


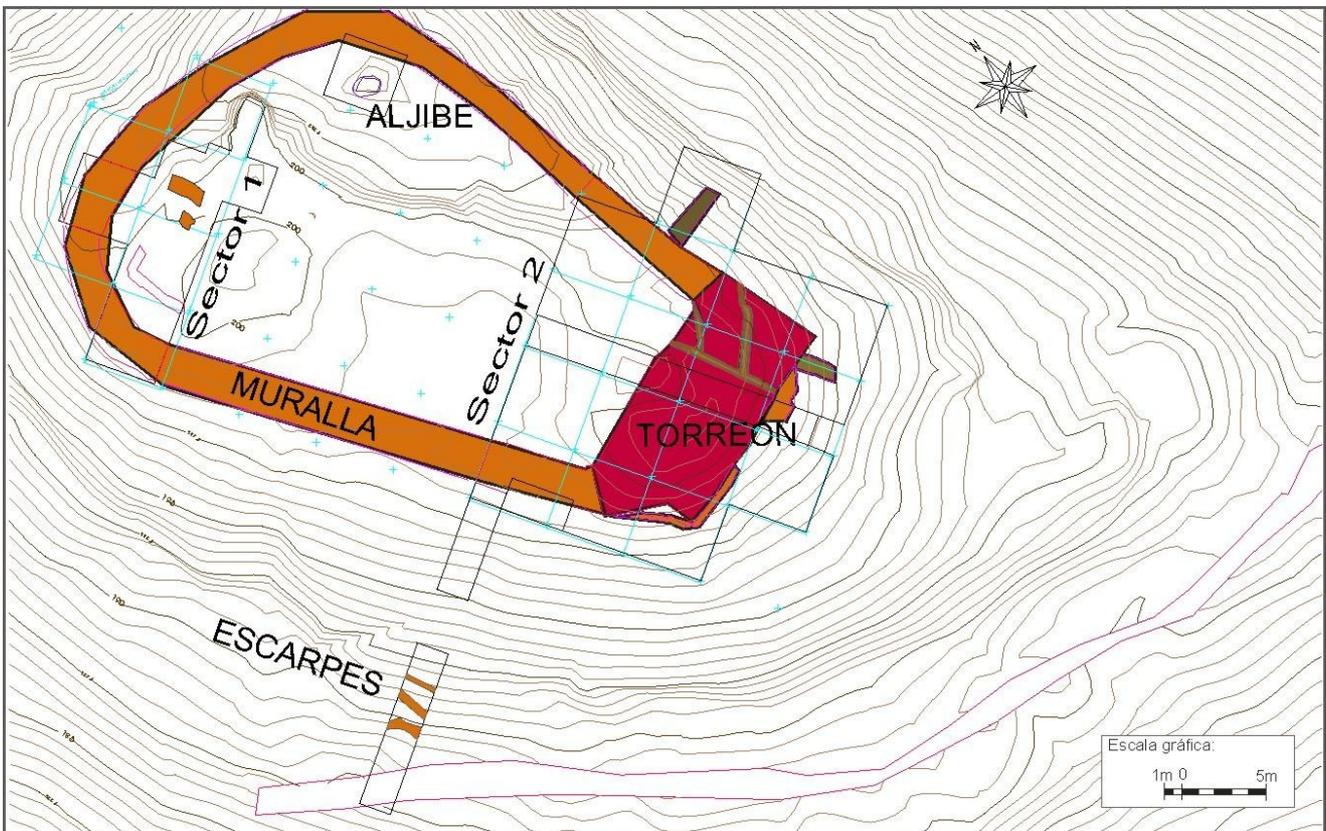
Fig. 1: Mapa de localización.



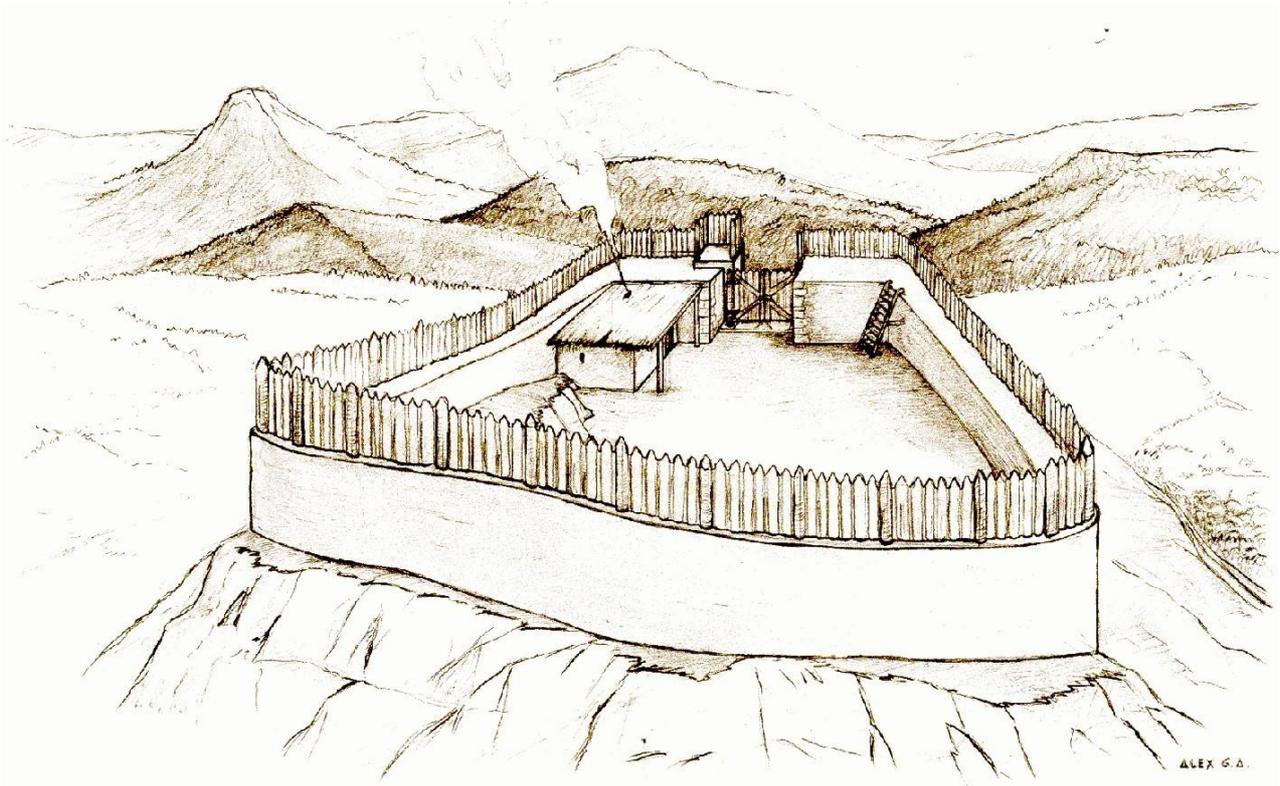
Fig. 2: Peñaferruz (Gijón). Vista aérea oblicua de la fortificación y su entorno, el *territorio de Curiel*.



**Fig. 3:** Peñaferuz (Gijón). Vista occidental de “La Pica”, el *castiello de Curiel*. Antes de la excavación eran ya visibles los escarpes rocosos rodeando el recinto amurallado de la cima; al pie discurre el camino a Carbaños, de origen medieval.



**Fig. 4:** Topografía del cerro en el que se emplaza la fortificación, sectores de excavación y estructuras del aparato defensivo documentadas en las excavaciones arqueológicas.



**Fig. 5:** Reconstrucción hipotética del recinto amurallado de la primera fase (Alejandro García Álvarez).



**Fig. 6:** Reconstrucción infográfica del recinto amurallado de la primera fase (Inventa Multimedia S.L.).



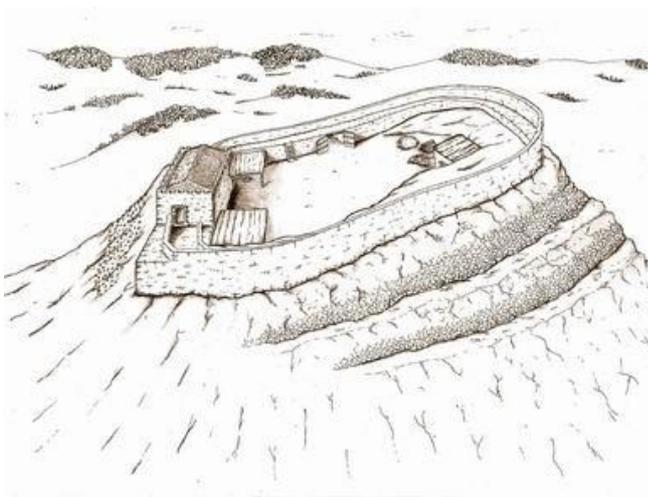
**Fig. 7:** Estructuras de la fase 1 (esquina de la torre que flanquea el acceso al recinto) y paramento exterior del torreón de la fase 2, superpuesto y anulando el primer acceso.



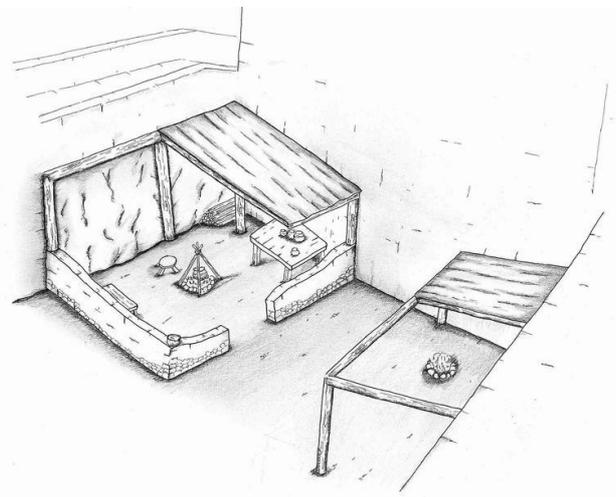
**Fig. 8:** Esquina sureste del torreón de la fase 2 superpuesta al recinto de la fase 1. La construcción del torreón anuló y arrasó parcialmente la primera muralla; su trazado curvo se aprecia a izquierda y derecha del muro de refuerzo perpendicular; la esquina sureste del torreón rectifica ese trazado reaprovechando sillares de arenisca.



**Fig. 9:** Vista interior del recinto amurallado, suelos y torreón de la fase 2. En primer término se observan los suelos rubefactados de la zona de trabajo metalúrgico, delimitados por muretes de piedras y arcilla.



**Fig. 10:** Reconstrucción hipotética del recinto amurallado y torreón de la segunda fase. Andrea Menéndez Menéndez.



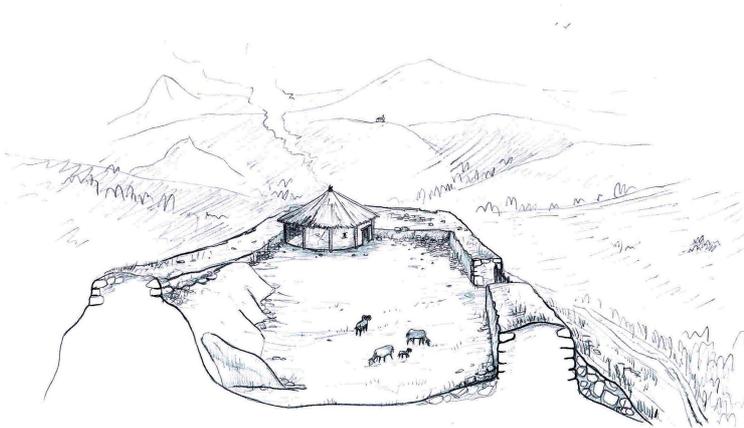
**Fig. 11:** Sector 2. Reconstrucción hipotética de la zona doméstica del patio del castillo. Andrea Menéndez Menéndez.



**Fig. 12:** Reconstrucción infográfica del recinto amurallado y torreón de la segunda fase (Inventa Multimedia S.L.).



**Fig. 13:** Sector 2. Reconstrucción infográfica de la zona doméstica del patio del castillo (Inventa Multimedia S.L.).



**Fig. 14:** Reconstrucción hipotética de la última fase de ocupación medieval del castillo, reducido a una “cabaña” junto al torreón (Alejandro García Álvarez)



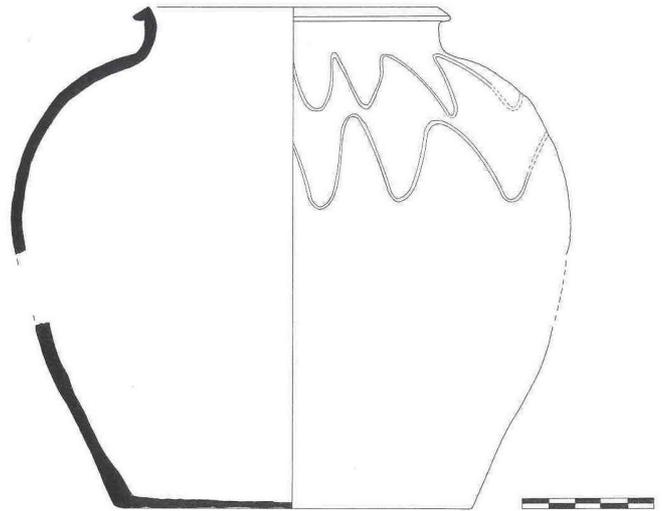
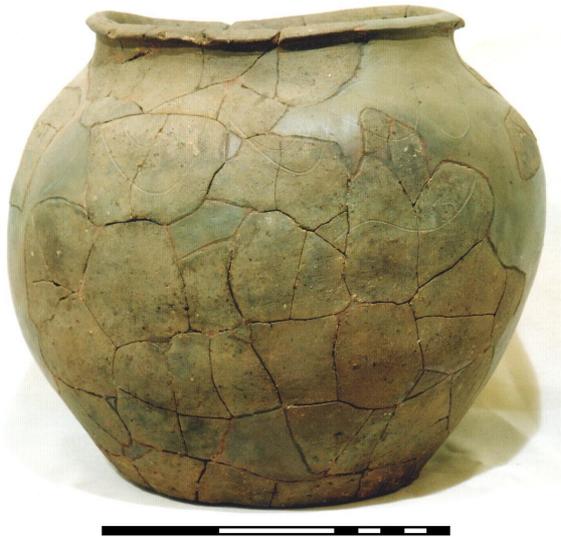
**Fig. 15:** Reconstrucción infográfica de la última fase de ocupación medieval del castillo, reducido a una “cabaña” junto al torreón (Inventa Multimedia S.L.).



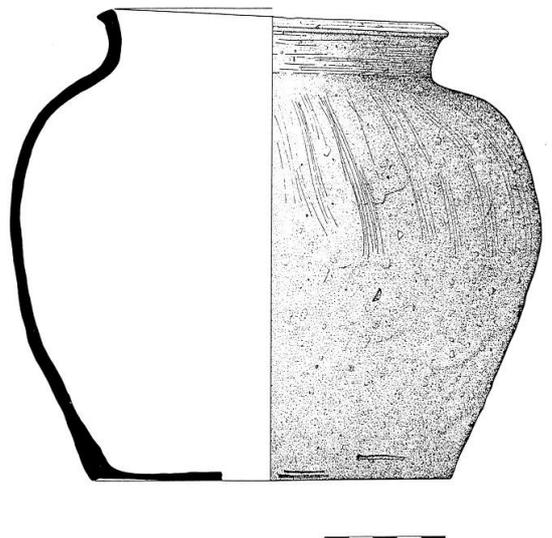
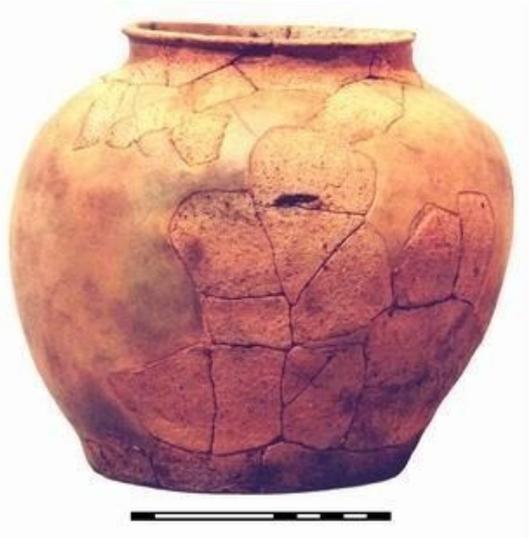
**Fig. 16:** Fase 7. Vista general de los derrumbes masivos que cubren todo el área.



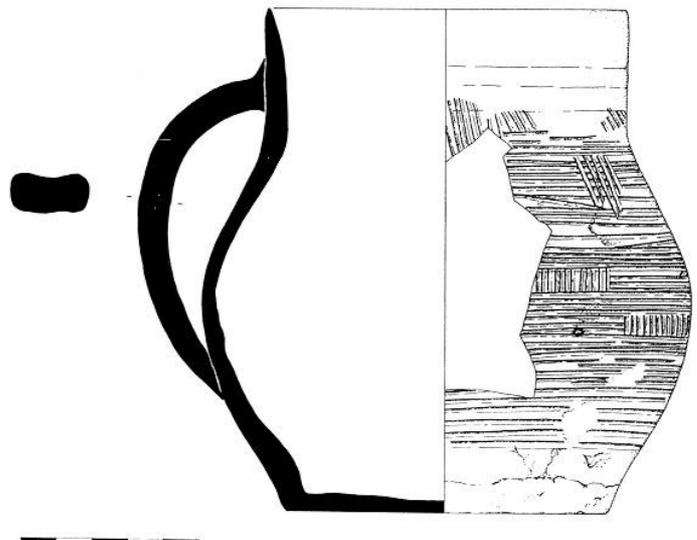
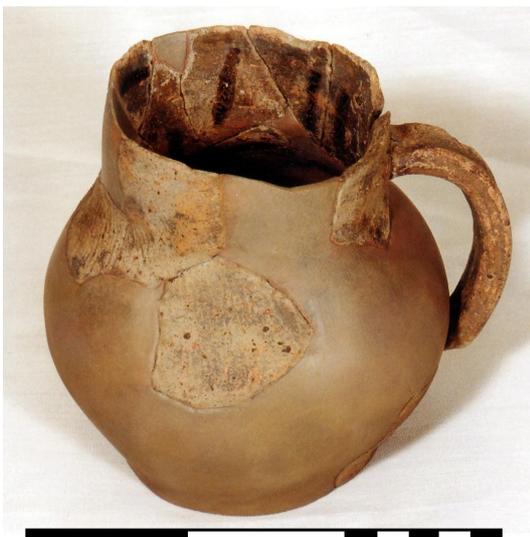
**Fig. 17:** Reconstrucción infográfica de fase 5 de derrumbes masivos (Inventa Multimedia S.L.).



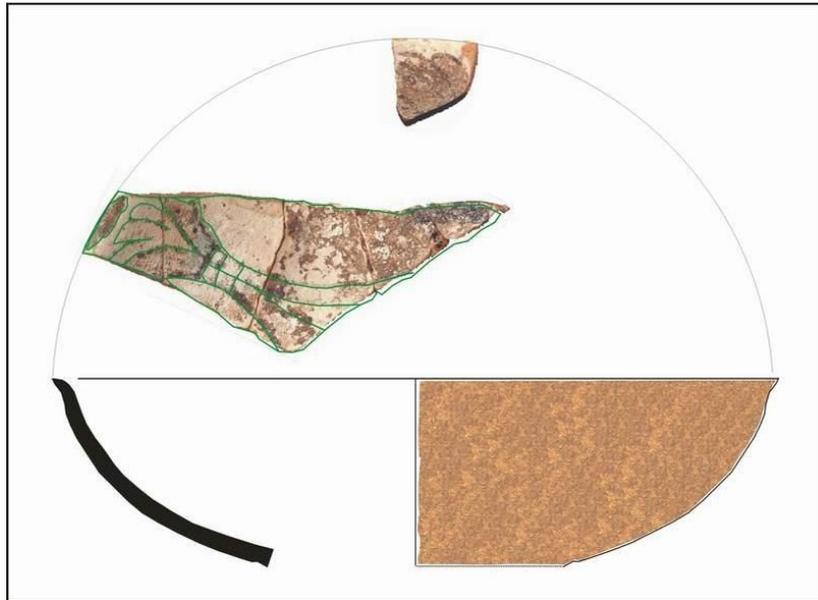
**Fig. 18:** Olla de la fase 1 decorada con ondas incisas (fotografía y dibujo).



**Fig. 19:** Olla de la fase 2 decorada con ondas incisas (fotografía y dibujo).



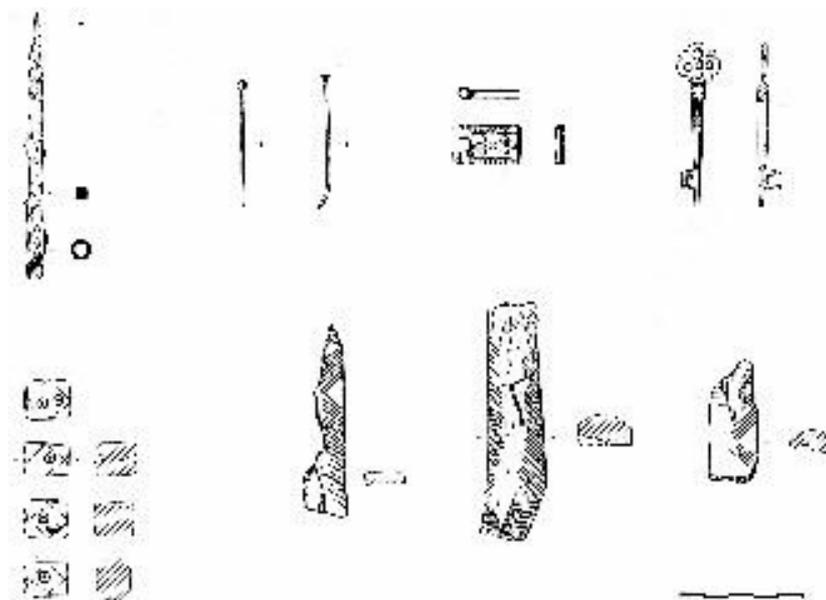
**Fig. 20:** Jarra de la fase 3 decorada con retícula incisa (fotografía y dibujo).



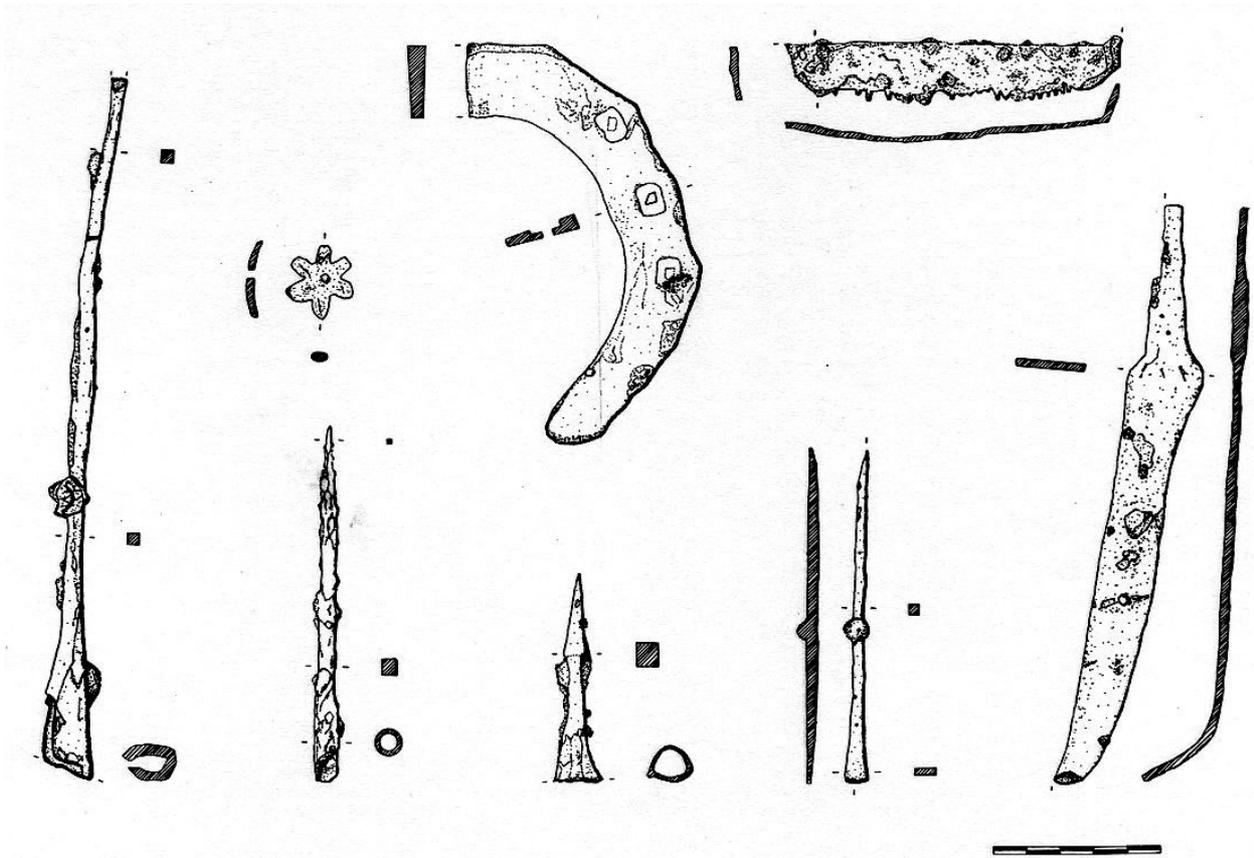
**Fig. 21:** Cuenco de la fase 3 decorado con verde y morado (fotomontaje).



**Fig. 22:** Objetos tallados sobre hueso, concha, asta y colmillo.



**Fig. 23:** Objetos de hierro, bronce, azabache y asta de las fases 2 y 3.



**Fig. 24:** Objetos de hierro (armamento y útiles domésticos) de las fases 2 y 3.



**Fig. 25:** Broche de cinturón sobredorado y llave de arqueta. Fase 3.



Universidad  
de Oviedo